

**CARTAS ANUAS DE LA
PROVINCIA JESUITICA
DEL PARAGUAY
1658-1660 y 1659-1662**

**DOCUMENTOS DE GEOHISTORIA REGIONAL N° 17
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES GEOHISTÓRICAS - IIGHI
CONICET
RESISTENCIA, CHACO 2010**

**CARTAS ANUAS DE LA
PROVINCIA JESUÍTICA
DEL PARAGUAY**

1658-1660

Y

1659-1662

ISSN 0325-9404

**CARTAS ANUAS DE LA
PROVINCIA JESUÍTICA
DEL PARAGUAY
1658-1660
Y
1659-1662**

Introducción: María Laura Salinas

**Colaboradores: Fernando Pozzaglio, Andrea Rougier, Omar
Svriz Wucherer y Fátima Valenzuela**

**DOCUMENTOS DE GEOHISTORIA REGIONAL N° 17
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES GEOHISTÓRICAS
CONICET
RESISTENCIA, CHACO 2010**

ÍNDICE

	Página
Introducción	7
Carta Anua de 1658-1660	19
Carta Anua de 1659-1662	68
Índice de los capítulos de la Carta Anua de 1658-1660	136
Índice de los capítulos de la Carta Anua de 1659-1662	137
Índice onomástico de la Carta Anua de 1658-1660	139
Índice toponímico de la Carta Anua de 1658-1660	140
Índice de los pueblos indígenas de la Carta Anua de 1658-1660	142
Índice onomástico de la Carta Anua de 1659-1662	143
Índice toponímico de la Carta Anua de 1659-1662	145
Índice de los pueblos indígenas de la Carta Anua de 1659-1662	148
Bibliografía	149

INTRODUCCIÓN

El presente volumen contiene las Cartas de 1658-1660 y las de 1659-1662. Siguiendo la modalidad que se venía realizando en publicaciones anteriores de las Anuas, se mantuvo la iniciativa de reunir dos bienios en un solo volumen. Cabe aclarar que la carta de 1659 comienza ese año porque el informante retoma una serie de sucesos anteriores, ya que, según menciona, se ha perdido la información. Consideramos que esta doble presentación puede ofrecer un panorama más completo al lector, para así evaluar los eventuales cambios suscitados en el ámbito de las misiones y los colegios.

La carta de 1658-1660, fue escrita por el padre Simón de Ojeda¹, y la carta de 1659-1662 fue realizada por el padre Andrés de Rada². El primero se desempeñó como Provincial en Chile entre 1643-1649, procurador en Europa de la Provincia del Paraguay entre 1651-1658 y Provincial entre los años 1658 y 1663, período en el cual redactó las Anuas que aquí se presentan. A su vez el padre Andrés de Rada llegó al Paraguay en 1663 como visitador y Provincial entre 1663-1669.³

1 Simón de Ojeda nació el 28.X.1589 en Motilla del Palancar (Cuenca, España). Ingresó a la Compañía de Jesús el 28.III. 1609 en Castilla. Arribó a Buenos Aires el 1.V.1610. Profesó su cuarto voto en Córdoba, el 28.X.1622. Falleció en Córdoba, el 22.IX.1673. (STORNI, 1980:202)

2 Andrés de Rada nació en 1601, en Belmonte (Cuenca, España), ingresó a la Compañía de Jesús hacia 1618, en Toledo. Profesó su cuarto voto en Jesús del Monte (Guadalajara, España) el día 14.VIII.1637. Falleció el 22.I.1672 en Madrid. (STORNI, 1980:232)

3 En esta oportunidad, como en ediciones anteriores, trabajamos con la traducción de las cartas que hizo el padre Carlos Leonhardt (del latín al castellano). En este texto aclara que la fecha que aparece al final de la carta: 20 de enero de 1663 debe estar equivocada, pues en la foja 115 se mencionan “las biografías, ya publicadas, de los padres Antonio Ruiz y José Cataldino”. La 1º se había dado a la estampa en 1662, pero la 2º sólo lo sería en 1664. Por tanto debe ser, sin duda, 1665.

Los documentos siguen el modelo de carta desarrollado en Anuas anteriores, distribuido siempre en dos ámbitos diferentes: colegios y reducciones. Se inician con una reseña del personal religioso existente en la Provincia, tanto de sacerdotes y novicios, como hermanos coadjutores, y se hace mención al número total de jesuitas presentes en ella.

En 1658-1660, había en la Provincia ciento setenta y ocho sujetos, de los cuales eran sacerdotes ochenta y nueve, cuarenta y dos escolares, cuarenta y siete hermanos coadjutores; y estaban distribuidos en ocho colegios, una casa de probación y veintiuna residencias. Estas últimas se habían reducido de veintitrés a veintiuno, por haber abandonado la misión de los calchaquíes con sus dos residencias.

La carta de 1659-1662 presenta como personal religioso ciento noventa y dos sujetos, de los cuales ciento veintidós eran sacerdotes, treinta y seis escolares y cuarenta y dos hermanos coadjutores. Con respecto a las reducciones suman veintidós y ocho colegios. Sin presentarse demasiados cambios en el número de integrantes de la Compañía en estos territorios, ambos provinciales mencionan sin embargo la necesidad de incorporar más vocaciones, ya que las actividades en estas tierras así lo requerían.

Este trabajo intenta ampliar el número de lectores interesados en la temática y también contribuir a la historia jesuítica paraguaya durante ese período. Como el estudio de las misiones ha despertado el interés de historiadores de diversos enfoques y ha captado también la atención de estudiosos de otras disciplinas, se pretende ofrecer un corpus documental que no está al alcance de todos y que puede ser utilizado para repensar desde los documentos jesuíticos la historia de este espacio y la de todos los actores involucrados.

El contenido de la carta de 1658-1660⁴

Como se mencionó anteriormente la carta comienza haciendo referencia al número de personas que tiene la Compañía en estos territorios en las diferentes funciones y jerarquías, un total de ciento setenta y ocho jesuitas.

El Provincial detalla la situación de los ocho colegios existentes, modificando la modalidad que tuvieron otros provinciales en cartas anteriores, en las que se comenzaba informando acerca de las reducciones.⁵

Se ofrecen datos sobre el colegio de Córdoba con un registro de personas, como así también de las actividades que allí se realizaban referidas a la universidad. Se describen los grados académicos que se lograban (Maestro en Artes y Doctor en Teología), y aunque la misma no tenía un gran número de alumnos, considera que contribuía a la enseñanza y al cultivo de virtudes cristianas.

Del mismo modo se hace referencia a los demás colegios con los datos de cada uno: Asunción: seis sacerdotes y tres coadjutores, Santiago del Estero: en total doce, seis sacerdotes, un escolar y cinco hermanos coadjutores. En Buenos Aires hay cuatro sacerdotes, un

4 Cuando estábamos finalizando este trabajo de transcripción de las Cartas, tuvimos noticia de la publicación de una edición en portugués “Carta Anua da provincia jesuítica do paraguai (1659-1662). Organização, Introdução e Notas. Beatriz Vasconcelos Franzen, Eliane Cristina Deckmann Fleck, Maria Cristina Bohn Martins. Oikos, Unisinos, Ed. UFMT.2008. Este grupo publicó las Cartas de 1659-1662 completas y una parte de las de 1658-1660, explicando que no encontraron la totalidad del documento, no identificaron a su autor y por sus características no la consideran una carta Anua sino un “Rascunho” (apunte-borrador) de la Carta posterior de 1659-1662.

5 El modelo de redacción en general se mantiene en las Anuas. Lo que puede variar es la estructura de las mismas. En Anuas anteriores, por ejemplo la de 1650-1652, el padre provincial Juan Pastor comienza relatando la situación de las reducciones, en la siguiente de 1652-1654 se comienza por la situación de los Colegios. Cartas Anuas de la Provincia Jesuítica del Paraguay. 1650-1652. 1562-1654. En Documentos de Geohistoria Regional. N° 15. Instituto de Investigaciones Geohistóricas. IIGHI- Conicet, Resistencia, Chaco, 2008.

escolar y cuatro coadjutores. Santa Fe, tiene tres sacerdotes y dos hermanos coadjutores. San Miguel de Tucumán: tres sacerdotes y dos coadjutores. Salta: cuatro sacerdotes y dos hermanos coadjutores. La Rioja: cuatro sacerdotes y tres hermanos. Se hace referencia a la misión de los itatines que depende del colegio de Asunción, por estar situada a cincuenta leguas de allí. Vivían allí cuatro sacerdotes en dos residencias.

En general en ellos se enseñan las primeras letras a los niños españoles o hijos de españoles, además de gramática y las enseñanzas de la fe cristiana

Posteriormente comienza el relato de la situación de las misiones de los ríos Paraná y Uruguay, con los datos numéricos referidos a los jesuitas que allí vivían, un total de treinta y seis distribuidos en diecinueve pueblos.

Se describen algunas entradas que se realizaron hacia los territorios de los “infieles”, con poco éxito en algunos casos, fortaleciendo también la religión entre los grupos que ya habían experimentado la conversión.

La carta puntualmente, tal como es su objetivo, se detiene en innumerables ejemplos de conversiones y símbolos de fe. Una detallada descripción de favores concedidos y ruegos escuchados que no hacían más que fortalecer la religiosidad en estos “cristianos nuevos” desde la mirada del informante.

En este contexto se mencionan especialmente las misiones circulares, que fueron iniciadas con fines evangelizadores. Sin suficientes sacerdotes para abarcar todos los territorios se implementó esta forma de evangelización, por la cual salían de los colegios dos padres con el fin de evangelizar en las regiones cercanas. El Provincial considera que mediante esta modalidad se logró alejar a buen número de españoles e indios de malas costumbres, aunque en los años que él informa no se pudieron realizar asiduamente por la falta de “operarios” tal como llama a los evangelizadores. No obstante destaca numerosos sacramentos concedidos, bautismos, casamientos, etc.⁶

6 Las misiones “circulares”, también denominadas “volantes” o “rurales” fueron

No cesan los ejemplos de mujeres y hombres identificados como españoles por el autor de las cartas, habitantes de las ciudades que viven experiencias de conversión o renovación de fe. Enfermedades y situaciones límites por parte de estas personas sirven para ejemplificar la necesidad de religiosos que acuden a estos individuos, en algunos casos, incrédulos y necesitados de ministros de la religión.

Un aspecto interesante que menciona también, es lo referido a las cofradías de indios y morenos, con sus propios estatutos a cargo de dos padres. El Provincial relata que se evangeliza en la propia lengua. Que si bien, por ejemplo, los esclavos siempre están muy ocupados sirviendo a los amos, acuden en momentos de necesidad a los padres prefectos de sus cofradías, sobre todo en situaciones de enfermedad.⁷

Las cartas ofrecen escasos datos de situaciones políticas o hechos que puedan ayudar a conocer mejor sucesos acontecidos en el territorio en este período desde la mirada jesuítica, no obstante el autor menciona que en la gobernación del Paraguay, Juan Blázquez de Valverde fue un funcionario que tranquilizó el escenario y morigeró la relación entre jesuitas y gobernantes, después de los sucesos entre el Obispo Cárdenas y los jesuitas del Colegio de Asunción, unos años antes. Se describe un nuevo episodio en torno

emprendidas con fines evangelizadores. Este tipo de labor respondió fundamentalmente a la intención de convertir la mayor cantidad de almas posibles, pero dada la falta del personal suficiente para llevar a cabo esa tarea en todos los territorios cercanos; dos padres o más salían desde los colegios a la comarca con el objeto de evangelizar a los indígenas de la región.

7 El tema de la evangelización de los esclavos fue siempre una preocupación para la Compañía de Jesús. En algunos puntos específicos, como en Buenos Aires, por ejemplo, algunos jesuitas se ocuparon de aprender la lengua y acudir a esta población en los aspectos espirituales. Numerosos documentos hacen referencia a ello, por ejemplo las Cartas Anuas de 1609-1614 y las del período 1615-1637. Cartas Anuas de la Provincia de Tucumán, Chile y Tucumán de la Compañía de Jesús (1609-1614). Documentos para la Historia Argentina, Tomo XIX- Iglesia, Buenos Aires, 1927 y “Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay, Chile y Tucumán de la Compañía de Jesús (1615-1637). Documentos para la Historia Argentina, Tomo XX, Buenos Aires, 1929.

al tema de las minas de oro, que se suponía, los jesuitas poseían en algún lugar, emprendiéndose nuevas expediciones de búsquedas de las mismas, sin éxito alguno y con castigos severos a quienes habían mal informado sobre este tema.

También se hace referencia, a un nuevo intento de invasión de los mamelucos en este período.⁸ Se menciona que en Buenos Aires se recibió información de la preparación de una gran expedición de mil paulistas con un ejército de cuarenta mil indios alistándose para atacar las reducciones, hecho que no se concretó, aunque se prepararon con sus armas y soldados para la defensa.

Presenta también un detalle de los jesuitas que dejaron de existir en el período, el autor ofrece una necrología detallada de cada uno, destacando sus virtudes para la evangelización, acudiendo a ejemplos que confirman las vidas casi santas de algunos de ellos. Simón de Ojeda hace alusión a las pérdidas de religiosos no reparadas por los nuevos misioneros que llegan, ya que en cantidad son muy inferiores. En este aspecto cabe mencionar que este es uno de los problemas principales que aquejaba a los jesuitas y que se menciona permanentemente en las cartas, demuestra la preocupación por la escasez de sacerdotes en el proceso de evangelización que se había emprendido en estas tierras.

Son muchas las vidas entregadas a la obra de evangelizar en estas regiones. Del padre Diego de Boroa, quien también fue Provincial se ofrece un destacado compendio de su vida, describiéndose la entrega y dedicación a la tarea de la conversión desde la mirada de sus pares.

Las Cartas generalmente no ofrecen datos específicos sobre los pueblos de indios, en este caso llama particularmente la atención la mención detallada de la población que habita en las reducciones. Se refiere específicamente a los pueblos cerca del río Paraná y los del Uruguay. Se ofrece un detalle de las familias que

8 En el Nuevo Mundo circunstancias especiales favorecieron al surgimiento de una población mezclada europea- india, esto es, de los que en Hispanoamérica se denominaron mestizos o cholos en Brasil mamelucos o caboclos. Véase (KONETZKE, 1988: 78)

residen en cada uno, ofreciendo datos que aparecen generalmente en otro tipo de documentación jesuítica y no precisamente en estos informes. Los datos aquí registrados sirven para contrastar con otra documentación. Se ofrece el dato de cuarenta mil habitantes para los diecinueve pueblos y un total de nueve mil quinientas veinticinco familias.

En cuanto a otros aspectos referidos a los pueblos, se profundiza en todo tipo de ejemplos edificantes. Se mencionan pestes y enfermedades, situaciones en las que los indígenas reforzaban su fe dando muestras de su incondicional apego a la religión.

Cada provincial acostumbra profundizar aspectos de su interés en el informe, dándole mayor relevancia a algunos temas o problemas en detrimento de otros. En este caso, Simón de Ojeda permanentemente se refiere al tema de la castidad y los “pecados de la carne”, tanto de vecinos, de indígenas, como de sacerdotes. Al principio nos llamó la atención este tema porque ofrece numerosos ejemplos en los cuales destaca esta cuestión, luego hicimos una lectura vinculada a los problemas existentes en las reducciones. Entendemos que probablemente no había delitos relacionados con robos, violencia o muertes entre los indios reducidos, en este período. Incluso se aclara que cuando roban lo hacen por hambre. Esto nos lleva a pensar que el gran problema tiene que ver con la promiscuidad, entendida como tal por los jesuitas y los “pecados de la carne” son los que permanecen y traen mayores dificultades en el proceso de evangelización.

El tema de la Misión del Itatín es descripto también en párrafo aparte. Destacando la cantidad de familias, unas novecientas, y el número al que asciende el total de la población, unas cuatro mil almas. Se mencionan los actos de fe en los que participan permanentemente los habitantes de esta reducción. Se hace referencia también al deseo de acudir a evangelizar a grupos de indios vecinos a cargo de los clérigos seculares y la imposibilidad de realizar esta tarea porque los mismos curas se lo prohibieron. Se informa también sobre intentos de entradas hacia los indios payaguás, con una interesante descripción

de sus formas de vida y costumbres y los intentos de llegar también hacia otros grupos de características similares a los payaguás, pero que hasta dicho momento habían sido de resultados negativos.

Por último el autor de la carta finaliza sus informes con el relato de un episodio muy conocido en la Historia del Tucumán Colonial: la sublevación de los indios calchaquíes y los fracasos de la evangelización en aquellas tierras. Se describe la conformación de una residencia estable en aquellas regiones en el año 1640, luego de la rebelión calchaquí del año 1629. Hasta el año 1657, según el relato de Ojeda trabajaron allí cuatro padres. Se describe la existencia de dos residencias en dicho lugar y un funcionamiento similar al que se estaba desarrollando en otros territorios. En ese marco se detalla la aparición de un conocido personaje: Pedro Bohórquez, que protagonizó el momento y contribuyó a la conformación de nuevas revueltas y al fracaso en parte de lo que habían establecido los jesuitas en aquellas tierras, desde la mirada del provincial. Se realiza un más que completo informe con cada uno de los sucesos que involucraron al mencionado personaje, los calchaquíes, el poder político y los jesuitas. Si bien este es un hecho histórico muy conocido y estudiado, el abordaje del tema en esta carta, permite quizás, una nueva lectura y la posibilidad de contrastar con otras fuentes que tratan el tema para observar posibles nuevos aportes hacia dicha problemática.

El contenido de la carta de 1659-1662

El padre Andrés de Rada comienza su carta explicando que, nombrado visitador del Paraguay, se trasladó desde Lima hasta Salta. Camino a Córdoba se enteró que había sido nombrado Provincial, designación que le había hecho saber Francisco Díaz Taño (Procurador en el viejo Mundo) que estaba regresando de Europa. El nuevo Provincial menciona que las Anuas anteriores se habían perdido y no llegaron al procurador de las Indias, por tal

razón en sus cartas retomaría algunas cuestiones ya desarrolladas en el informe anterior.⁹

En primer lugar ofrece datos sobre los jesuitas: ciento noventa y dos sujetos de los cuales ciento veintidós eran sacerdotes, treinta y seis escolares, cuarenta y dos hermanos coadjutores. La provincia contaba con veintidós reducciones y ocho colegios. Señala este provincial también el escaso número de religiosos para la atención de tantas necesidades.

Andrés de Rada describe en primer lugar la situación de los colegios. El de Córdoba tiene setenta personas entre novicios, padres de tercera probación, escolares y maestros de primera enseñanza. Destaca al igual que Simón de Ojeda la importancia de la universidad en este contexto y su igualdad con las universidades europeas por conceder los mismos grados académicos después de severos exámenes. Se mencionan también cambios entre los habitantes en cuanto a sus relaciones, rencillas entre familias, disputas antiguas que lograron terminar por la mediación de los padres de la Compañía.

Se hace referencia al caso de las misiones rurales o circulares que ya había descrito Simón de Ojeda y cómo los misioneros se introducían en regiones de difícil acceso para evangelizar, detallando una y otra vez casos de conversión y de fe por parte de los habitantes de esos alejados pueblos.

Prosigue la necrología de jesuitas que murieron en el período y que habían tenido vinculación al Colegio de Córdoba, repitiendo en algunos casos los que ya había mencionado Simón de Ojeda, muchos de los aspectos ya tratados por el anterior provincial. Se describen nuevamente vidas ejemplares con valores inculcables y devoción a la Virgen y a los santos, sobre todo a San Ignacio y San Javier. En esta primera parte se mencionan a las reducciones pero como un marco contextual de los grandes episodios experimentados por dichos padres. Se describen pestes y situaciones difíciles que tuvieron que afrontar cada uno de estos hombres que habían entregado su vida a la evangelización, desde la mirada del provincial.

9 Las Anuas anteriores al parecer no se perdieron y transcribimos en versión completa en esta edición.

Surgen algunos datos interesantes que se refieren a hechos que luego no se concretaron. Por ejemplo el padre Rada menciona una gran peste en la reducción del Tape denominada Jesús María y las vicisitudes que se vivieron por esto. El relator menciona que todos estos hechos se detallaban en la Historia General de la Provincia, próxima a salir. No salió para la época ninguna obra de estas características, aunque existen indicios de que el padre Juan Pastor estaba escribiendo un texto de estas características que nunca salió.

Luego se detiene en los demás colegios, algunos de ellos con mayor información que otros, se ofrece el número de religiosos en cada uno. El colegio de Buenos Aires ocupa un importante espacio en la carta, al igual que el Asunción o Santa Fe, en todos los casos con ejemplos detallados de conversiones y demostraciones de fe de los habitantes de dichas ciudades, acompañado de las necrologías de los jesuitas fallecidos en cada uno de ellos.

Muy pocos datos que no sean relacionados con la fe, nos ofrece esta carta, sin embargo es posible identificar algunas situaciones para cruzar con otras fuentes. Existen por ejemplo menciones de las parcialidades indígenas que conocían o intentaban evangelizar. Aparecen nombres de grupos indígenas que contribuyen al conocimiento del panorama étnico existente en cada región.

El episodio relatado en la carta de 1658-1660 por el provincial Simón de Ojeda, referido a las minas de oro que denunciaban tenían los jesuitas y la búsqueda de las mismas, es repetido en esta carta con la participación del oidor gobernador Juan Blázquez de Valverde, recordándose también los inconvenientes sufridos por los padres de la Compañía con los vecinos y autoridades de Asunción y el Obispo Cárdenas, unos años antes.

Se describe también en detalle la misión de los itatines, y algunos ejemplos de fidelidad de la Compañía al gobierno. Uno de ellos un episodio vivenciado por el gobernador del Paraguay Alonso Sarmiento en una visita realizada a una reducción a cargo del clero secular. Fue atacado por una rebelión, debiendo refugiarse en la

iglesia, atrincherado allí durante cinco días junto a otros funcionarios del Paraguay que lo acompañaban. Se relata cómo se organizó una expedición acompañada por los padres como capellanes militares, para acudir a los prisioneros. El otro caso se refiere a la concesión de un ejército de indios de las misiones jesuíticas para acompañar una entrada que hizo el gobernador a los territorios de los indios guaycurúes.

Se mencionan también los avances de las misiones de los ríos Paraná y Uruguay, la reconstrucción de los pueblos en este espacio luego de los ataques de los bandeirantes. Informa el Provincial que existen veinte pueblos, que si no hubiera sido por los mamelucos existirían cincuenta. Destaca que funciona muy bien la conversión en estos territorios ofreciendo algunos datos que les informan desde las reducciones: 90.000 comuniones y más de 200.000 confesiones. Se describe la reducción de San Ignacio, Itapúa, Loreto, Candelaria, Santos Cosme y Damián, San Ignacio de Yavevirí, Corpus Christi, San José, Mártires del Japón, San Carlos, San Nicolás, San Miguel, la Concepción, San Javier, Santa María La Mayor, Santo Tomé, Asunción de Bororé y Yapeyú. En todos los casos con ejemplos de fe por parte de los indígenas, circunstancias casi milagrosas, de entrega por parte de los misioneros y de abrazo de la religión por parte de los indígenas. Se intercalan los relatos con necrologías extensas en algunos casos, de jesuitas que tuvieron un gran protagonismo en el territorio: el padre Pedro Salas, el padre Pedro de Mola o el padre Diego de Zalazar, entre otros.

Características de la presente edición

La presente edición reúne, tal como se mencionó anteriormente, dos cartas que corresponden a diferentes provinciales. La primera abarca el bienio 1658-1660, la segunda carta corresponde al período 1659-1662, escrita por el padre Andrés de Rada, abarca un poco más de dos años, porque el autor aduce que la carta anua

anterior se había perdido y no llegó al procurador, por tal razón repite muchos de los datos que ya había mencionado el padre Simón de Ojeda, autor de la primera. Ambos documentos están conservados en el Archivo de la Provincia Argentina de la Compañía de Jesús, en el Colegio del Salvador de Buenos Aires. De ambos textos el padre Carlos Leonhardt, realizó hace muchos años su traducción del latín al castellano. Esa versión ha servido para la presente publicación.

Como en otras oportunidades, el texto de ambas cartas lleva la indicación de las fojas de la versión original, para facilitar su eventual cotejo. Algún agregado se ha colocado entre corchetes. También se han introducido notas biográficas sumarias sobre las personas nombradas o sobre circunstancias que requieren aclaración. En la transcripción se ha utilizado un lenguaje menos arcaizante modificando algunas palabras utilizadas por Leonhardt pero manteniendo el sentido.

El trabajo de transcripción de las cartas, así como la realización de los índices, toponímicos y onomásticos, correcciones y todas las acciones necesarias para la presente publicación, han sido realizadas por un equipo de trabajo perteneciente al Núcleo de Estudios Históricos Coloniales (NEHC) del Instituto de Investigaciones Geohistóricas. IIGHI. Conicet, dirigido por la Dra. María Laura Salinas. Colaboraron: Lic. Fernando Pozzaglio, Lic. Andrea Rougier, Prof. Omar Svriz Wucherer y Fátima Valenzuela, becarios de Conicet y de la Secretaría General de Ciencia y Técnica de la UNNE.

**Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay de la
Compañía de Jesús
1658 – 1660**

[f.1]

El número de los nuestros de esta Provincia es de ciento setenta y ocho sujetos, de los cuales son sacerdotes ochenta y nueve, escolares cuarenta y dos, hermanos coadjutores cuarenta y siete, distribuidos en ocho colegios, una casa de probación y veintiún residencias. Habían sido estas últimas, en los años pasados veintitrés y se han reducido a veintiuno por haber sido abandonada la misión de los calchaquíes con sus dos residencias.

En el colegio de Córdoba viven setenta sujetos, de los cuales son catorce sacerdotes, treinta y nueve escolares y diecisiete hermanos coadjutores. En este mismo colegio hay una academia [o Universidad], en la cual dos enseñan la teología escolástica, uno la moral, dos la filosofía natural y uno la gramática. Hay que añadir a estos un maestro de las primeras letras, cargo desempeñado por un hermano coadjutor.

Los novicios viven en la misma casa y comen en la misma mesa con los demás del colegio, corriendo, empero, aparte su fundación con sus rentas, de las cuales también se mantiene el padre provincial con sus compañeros, lo mismo los procuradores de la Provincia, tanto los que viven aquí como los de otras partes.

En el colegio de la Asunción viven seis sacerdotes y tres hermanos coadjutores. De estos sacerdotes, uno enseña gramática, y de los hermanos, uno enseña las primeras letras.

En el colegio de Santiago del Estero viven doce sujetos, es decir: seis sacerdotes de los cuales uno enseña gramática y otro es capellán de la estancia, un escolar que enseña moral y cinco hermanos coadjutores.

[f.1v] En el colegio de Buenos Aires hay cuatro sacerdotes, un escolar, el cual enseña gramática y cuatro hermanos coadjutores, de los cuales uno enseña las primeras letras.

El colegio de Santa Fe tiene tres sacerdotes y dos hermanos coadjutores, de los cuales uno enseña las primeras letras.

En el colegio de San Miguel de Tucumán hay tres sacerdotes y dos hermanos coadjutores. Uno de los sacerdotes es maestro de los niños españoles, quedando los otros dos para los ministerios espirituales.

En el colegio de Salta viven seis sujetos, entre ellos cuatro sacerdotes operarios y dos hermanos coadjutores.

En el colegio de La Rioja se mantienen cuatro sacerdotes, tres hermanos coadjutores y un escolar, profesor de gramática.

La misión de los itatines depende del colegio de la Asunción, y está situada a cincuenta leguas de distancia del colegio. Viven allí cuatro sacerdotes, en dos residencias, para desempeñar el cargo de párroco y buscar indios infieles y cristianos fugitivos.

Las misiones de los ríos Paraná y Uruguay

Entre los indios habitantes de la región de estos ríos viven treinta y seis sacerdotes, a los cuales asisten cuatro hermanos coadjutores. El número de pueblos es de diecinueve.

Los sacerdotes son curas párrocos, desempeñando su cargo apostólico según el espíritu de la Compañía.

De vez en cuando hacen ellos algunas excursiones a los indios infieles escondidos en la vecindad para ver el modo de ganarlos para la religión. Todos estos sujetos son buenos hijos de Vuestra Paternidad, de gran celo apostólico, los cuales trabajan con buen éxito, especialmente en el confesionario, donde logran a veces componer confesiones mal hechas, de mucho tiempo atrás como consecuencia de un sacrílego pudor.

Hay gran frecuencia de sacramentos, hasta en los pueblos de indios, los cuales todos suelen comulgar hasta seis y más veces al año. Pues tienen una viva fe en este gran misterio, aún siendo todavía cristianos nuevos, [f.2] gracias a las enseñanzas públicas y

privadas de los padres, a las cuales acuden con puntualidad y las oyen con atención.

En las demás partes de la Provincia, gracias a las misiones circulares de cada año, se logró apartar buen número de españoles e indios de las malas amistades, e inducirlos a restituir la plata mal habida, y la fama injustamente violada, quitándose también muchas enemistades.

En Córdoba del Tucumán tiene la Compañía una Universidad, en la cual nuestros padres enseñan la teología escolástica y la moral. Y aunque no se distingue tanto por el número de los estudiantes, sin embargo es ella de suma importancia para desterrar la extremada ignorancia en cosas de religión en estas tierras, hasta entre los mismos españoles por falta de doctores aptos. En esta misma Universidad se dan los grados académicos de maestro en Artes y de Doctor,¹⁰ precediendo un examen riguroso. No se olvidan los nuestros, al mismo tiempo, de formar los corazones en las virtudes cristianas, en especial por medio de la frecuentación de los sacramentos y el culto a la Virgen Madre de Dios. En realidad florece en fervor la congregación de la Inmaculada entre los estudiantes.

En los colegios de la Asunción y de Santiago del Estero aprenden los niños españoles no sólo las primeras letras, sino también la gramática; y en general todos los niños, aunque no frecuenten la escuela, son instruidos esmeradamente en los misterios de la fe cristiana, lo mismo que en la urbanidad y buen comportamiento, a gran provecho de los españoles de estas tierras.

Las congregaciones se han introducido en todos los colegios, fuera del de Santiago del Estero, donde no hay tanta necesidad de ello, siendo aquellos habitantes muy propensos a las prácticas religiosas y muy afectos a la Compañía. Esto no quiere decir que en las demás ciudades, en especial en la Asunción y en Buenos Aires, hay falta de asistencia de los españoles a las iglesias de la Compañía, para las acostumbradas prácticas religiosas del cristiano.

[f.2v] Además se han fundado en toda la Provincia cofradías de

10 Doctor en Teología.

indios y morenos¹¹; con sus propios estatutos, estando ellas a cargo de dos padres de cada colegio. Aunque se debe decir que el fruto de estas cofradías no corresponde al trabajo invertido por aquellos padres, siendo los indios ya muy pocos y los negros muy ocupados en el servicio de sus amos. Sin embargo no se trabaja de balde, pues se los instruye y predica en su lengua los domingos, habiendo además cada año una procesión en las fiestas patronales de cada nación; y así se hace lo que se puede, en favor de ellos, para instruirlos, a lo cual corresponden con gran afecto a la Compañía. Pues, con gran confianza acuden a los padres prefectos de sus cofradías, en todos sus apuros y en especial cuando se enferman gravemente. Entonces es su único o mayor consuelo ser visitados por uno de estos padres, poder confesarse y ser preparados para el último trance. No se equivocan en este punto, porque nuestros padres tienen gran predilección para este ministerio entre los pobres.

Lástima que estos años las misiones circulares por las estancias de los españoles y las aldeas de los indios no fueron muy frecuentes; pues han muerto varios operarios que lo solían hacer y muy pocos han sido admitidos a la Compañía para suplirlos un día. Las expediciones de nuevos misioneros que vienen de España son raras y poco numerosas¹². Así es que sólo del colegio de Córdoba salen algunos cada año a estas misiones rurales, a veces los mismos profesores de teología y otros ocupados en cargos importantes, ya que a veces hay falta absoluta de otros. Con todo, no puede haber ocio en los colegios donde se trabaja a modo de misión permanente. Pues, al enfermarse gravemente cualquier persona, sea español, indio

11Un análisis de las cofradías y congregaciones de los jesuitas. (MARTÍNEZ DE SÁNCHEZ, 2007).

12 La principal labor de los padres procuradores enviados a Europa era regresar con un contingente de nuevos misioneros con el objetivo de llenar los vacíos que dejaban los que enfermaban o morían, y para emprender nuevas fundaciones. Sin embargo estos arribos de nuevos misioneros no fueron constantes y de allí la carencia de personal para emprender nuevas misiones en estas tierras. La última expedición importante había sido efectuada en el año 1657, encabezada por el padre Simón de Ojeda. (Véase FURLONG, 1978: 313-316.)

o negro, al instante se manifiesta su afecto y confianza a los de la Compañía, de los cuales saben que siempre se prestan para acudirles en su necesidad, con prontitud y paciencia, no reteniéndolos ni el mal tiempo, ni [f. 3] las grandes distancias, ni el estado miserable de los enfermos, para cumplir con ellos los oficios de caridad; tanto que algunos creen que nosotros tenemos la obligación para tales oficios de caridad; y que nunca nos podemos negar a prestarlos.

Uno que conoce la extremada ignorancia en cosas de religión de los españoles, indios y morenos que viven en las afueras de la ciudad en pobres aldeas, casas y ranchos, sus múltiples y graves miserias espirituales, la gran escasez de buenos pastores, esto por cierto, estima en mucho los trabajos de los nuestros en esta clase de ministerios, de los cuales depende la salvación de tantas almas. Podemos mencionar que por la industria de los nuestros, muchos se han apartado de sus malas amistades, con las cuales vivían impunemente y otros tantos se han casado legítimamente; y cuando era muy difícil el remedio, los padres lo han encomendado a Dios, o han solicitado la intervención de la autoridad de los ministros del rey. En una sola de aquellas misiones rurales hubo mil trescientos cuarenta confesiones, muchas de ellas las primeras de la vida o hechas después de muchos años. También se bautizan en estas misiones muchísimas criaturas y algunos adultos, de cuyo bautismo con razón se duda, los cuales se vuelven a bautizar bajo condición.¹³

Las misiones de los demás colegios, aunque menos frecuentes, han tenido igualmente buen resultado. Así se hizo una desde Salta al pueblo de Jujuy, predicándose allí con fruto la Santa Cuaresma.

Más grande era el fruto en la misma ciudad de Salta. Allí se practicó la costumbre de contar ejemplos de la divina justicia en algunas funciones nocturnas, lo que causó conversiones muy llamativas.

¹³Este es el denominado Bautismo *sub conditione*, aplicado en aquellos casos que se duda si la persona fue bautizada.

Desde los colegios de la Asunción, Buenos Aires, San Miguel de Tucumán y La Rioja, sólo se pudo atender por la escasez de operarios a las aldeas y viñas más cercanas y sin embargo no volvieron los padres con manos vacías, siendo mayor aún el provecho sacado por las misiones entre los españoles e indios de la comarca de Santiago del Estero, [f.3v] para cuyo fin había dado a aquellos padres el señor obispo facultades amplísimas para administrar todos los sacramentos en todas partes. Fue tan extraordinariamente grande el resultado de estas misiones en estos años, especialmente en el próximo pasado, por una epidemia entre los indios y morenos, los cuales en gran parte hubieran carecido de los santos sacramentos al morir si no les hubiera socorrido con tiempo la caridad de los nuestros, a los cuales excitó todavía más la extremada miseria de aquella pobre gente, y la suciedad de los ranchos donde estaban postrados.

Esto es en resumen, lo que por estos años trabajó la Compañía en esta Provincia, para la mayor gloria de Dios y la salvación de sus almas. No han faltado tampoco algunos sucesos, en los cuales se manifestó la Divina Misericordia, Providencia y Justicia, y por lo tanto no conviene ocultarlos por el silencio. En la ciudad de Santiago del Estero uno de nuestros padres estaba aconsejando al temor de Dios a dos nuevos cristianos, recordándoles de la grave pestilencia que hubo en aquellos días. Uno tomó a pecho el consejo, y cuando después cayó enfermo se confesó, la primera vez después de 30 años. Así escapó felizmente de la ira de Dios, muriendo después de recibir los demás sacramentos de la Iglesia. El otro despreció obstinadamente los consejos del padre, fue atacado repentinamente perdiendo luego el conocimiento, y murió sin sacramentos. Del mismo modo desgraciado murió una señora española, aunque antes muchas veces avisada por un padre para que se confesara con tiempo. No hizo caso aquella mujer, sino al contrario, olvidada de todo cuidado para procurarse la pureza de mente, pensaba sólo en fiestas y tertulias en compañía de algunas amigas. Murió repentinamente y se acabaron las risas.

Hizo tanta impresión esta desgracia a otra señora, no desemejante a la anterior en cuanto a frivolidad, de tal modo que desde aquel día desterró lejos de sí la pompa mundana, portándose en adelante de un modo muy edificante, en especial por su modestia y gravedad. Uno de nuestros padres explicaba uno de los acostumbrados ejemplos para hacer ver la atrocidad del crimen de una confesión mal hecha por callar pecados. Al oír tal cosa, se espantó una española, la cual por **[f.4]** cuarenta años enteros había callado cierto pecado grave de su juventud y había recibido, sin embargo, sacrílegamente la comunión. Comenzó a temer la venganza de la Justicia de Dios, despreciada desde hace tanto tiempo. Deshecha en lágrimas se echó a los pies del confesor para abrir al fin toda su conciencia. En adelante llevó una vida tan compuesta, que bien se echó de ver que sus lágrimas tenían por origen, no una sensibilidad mujeril sino el más sincero y profundo dolor.

No hay que olvidar algunas señales de la Divina Misericordia, las cuales, por sus circunstancias, no estarían muy lejos de un milagro. El año pasado estaba uno de los padres misionando en los alrededores de Córdoba, predicando un día con mucho entusiasmo sobre la Santísima Virgen y su poderosa intercesión. Lo oyó con suma atención un joven español, y pronto en honor de la Virgen hizo una buena confesión. Era muy a tiempo, pues poco después quiso domar un caballo, pero el animal mordió el freno y se escapó hacia un profundo precipicio, saltando abajo con el jinete encima. Volando así por el aire, invocó el joven con gran fervor a la Virgen Santísima. La Virgen lo oyó y le ayudó. Pues, cayó sin mayor daño sobre una peña de abajo, quedando sólo poco tiempo privado de sentidos. Lo que era más extraño en este caso fue que poco antes, por miedo al precipicio, quiso agarrar el borde, dislocándose el brazo.

También San Francisco Javier hizo favores a uno de los nuestros, el cual sufría de repentinos y graves achaques. Cierta día se encontró más mal que nunca y prometió ayunar cada año en las vísperas de la fiesta de San Francisco, y rezar cada día la oración de la Iglesia en su honor. Luego se encontró fuera de peligro.

[f. 4v] Otro caso sucedió en Salta con una india, insigne y célebre señal de la poderosa intercesión de nuestro patriarca San Ignacio en favor de sus devotos. Pues, aquella mujer que estaba ya dos años postrada por una parálisis, cuando oyó en la víspera de la fiesta de nuestro santo padre el alegre repique de las campanas, le vinieron una indecible gana de asistir a la fiesta; por lo cual sanó repentinamente. Tan inclinado era San Ignacio a favorecer a su devota, pues aquella ya no pudo contenerse en su lecho, se levantó y con paso firme acudió a la iglesia para dar las gracias a Dios y a San Ignacio, su patrono. El amo de ella y otros muchos, que bien conocían el anterior estado de su salud, quedaron pasmados de estupor.

Cuando, empero, a ejemplo de nuestro buen padre se recibe por los beneficios nada más que injurias, también en beneficio y así hemos recibido mucho de esta clase de bendiciones, en las cuales fue ejercitada colmadamente la modestia y paciencia de los nuestros.

Omito de pronto, la destrucción de nuestra misión entre los calchaquíes, para hablar de este asunto después. En la ciudad de Santa Fe se puso a gran prueba la paciencia de los nuestros. Predicó uno de nuestros padres en la fiesta de la Circuncisión del Señor, diciendo entre otras cosas que era glorioso para la Compañía ser tratado mal e injuriosamente. Esto precisamente era el más noble adorno de la Compañía; que sus miembros, por la paciente y tranquila tolerancia de las injurias, se mostrasen dignos de ser llamados socios del nombre de Jesús. Aunque Dios algunas veces permite que sea molestada la Compañía por calumnias y mentiras, hasta ser casi aplastada por ellas, sin embargo tiene cuidado de que un día se manifieste su inocencia y que se devuelva su buena fama.

Asistió al sermón como representante de su prelado, un joven religioso de cierta orden, que era profesor, el cual llevó muy mal lo dicho en el sermón (parece que él mismo era cómplice de lo perpetrado en la Asunción contra la Compañía), y lleno de rabia salió de su asiento y se quejó que nosotros infiltrábamos malas doctrinas a los oyentes. Ya que la Compañía era odiada y aborrecida por todo el mundo, no por la imitación de Jesús, Rey y Señor suyo, sino por

su audacia en despreciar todas las leyes divinas y humanas. Dicho esto, salió del templo. Esta protesta [f.5] ni aparentemente justa, después de llenar con ella los oídos de los habitantes para que más aparezca su extremado afán de dilacerar la fama de la Compañía, la propaló en una poesía hartamente larga, entreverada con sarcasmos y burlas, con sentencias de los santos doctores y de los códigos de ambos derechos, todo torcido odiosamente contra la Compañía, de una manera grosera y atrevida. Intentó con esta poesía renovar las llagas al buen nombre de la Compañía, tan injustamente infringidas por el obispo del Paraguay. Pero todo el trabajo invertido por él en componer aquella sátira era perdido, lo mismo que sus empeños en propalarla y enviarla a otras ciudades, ya que todos se habían formado ya su criterio sobre la causa de los enojos del obispo contra la Compañía, y sobre la inculpabilidad de esta. Únicamente entre los suyos parece que cosechó algo de loor y recompensa por su infeliz lucubración, pues poco después con admiración de todos los que se habían escandalizado de la insolencia de aquel hombre, fue promovido a la prelatura del convento que tiene aquella orden en Santa Fe. Pero la Compañía no se vengó de esta palmaria injuria de otro modo, sino por la modestia y el silencio, muchas veces el más honroso y eficaz defensor de la verdad.

En la ciudad de la Asunción hubo, por estos dos años pasados, algo más de tranquilidad en los asuntos de la Compañía, estando reprimida la audacia de los émulos, para no decir su malicia. Grandemente contribuyó a este estado de cosas el enérgico modo de proceder del oidor de la Real Audiencia de La Plata, Juan Blázquez Valverde¹⁴, gobernador del Paraguay. Pues este se había propuesto visitar los pueblos de indios de las riberas del Paraná y Uruguay, encomendados a la espiritual solicitud de la Compañía para investigar lo que se decía de las minas de oro, ocultas allí por la Compañía a gran detrimento del real erario. A este fin llamó primero a un interrogatorio

14 Blázquez Valverde fue designado gobernador por Real Cédula de Madrid, 10.VI.1654, por 3 años y con retención del cargo de Oidor en Charcas. Se recibió el 21.IX.1656 y entregó a su sucesor Alonso Sarmiento de Figueroa (1659-1664). (MAEDER, 1972:64)

jurídico a los delatores. Después tomó una providencia que le sugería la importancia de aquel negocio, mandando a los mismos con voz de pregón, garantizando su vida, que le acompañasen en su expedición a las minas de oro, [f.5v] de cuya fama habían llenado a ambos cuidados, prometiendo él repetidas veces grandes premios a los que las descubriesen. Por desgracia, no había ni sombra de aquel oro, y así tuvo que castigar a los impostores descubiertos, aunque el castigo no correspondía al tamaño de la calumnia, quedando a lo menos la Compañía vindicada de su fidelidad para con Dios y con el rey. El resultado de esta investigación consta por los documentos oficiales enviados a España y leídos en el Consejo de Indias, y así fue restablecida la Compañía en su anterior aprecio y amor de todos.

Los difuntos durante los dos años próximos pasados

Considerando el reducido número de los sujetos de esta Provincia, y el mucho trabajo que llevan sobre sus hombros, se debe decir que es muy sensible la gran pérdida del personal durante estos últimos años, ya que a los sobrevivientes se ha duplicado el trabajo. Pues para desempeñar los cargos propios y ajenos, tienen a veces sólo fuerzas ya quebrantadas a su disposición.

Los nuevos misioneros, traídos de Europa por los últimos dos procuradores de Provincia, no igualan al número de los difuntos, habiéndose que tomar también en cuenta que los recién llegados todavía no tienen la madurez de la edad, ni se han formado lo suficiente en lo que exigen los ministerios de la Compañía. De lo cual se deduce nuestro desconsuelo por la pérdida de aquellos sujetos que en su vida eran por su doctrina, santidad y experiencia práctica el sostén y la honra de toda la Provincia.

Por lo tanto, ruego lo más encarecidamente posible a Vuestra Paternidad que no deje de enviar, en tanta escasez de operarios, los reemplazantes en suficiente número y calidad, para que podamos sostener con honra tantos y tan importantes ministerios de la Compañía, como hay en esta Provincia.

El padre Diego de Salazar¹⁵, coadjutor espiritual formado, natural de Jaén en Andalucía, murió en el pueblo de San Ignacio el 25 de mayo de 1659, de sesenta y siete años de edad y cuarenta y siete de Compañía, habiendo estado cuarenta años en las misiones de esta Provincia y habiendo convertido a Cristo a gran número de infieles e instruido diligentemente a otros tantos neófitos en la religión cristiana.

[f.6] Ardía de celo por la salud de las almas, y no pudo esperar más el momento de poder dedicarse a ellos; por lo cual se fastidió de los largos estudios teológicos, aunque pudo salir aprovechado de ellos. Se dedicó más bien a aprender varias lenguas indígenas, por lo cual se habilitó a poder misionar por las dilatadas regiones del Guayrá, Taioba de los taivenses [¿caribes?], de Tibajiba, yipaudenses [¿de Yapeyu?], y iupabaibenses [¿de yabebiry?]¹⁶. Su alimento era muchas veces lo que encontraban a caso, cosas muy ordinarias y muy diferentes de nuestros manjares, siendo ellos el alimento de los bárbaros, entre los cuales moraba. Tuvo mucha ocasión de mostrar su paciencia, en especial durante la trasmigración de los indios del Guayrá, al huir de los mamelucos del Brasil. Acompañó él a esta miserable multitud de prófugos por los vastos campos, por los empinados montes y espesas selvas, sufriendo innumerables privaciones y contratiempos durante este largo y peligroso viaje, teniendo más de una vez la triste muerte delante los ojos.

Era de una muy tierna religiosidad, pues le venían las lágrimas al hacer la meditación, o al hablar de estas cosas santas. Todo su exterior era de una modestia y compostura ejemplar. Así es, que por medio de esta modestia, viviendo entre indios e indias, al principio, todavía desnudos, pudo conservar incólume la pureza de mente. También, más tarde, cuando los indios ya usaban vestidos,

15 El padre Diego de Salazar nació en Jaén, Andalucía en el año 1592, e ingresó a la Compañía de Jesús el 24.IX.1612. Arribó a Buenos Aires el 15.II.1617, alcanzando sus últimos votos de hermano coadjutor en Loreto el 1.XI.1626. Murió finalmente en la Misión de San Ignacio el 25.V.1659. (STORNI, 1980:256)

16 Estas palabras que aparecen entre corchetes son aclaraciones que hace Leonhardt en el texto.

no permitía que ninguno de los niños del servicio doméstico entrase solo sin compañero a su aposento. Hasta en su última enfermedad, cuando se pretendía aliviarlo con masajes, no admitía este servicio, para no dar ocasión a la menor excitación por este contacto ajeno. Era al fin muy desprendido de sí mismo, y quería ser el último de todos, y de seguro en el Reino de la Gloria Inmortal no será de los últimos.

El padre Baltasar Abadia¹⁷, profeso de 4 votos, natural de Zaragoza, murió en Jujuy el 8 de abril de 1659, a la edad de 51 años y a 32 de Compañía. [f.6v] Era de singular elocuencia y supo eficazmente comprobar lo dicho con los hechos. Era un ejemplar religioso de la Compañía. Con este doble aliciente logró atraer a muchos de los vicios a la virtud. Era muy observante de la pobreza y castidad religiosa, y no admitió jamás cosa alguna, sin que lo supiesen y lo permitiesen los superiores, ni en casa ni afuera. No hablaba nunca sin testigo con mujer alguna. Y si en tal caso no pudo procurarse un compañero de los nuestros, buscaba a un seglar, el cual, mientras tenía él que hablar con la mujer, no permitía que se apartara de él. Era tan obediente que murió víctima de la obediencia; pues, fue enviado a la ciudad de Jujuy para predicar los sermones cuaresmales para los españoles, y aún sufriendo dolores del costado se marchó. Aguantó hasta la Semana Santa, durante la cual agotó sus últimas fuerzas y murió plácidamente.

Durante toda su vida sufrió de molestísimos escrúpulos, siendo de una excesiva delicadeza de conciencia, la cual jamás le dejó en paz.

El padre Pedro Helgueta¹⁸, natural de Pamplona murió en el colegio de Buenos Aires el 24 de agosto 1659, a la edad de 68

¹⁷ El sacerdote Baltasar Abadía nació en Zaragoza el 8.IX.1608 e ingresó a la Compañía el Paraguay el 14.XI.1627. Llegó a Buenos Aires el 29.IV.1628, y profesó su cuarto voto el 2.II.1648 en San Miguel de Tucumán. Murió en San Salvador de Jujuy el 8.IV.1659. (STORNI, 1980:1)

¹⁸ El sacerdote Pedro de Helgueta nació en Pamplona, Navarra (España) en 1591. Ingresó a la Compañía de Jesús el 21.IX.1614, en Paraguay. Profesó su cuarto voto el 18.IV.1632 en Santa Fe. Murió en Buenos Aires el 29.VIII.1659. (STORNI, 1980:138)

años y 44 años de Compañía; desde su profesión habían pasado 27 años. Antiguamente le trajo la codicia de oro y plata de Europa a América, como a otros muchos; pero Dios le trajo a la Compañía por deseos de mejores ganancias. Fue recibido en Lima; y lo trajo acá el padre Pedro de Oñate¹⁹ al hacerse cargo de la Provincia. Los superiores de la Compañía se persuadieron de sus dotes de gobierno y le destinaron repetidas veces a ser rector de colegios. Mayor era su celo apostólico.

A él se debe que se salvara de la ruina económica el seminario de Chile. Se dedicó igualmente al apostolado entre los negros. Es de esperar, que por su misericordia con esta gente, la más miserable [f.7] y abandonada, haya logrado también la misericordia de Dios.

El hermano coadjutor Gregorio Proaño²⁰, natural del reino de Quito, murió en el Colegio de San Miguel de Tucumán, el 30 de agosto [de 1659] a los 56 años de edad y 30 (¿o 36?) de Compañía. Era un religioso muy observante, mientras estaba con sus facultades mentales, tanto que hasta en su estado demente guardó sus hábitos de virtud quedando obediente como antes, modesto, abnegado y amante de la pobreza. No volvió en sí hasta la muerte, pero es de esperar que, por su anterior vida edificante, Dios le haya sido propicio.

El padre Juan Guardia²¹, natural de Estella en Navarra, murió en el colegio de Buenos Aires a la edad de 57 años, el 2 de enero de 1660, después de 40 años de Compañía y 22 de profesión religiosa. Era de una eminente memoria e inteligencia por lo cual fue un excelente profesor de Filosofía y Teología, contribuyendo

19 El padre Pedro de Oñate nació en Valladolid el 7.I.1567, e ingresó a la Compañía de Jesús el 12.III.1586 en Toledo. Profesó su cuarto voto el 18.X.1604 en Juli, Perú. Llegó a Paraguay en 1615 y fue Padre Provincial entre los años 1615 y 1623. Murió en Lima el 31.XII.1646. (STORNI, 1980: 205)

20 El Hermano coadjutor Gregorio Proaño nació en Quito, Ecuador en 1601. Ingresó a la Compañía de Jesús el 3.V.1621 en Paraguay. Murió en San Miguel de Tucumán el 30.VIII.1659. (STORNI, 1980:228) Según este autor el hermano Proaño fallece con 38 años en la Compañía.

21 El sacerdote Juan de la Guardia nació el 23.IX.1603 en Estella, Navarra. Ingresó a la Compañía de Jesús en Paraguay el 21.XII.1619. Profesó su cuarto voto el 14.II.1638. Murió en Buenos Aires el 2.I.1660. (STORNI, 1980:129)

grandemente al adelanto de los estudiantes en virtud y letras. A él se debe el prestigio o la buena fama de la Universidad [de Córdoba] hasta fuera de los límites de la Provincia. Lo consultaban los obispos, gobernadores de provincia, jueces y abogados, hasta en los asuntos más enredados, y todos tenían su parecer como oráculo. Sin embargo, con todas estas honras y aplausos no sufrió mengua su insigne modestia, la cual le ayudó, por otra parte, a tragar también las más graves injurias. Esto se manifestó en especial con ocasión del enojo de cierto obispo con el padre, privándole de la facultad de oír confesiones, hasta que él en persona le hubiere examinado de su suficiencia en doctrina para desempeñar este cargo.

Juan [f.7v] hacía tan poco caso de sí mismo, con todos sus vastísimos conocimientos, que humildemente se sujetó al examen, después de lo cual añadió el obispo a la injuria también el insulto, diciendo: yo aprecio mucho la doctrina de otros de la Compañía (nombrando a algunos de los nuestros en realidad muy instruidos), pero no la suya, no siendo ella doctrina, sino una mezcolanza ruda de muchas cosas indigestas. Contestó el padre tranquilamente y con modestia que él mismo pensaba esto de sí, por lo cual los dos tenían el mismo criterio. Esta convicción que tenía de sí mismo y de sus conocimientos, la había sacado de su íntima familiaridad con Dios, habiéndose abismado en la infinita grandeza de la Divina Majestad y gran liberalidad para con él, así que, acordándose de lo que hacían gloriosamente a otros de la Compañía, trabajando y luchando por la iglesia de Cristo, se tenía y confesaba con gemidos y con lágrimas por el más inútil de los mortales y por el más ingrato para con Dios.

Mostraron su paciencia los bochornos que tenía que sufrir en Buenos Aires por seis largos años. Pues, Pedro Baigorri²², caballero de Santiago, gobernador de provincia en aquella ciudad, hombre cristiano y valiente militar, había elegido a Juan por su director espiritual. De allí se originaron las sospechas de los envidiosos y

²² Pedro de Baigorri Ruíz fue Gobernador y Capitán general nombrado por Real Cédula el 23.X.1651. Se hizo cargo del gobierno el 9.II.1653 y lo ejerció hasta que fue reemplazado por Alonso de Mercado y Villacorta (1660-1663). (MAEDER, 1972:50)

de la gente ordinaria, quejándose ellos, que el gobernador decidía los asuntos políticos no por su iniciativa, sino siguiendo el parecer ajeno; que todos los preceptos y prohibiciones saldrían del oráculo de Juan, que todo menos agradable, exigido por las leyes públicas, y la correspondencia particular del rey [o las cédulas reales]; y por consiguiente impuesto también por el gobernador, no saldría de su voluntad y arbitrio, sino de la de Juan. Al fin se hacia sospechosa hasta la fidelidad hacia el rey de los dos. Estas sospechas odiosas se propalaban por todas partes en la Provincia, y pasaron más allá de sus límites, llegando hasta España, al rey y al Consejo de Indias [f.8] por medio de la correspondencia (*equidem vetin ae pectara de viri cius queinregem Studio fama al que aestimative uel euperientiamet minium iprum qnorelao al que acusatien emner prudentes que ¿? Gubernaturi geste profane*)[Pues, la antigua y gran fama de este hombre y su fidelidad para con el rey, su estimación y experiencia sería un obstáculo para hacer valer todas las quejas y excusaciones, porque con prudencia excusaría todas las empresas del gobernador...] y alabaría todo, protestando que se le debería mas bien agradecimiento por sus muchos beneficios.

Juan fue muy amante de la castidad, guardándose escrupulosamente de todo lo que lo podía comprometer. Con la misma solicitud vigilaba, para que nadie de la Compañía faltara contra una virtud tan eximia, aunque alguien llevó a mal tanto cuidado pagándole con observaciones mordaces e injuriosas. Pero sucedió que este mismo sujeto por su falta de recato, fue despedido después de la Compañía, comprobando así que Juan, siendo rector del colegio, no le había amonestado por vanas sospechas para que aquel tuviese más cuidado con todo su modo de proceder. Tenía Juan también gran celo apostólico, procurando que ninguno de los esclavos negros que en masa son traídos de África a esta Provincia, muriese sin bautismo o sin confesión.

Para este fin, ya en su mocedad comenzó a aprender su lengua, lo cual le sirvió en gran manera para poder instruir a muchísimos de esta nación en la religión cristiana, bautizar y confesarlos, y enviarlos

al Reino de la Eterna Libertad. De semejante obra de caridad no le estorbó el trabajo del magisterio ni su poca salud. Aconteciendo empero, que un negro de una lengua desconocida muriese sin bautismo, se afligía sobre manera, de que se perdía por siempre tal alma. Pero es de esperar que Dios ya le enjugara sus lágrimas.

[f.8v] El hermano [coadjutor] Claudio Flores²³, natural de Arras en Artois, nacido en 1570, murió en 1660 en la ciudad de Santiago del Estero, el 26 de enero, después de haber estado en la Compañía 50 años.

Era soldado en su mocedad, viviendo después en la Compañía con tanta edificación que era el dechado de un buen hermano lego, y un vivo retrato de las reglas de los hermanos coadjutores. Aborrecía el ocio, cumpliendo fielmente lo que se le encargaba hacer, sea en casa, o en la estancia, mostrando en todo gran habilidad. Ya muy anciano, sufrió mucho de gota en pies y manos²⁴, quejándose, no de sus dolores, sino de su ociosidad y que le alimentaban de balde en la Compañía. Por esta razón, cuando en su enfermedad se le ofrecían aquellos alivios que se suelen ofrecer a los enfermos, o para excitar su apetencia, o para levantar su buen humor, los rechazaba con inflexible modestia.

Resplandeció sobremanera su paciencia en los tres últimos años de su grave y dolorosa enfermedad, venciendo con ella los agujijones de sus intolerables sufrimientos. Clara señal de su egregia pureza era la confianza con la cual sus superiores le encargaban la administración de las estancias y viñas, teniéndole que dejar solo en el campo, sin compañero y por mucho tiempo. Un ejemplo preclaro de su obediencia dio a todos de la Compañía, que se deben contentar con la suerte de Marta, cuando llegó a esta Provincia el decreto

23 El hermano coadjutor Claudio Flores nació en Aire-Sur-la-Lys, Francia en 1576. Ingresó a la Compañía de Jesús en Paraguay el 1.I.1608. Tomó sus últimos votos en Córdoba el 24.IV.1618 y murió el 26.I.1660 en Santiago del Estero. (STORNI, 1980:103). Como se puede observar existen algunos años de diferencia entre los datos del nacimiento del jesuita que ofrece la carta y los datos del Catálogo de Storni.

24 Se denomina “gota”, entre los siglos XVI al XX, a una enfermedad que causa hinchazón dolorosa en ciertas articulaciones. (ALONSO, 1958, II:2162)

mandando a los hermanos trocar el bonete sacerdotal con otro abrigo de la cabeza. Se sujetó gustosamente, y al decirle que los que lo usaban hasta ahora todavía no estaban obligados a dejarlo, dijo: yo me tengo por obligado, ya que la regla nos obliga a cumplir hasta los deseos de los superiores.

El padre Ignacio Medina²⁵ era natural de San Miguel de Tucumán, y alcanzó una edad de cincuenta y seis años, viviendo en la Compañía treinta y tres, habiendo profesado quince años antes de su muerte. Su gran piedad y su amor a la Compañía fue una herencia de su familia. Pues, su padre había construido para los indios de su estancia una capilla dedicada a San Ignacio, [f.9] antes de que fuese beatificado, y esto no obstante de muchas contradicciones de parte de personas, las cuales tenían en aquella tempestad por mérito especial, el aborrecer tal clase de devoción.

Nuestro Ignacio tenía muchas dotes, por los cuales aceptó tanto a los españoles como a los indios. Era muy modesto, afable, muy inclinado a aliviar las miserias corporales y espirituales de otros, y en especial infatigable en oír confesiones. Esta última circunstancia le atrajo gran multitud de pobres pecadores que buscaban salud para las llagas de su alma. Su amor a Dios y al prójimo no se pudo contener dentro de las ciudades de los cristianos y de sus provincias. Se extendió más lejos, hasta la nación de los ocloyas, los cuales todavía no conocían a Cristo, fundando entre ellos una estación misional de la Compañía. Después tuvo que retirarse la Compañía de aquel puesto por amor a la paz y concordia con otra orden religiosa. Aquellos infieles mostraron su afecto para con Ignacio por su tristeza y sus lágrimas, al retirarse él de ellos para ceder su lugar a otros.

Mientras tanto se ocupaba él con otros proyectos misionales en las regiones del Chaco, cuando le sorprendió la noticia de la feliz

25 El sacerdote Ignacio de Medina nació el 3.V.1604 en San Miguel de Tucumán. Ingresó a la Compañía de Jesús en Paraguay el 5.XI.1627. Profesó su cuarto voto el 10.IX.1645 en Salta. Murió en 1660 en Córdoba. (STORNI, 1980:182)

muerte de los venerables padres Gaspar Osorio²⁶ y Antonio Ripario²⁷, los cuales, ya antes de él, habían ensayado la entrada a aquella región. Fueron empero, cruelmente muertos por los habitantes de aquellas tierras, pareciendo a Ignacio que ellos, al separarse de nosotros, no le prepararon el camino a tierras nuevas, sino la entrada al Cielo para sí mismos. Frustrados sus proyectos para entonces, no se dejó de esperar una ocasión para intentar más tarde otra entrada a aquella Provincia, como lo hizo al fin. También esta vez se distinguió su caridad más por su constancia que por el resultado. Pues, pareció a los fieles demasiado grave el yugo de Cristo, y pensaban en matar a Ignacio con su compañero. Se frustró su plan, porque en el término asignado para el crimen, había salido Ignacio a las aldeas de los españoles para proveerse de sustento, mientras su compañero se sustrajo del peligro por la fuga.

Desde aquella fecha quedó Ignacio inconsolable por la obstinación de aquella gente, y por haber perdido la ocasión de dar su sangre por Cristo.

[f.9v] El padre Juan Humanes²⁸, de Almonacid de Toledo, murió en Santiago del Estero, a los setenta y nueve años de edad y cincuenta de Compañía, y cuarenta después de su profesión. La destinación de Juan para América profetizó, a igual que la del

26 El sacerdote Gaspar Osorio Valderrábano nació en Castrillo de Villavega, España, el 2.VII.1595. Ingresó a la Compañía de Jesús el 22.IV.1612 en Castilla y llegó a Buenos Aires el 12.III.1622. Profesó su cuarto voto en San Salvador de Jujuy el 25.VII.1630. Murió el 1.I.1639 en el Chaco, martirizado por los indios de la región. (STORNI, 1980:209)

27 El sacerdote Antonio Ripario nació en Casalmorano, Italia, el 16.VIII.1607. Ingresó a la Compañía de Jesús en Milán el 30.VII.1627. Tomó sus primeros votos en Génova el 31.VII.1629 y llegó a Buenos Aires el 20.XII.1636. Fue muerto a manos de los indios del Chaco el 1.IV.1639. (STORNI, 1980: 240)

28 El sacerdote Juan de Humanes nació en Moherando, España, el 24.IV.1581. Ingresó a la Compañía de Jesús en Aragón el 27.IX.1603 y arribó a Buenos Aires el 1.V.1610. Profesó su cuarto voto en Córdoba el 18.VI.1617. Murió en Santiago del Estero el 30.VII.1660. (STORNI, 1980:144)

venerable Pedro Claver²⁹, el hermano Alonso Rodríguez³⁰, hombre de eximia santidad y ya célebre en todo el mundo. Se cumplía esta profecía por las muchas y gloriosas misiones y fructuosísimos sermones, por los cuales se distinguió este padre apostólico. De la suma escasez de operarios, los cuales en los comienzos de la Provincia tenían que trabajar en la viña del Señor, llena todavía de espinas y abrojos, se puede sacar cuanto sudor habrá costado a Juan aquel trabajo, por lo demás provechoso. Se le había encargado la instrucción de los infieles, que vagan por las orillas del pantano de Mendoza, tarea muy penosa, por aquellos lugares solitarios, fangosos e incoherentes, lo cual no arredró a nuestro celoso Juan, buscase fuerza por su exactitud en los ejercicios espirituales de cada día, levantándose muy temprano para ellos ya mucho antes de amanecer, buscando también durante el día ocasión para recogerse. De allí también sacó aquella mansedumbre, con la cual sufrió las injurias más intolerables y con las cuales se le pagó por sus servicios. Así un día, un individuo, después expulsado de la Compañía, le injurió alevosamente con las palabras más hirientes. Desarmó a su agresor con el silencio y la paciencia. Y después, como si él hubiera sido el ofensor, se fue a aquel hombre, se le echó a sus pies, besándolos, y pidiendo perdón, si en algo le hubiera molestado; regalándole además algunos pequeños objetos de devoción, para que no crea que él había quedado resentido de lo pasado.

29 El padre Pedro Claver nació en Verdú, España el 26.VI.1580. Ingresó a la Compañía en Tarragona con 19 años. Estudió filosofía en Mallorca, colegio en el cual conoció a Alonso Rodríguez quien lo impulsó a ser misionero en los territorios españoles en América. Se embarcó hacia Nueva Granada en el año 1610. Fue ordenado sacerdote el 20.III.1616 en Cartagena, ciudad en la cual dedicó su tarea evangelizadora a los esclavos que llegaban a ese puerto. Murió en Cartagena, Colombia el 8.IX.1654. Fue canonizado el 15 de enero de 1888 junto a Alonso Rodríguez..

30 Alonso Rodríguez nació en Segovia, España. Ingresó a la Compañía de Jesús como hermano lego el 31.I.1571. Concluyó su noviciado en Valencia y luego se desempeñó en el Colegio de Monte Sión en Palma de Mallorca donde pronto fue nombrado portero. En 1585 con 54 años, hizo sus últimos votos. Su desempeño como portero le permitió el contacto permanente con los estudiantes, entre ellos se destacaron Juan de Humanes y Pedro Claver. Finalmente Alonso Rodríguez falleció en 1617, y el 15 de enero de 1888 fue canonizado junto a Pedro Claver.

Muchas más grandes ocasiones de mansedumbre y paciencia le ofrecieron personas extrañas, llevándole a mal su libertad, con la cual fustigaba los vicios, teniendo ellas al médico por enemigo. Pero Juan contó aquellos odios entre los beneficios, sirviéndose de las injurias, [f.10] no para desanimarse, sino para animarse a procurar la salud de sus enemigos.

Era muy afecto a todas las prácticas religiosas, en especial a la devoción a la Santísima Virgen. Aprovechándose diligentemente de las ocasiones para ganar indulgencias. Se distinguió ante todo por la veneración del Augusto Sacramento del Altar. No se atrevía a decir la misa, sino después de haber confesado repetidas veces, hasta de las menores faltas; una vez en la víspera a la tarde y la otra vez en la siguiente mañana, antes de acercarse al altar.

Por la misma reverencia del augusto misterio, no pudo sufrir, que al acercársele la muerte, que se le llevase el Santo Viático a su aposento, sino arrastró su débil cuerpo a la iglesia, recibiendo allí la confortación para su viaje a la eternidad, y después de haber hecho su acción de gracias, según la costumbre, volvió contento a su lecho, donde al otro día acabó su carrera mortal, para vivir en adelante entre los inmortales.

Compendio de la vida, y actuación del venerable padre Diego de Boroa³¹, Provincial del Paraguay.

Los dotes interiores de su alma, con los cuales Dios le había adornado y colmado, supo siempre ocultar con silencio y modestia, tanto que quedaban impenetrables hasta a los más solícitos investigadores. Sin embargo, aquel resplandor de santidad y la luz

31 El sacerdote Diego de Boroa nació en Trujillo, España, el 25.VII.1585. Ingresó a la Compañía de Jesús en Toledo el 4.IV.1605. Llegó a Buenos Aires el 1.V.1610. Ingresó al sacerdocio el 15.IX.1610 en Trejo (Santiago del Estero). Profesó su cuarto voto en la Misión de Encarnación el 18.X.1619. Allí fue provincial entre los años 1634 y 1640. Murió en San Miguel, Río Grande do Sul, Brasil, el 19.IV.1657. (STORNI, 1980:42)

que rodeaba profusamente sus acciones exteriores, para llenar de admiración a todos que le observaban, eran bastante motivo para provocar una gran veneración de su persona, y la persuasión que en el pecho de aquel hombre, como en un tabernáculo, estaba encerrado un gran fuego de amor ¿Cómo pudo haber rayos, sin sol que los despedía? Y aunque él mismo, con tanto esmero, procuraba tapar y ocultar sus virtudes, sin embargo, no nos abstendremos a indagarlas, estando convencidos de que eran muchas y grandes. Mientras tanto ofrecemos este compendio de su vida, para conservar la memoria de un hombre tan benemérito de esta Provincia que jamás le podemos estar bastantemente agradecidos.

El padre Diego de Boroa nació en Trujillo de Extremadura, e ingresó en la Provincia de Toledo a la Compañía. Pasó de allí a la Provincia del Paraguay, instigado por el amor a Jesucristo, y por el deseo de dedicarse a la salvación de las almas.

[f.10v] Un vasto campo se le abrió de pronto a su caridad en las regiones del Paraná y Uruguay, entre los calchaquíes, los indios del Iguazú y del Itatí. Logró ganar a muchísimos de aquellas partes para Cristo y los ritos cristianos, sufriendo en esto grandes trabajos, pobreza y soledad, siendo también maltratado cruelmente por algunos españoles alevosos, por haber defendido la libertad de los indios, llegándose al extremo de ser expulsado injustamente del pueblo de indios ya ganados por él para Cristo.

Fue destinado enseguida para el gobierno de los principales colegios y hasta de la Provincia entera, trabajando con ardiente celo e infatigable energía para que se observe fielmente nuestro instituto. Su principal solicitud durante su provincialato se dirigía a los ministerios entre los indios, defendiendo al mismo tiempo con enormes gastos y trabajos a los casi innumerables indios del cautiverio de los brasileños y por consiguiente, de la tiranía del demonio. Animó a todos con su ejemplo y con su austeridad, fomentando con sus visitas regulares de las reducciones de indios la conversión de los tapes a la religión cristiana.

Con sus oraciones y lágrimas regaba las virtudes, aquellas hermosísimas flores de su alma, las cuales con su suavísimo aroma atraían a todos a su amor y veneración, y esto ya desde su infancia y los primeros años de su vida religiosa. Ya entonces se distinguía por tanto fervor de espíritu en la prosecución de la perfección cristiana, que fue tenido por santo, como lo apellidó también el célebre maestro de espíritu Luis de la Palma³², el cual era su maestro en el noviciado. La gloria de Dios y el buen nombre de la Compañía ocupaban todos sus afanes, tanto que con el menor peligro de que se pudiera menguar, se inquietó de tal modo que no descansó hasta ponerlo a salvo o haber puesto remedio eficaz.

Este cuidado ocupó su corazón día y noche, durante aquellas tan variadas y tan grandes adversidades y tempestades que durante todo su provincialato ponían en peligro la fama de la Compañía.

Su castidad era verdaderamente angélica. De allí la santa e implacable enemistad consigo mismo; la severidad con que guardaba cuerpo y alma de cualquier especie de cosa seductora; de allí sus austeridades de ayuno y cilicio.

[f.11] Poseía sangrientas disciplinas, y extrañas mortificaciones. Un día entró en un hormiguero, dejándose incluso morder y maltratar por las hormigas, hasta recobrar la paz y tranquilidad de su alma, perturbada por una gran tentación.

Su unión y familiaridad con Dios por medio de la oración y meditación era íntima y constante. Pero hasta ahora no pudimos descubrir nada de favores extraordinarios. Se hacen suponer por las copiosas lágrimas y sollozos durante su oración, y en especial al decir la misa, y porque no las pudo detener, haciéndose públicas y notorias, prefirió decir la misa en oratorios privados. Estaba durante ella tan impresionado de respeto y veneración hacia aquel augusto misterio, que pareció que veía delante sus ojos la misma tremenda majestad de Dios.

32 Uno de los primeros jesuitas que han seguido las huellas de su fundador, san Ignacio de Loyola, fue Luis de la Palma. Nacido en Toledo en 1559, murió en Madrid en 1641. Una de sus obras más conocidas Historia de la Sagrada Pasión.

Llegando en esta vida tan religiosa y fervorosa hacia los cincuenta años de Compañía, pidió con gran instancia a los superiores de la Provincia, que le dejaran pasar el resto de su vida como antes entre sus amados indios. Después de nuevas y gloriosas victorias de sí mismo, a consecuencia de muchas y grandes enfermedades dolorosas, en las cuales conservó siempre su paciencia, se acercó el fin de su vida. En sus dos últimos años parecía ser sólo espíritu, consumiéndose su cuerpo paulatinamente, tanto que consistía sólo de cuero y huesos, y ya no podía sostenerse sobre sus pies. Sin embargo, prosiguió todavía en instruir cada día a los indios, hasta que un día le llegó la tan ansiada muerte, rodeado como siempre, de estos.

[f.11v] Las residencias del Paraná y Uruguay

Tiene esta provincia 19 residencias en otros tantos pueblos de indios, a la orilla de los dos ríos célebres del Paraná y Uruguay, y en el interior vecino. Están adscritos estos pueblos de indios, casi a igual parte, a las dos gobernaciones y diócesis de estas tierras. Los de la cercanía del Paraná pertenecen al obispado y a la gobernación del Paraguay, y los del Uruguay al obispado y a la gobernación de Buenos Aires. De este modo dividió estas regiones últimamente el doctor Juan Blázquez Valverde, oidor de la Real Audiencia de La Plata, al hacer su visita para buscar las minas de oro, que se decía ocultaba por allí la Compañía. A esta división se opusieron enérgicamente el obispo y el gobernador de Buenos Aires por la antigua posesión de algunos pueblos que se fundaron cerca del Paraná, en especial porque se dudaba de si aquel oidor de la Audiencia tenía suficiente poder para hacer tal división. Sea lo que fuere, esta disputa no afectó a la Compañía, la cual servirá a ambas partes con la misma gana.

Sin embargo puede que sean desiguales las comodidades. Intencionalmente informó aparte a Vuestra Paternidad de esta considerable parte de la Provincia, de los nombres de cada uno de

los pueblos, de su estado y número de habitantes; pues, así lo parece exigir la misma materia, y el singular amor que manifiesta Vuestra Paternidad hacia aquellos pobres, a los cuales predicán el Evangelio tantos de la Compañía, hijos vuestros, los cuales se apellidan con el dulce nombre de padre. Así, como los padres carnales se regocijan de los dichos y hechos de sus pequeñuelos y alaban por ello a Dios, aunque son cosas de chicos, y todavía de poca consideración y oportunidad, así estoy seguro de que lo que se cuenta sobre la vida civil y religiosa de estos neófitos, recién convertidos a Cristo por los de la Compañía, será muy agradable a Vos, padre común de todos, en especial al considerar que estos nuevos cristianos en virtud y buenas costumbres [f.12] parecen ser iguales a cristianos antiguos, y mejores que muchos de ellos.

Pues, pondré aquí el número de indios instruidos por la Compañía.

Los pueblos de indios cerca del río Paraná

En el pueblo de San Ignacio del Paraguay	hay	300 familias
En el de la Encarnación o Itapua		600
En el de Corpus Christi		335
En el de Loreto		500
En San Ignacio del río Yabibirí		710
En el de la Purificación [o Candelaria]		300
En el de San José		300
En el de Santa Ana		200
En el de los Santos Cosme y Damián		300

Los pueblos cerca del río Uruguay

En el pueblo de San Carlos se cuentan	600 familias
En el San Nicolás	900
En el San Miguel	530
En el de Santa María la Mayor	600

En el de los Tres Mártires del Japón	330
En el de San Francisco Javier	400
En el de la Concepción	870
En el de Santo Tomás	900
En Santa María de Bororé	400
En el de los Reyes Magos	450
La suma total de las familias son	9.525
La suma total de almas son	40.000 ³³

Como se ha dicho arriba, el gobierno civil y religioso de ellos está entregado al cuidado de treinta y seis padres de nuestra Compañía, distribuidos según la necesidad de cada pueblo, a los cuales asisten cuatro hermanos coadjutores, en el caso de que un padre esté solo, y además para cuidar de las cosas de la casa.

[f.12v] Pero antes de contar en particular los hechos notables de algunos de estos neófitos, diré primero lo que es común a todos. Están desterrados aquellos vicios a los cuales se inclinan y acostumbran otras naciones, la embriaguez y la deshonestidad. Al faltarle la asistencia de los nuestros y cuando alguna vez hay una reincidencia en esta materia, lo denuncian con gran fe y confianza a los padres para que se sofoque luego el mal en su raíz, y para que se satisfaga por el escándalo. Así es que no puede tomar raíces el mal a consecuencia de la penitencia pública y fuerte reprehensión de parte de los padres.

Así no es de maravillar que en todos estos pueblos haya gran aprecio de la virtud y gran odio al vicio, tanto que parece que hayan vuelto aquí los tiempos felices, cuando Onías era Sumo Sacerdote de Jerusalén. “Cuando la ciudad santa vivía en completa paz, y se

33 Este listado demográfico, especificando la cifra poblacional para cada reducción, es poco frecuente en las Cartas Anuas en general; por lo cual debemos resaltar los datos concretos que nos aporta esta misiva en particular. Por otra parte debe mencionarse que el número total de familias y el número total de almas expresan que 4,2 es el promedio de integrantes de una familia de las reducciones hacia esos años. Esta cifra se corresponde con los valores extremos propuestos para las familias misioneras que oscilan entre 3,9 y 5,0. (MAEDER y BOLSI, 1980:14).

guardaban todavía las leyes, por ser Onías Sumo Sacerdote, y porque se aborrecía la maldad”. Macabeos, libro 2, cap. 3.

La otra cosa, que es común a todos los pueblos de estos neófitos, y que se debe apreciar muchísimo, es que todos acuden puntualmente a la iglesia para asistir a la predicación de la Palabra de Dios, tanto en los domingos y fiestas, en las cuales hay homilía del Evangelio, como cada jueves durante la semana, en las cuales se suele por tres cuartos de hora rezar y cantar las oraciones y el catecismo, siguiéndose para todos la explicación de los artículos del Credo y de los mandamientos de Dios y de la Iglesia. Fuera de esto se instruyen en la doctrina, cada día, los niños y las niñas, es decir: en la mañana y en la tarde. Así es, cuando se les pregunta, contestan ellos pronta y seguramente. Durante la cuaresma, cuando en las ciudades de españoles [f.13] se les prepara por especiales instrucciones a recibir dignamente los santos sacramentos de la penitencia y eucaristía, aquí en estos pueblos de indios tienen que trabajar no menos nuestros padres para preparar a viejos y viejas, y a los rudos para recibir los sacramentos, y a los niños para la primera comunión. A esta esmerada instrucción en las obligaciones cristianas, se debe que los neófitos tengan tanto sentimiento religioso, y que se portan tan admirablemente bien. Así por ejemplo, la justicia que guardan ellos mutuamente, no puede ser mayor en ninguna parte, porque raras veces roban, y si lo hacen, se trata de objetos insignificantes, como ser cosas comestibles, que agarran sólo por hambre y no por codicia. Hallando ellos, empero, una cosa perdida, la llevan al padre para que haga las diligencias de encontrar al dueño de ellas. Las obras de misericordia, para las cuales tienen abundante ocasión por el gran número de pobres, las hacen con muy buen corazón, los que son menos pobres, prestando espontáneamente semillas a los más pobres. No menos misericordiosos son con los muchos enfermos que hay entre ellos, llevándoles comestibles y leña.

En esta materia se han distinguido los habitantes del pueblo de Nuestra Señora de Bororé, cuando durante una cruel peste muchos enfermos estaban pereciendo más bien de hambre y de miseria.

Hubo por allí una india, la cual había quedado libre del contagio. Ésta todos los días llevaba buena porción de su modesta cosecha a la puerta de la iglesia, para que la distribuya el padre, no entre en sus propios parientes, sino donde había más necesidad. Pero en ninguna parte se ejerce la virtud de la misericordia con más generosidad, y para decirlo así, con más esplendidez como en el pueblo de San Ignacio, el más antiguo de todos. Pues, en este pueblo hay mucho tráfico de indios y españoles, por sus idas y venidas de la Asunción [f.13v] muestran los indios de este pueblo con los transeúntes, la más franca hospitalidad, lo cual honra grandemente a la Compañía, de la cual han aprendido estas costumbres cristianas y sencillas. Y es de ver, como Dios les recompensa esta hospitalidad con las más espléndidas cosechas, y con una maravillosa fecundidad de sus ganados.

Hasta en el sexo más frágil se muestra allí una firmeza de carácter admirable. Saben las indias guardar su castidad, contestando con acritud a los que las provocan, y llegando hasta una heroica resistencia. Así, en el pueblo de Santo Tomé fue solicitada una jovencita por un muchacho atrevido. Ella se defendió con un tizón en la mano, diciendo al seductor que haga la prueba con este fuego del tizón, si podía aguantar el fuego del infierno que le esperaba por su maldad. Y son muchísimos los ejemplos de esta más que viril firmeza de las indias, y muy semejantes entre sí, y así no mencionamos un caso que sucedió en el pueblo de la Purificación de la Virgen [en Candelaria]. Pero no conviene de ninguna manera callar lo que sucedió con una jovencita del pueblo de la Concepción, porque este caso llamaría la atención hasta entre españolas. Fuese ella a sacar agua de un arroyo, que corría por medio de una tupida mata de árboles. Un joven atrevido se aprovechó de las circunstancias del lugar y tiempo, para atropellarla y solicitarla. Resistió ella, no obstante de todos recursos de halagos, promesas y amenazas que empleó el malvado. Viendo éste fracasado sus intentos, se enfureció y la estranguló con una soga, y juntando hojas y ramas, cubrió el cadáver, y se escondió en la selva. Pronto después fue descubierto y sacado de allí, y sujetado a un interrogatorio sobre el modo como

había perpetrado aquel crimen. Confesó ingenuamente que por la resistencia de la niña se había enfurecido hasta acabar con ella.

Va cada día en aumento la piedad en los pueblos de estos neófitos, no sólo en los más antiguos, los cuales hacen honra a su mayor edad en la fe, sino universalmente en todos se nota gran inclinación a las prácticas religiosas, y una solicitud extremada en las cosas referentes a la salvación de sus almas. [f. 14] Esta se manifiesta ante todo en la frecuencia de los sacramentos, tanto que los padres quedan casi oprimidos por la multitud de gente que acude al tribunal de la penitencia. A consecuencia de esto era menester, extender la celebración de las fiestas mayores a varios días, para que todos se pudiesen aprovechar de sus beneficios, recibiendo los sacramentos para ganar las indulgencias concedidas para tal fiesta. Se aumentó excesivamente el trabajo en estos ministerios en tiempo de una epidemia, las cuales a veces invaden estos pueblos, como sucedió el año pasado en los pueblos de Candelaria, Santa Ana y Nuestra Señora de Bororé. En el caso de que en cada uno de estos pueblos haya solo un padre para atender a todas las necesidades materiales y espirituales de los neófitos, entonces es increíble, como se cansa el pobre padre con tanto trabajo, y más aún, cuando sobreviene una pestilencia que le obliga a visitar y confesar a los enfermos, los cuales no pocas veces tienen que arreglar una vida entera, viéndose movidos por la cercanía de la muerte, a componer confesiones mal hechas por muchos años. Por lo demás, no sólo los domingos y fiestas exigen mucho trabajo de parte de los padres, sino también los días de trabajo durante la semana, sentándose ellos en el confesionario cada vez después de decir la misa. Hay muchos ejemplos, por los cuales consta la eficacia de este sacramento entre estos neófitos. Me contento con contar un solo caso muy notable. En el pueblo de San Nicolás había una india, muy apasionada de un joven, por lo demás muy honrado, y muy ajeno de cualquier pasión degradante. Pues bien: cuanto más huía este joven, temeroso de Dios, cualquier ocasión de encontrarse con ella, tanto más se encendía la pasión de ella, pensando día y noche en él, pero sin encontrar paz y sosiego.

Como desesperada por la esquividad del joven, o por los tormentos de la pasión, se fue al padre confesor para buscar un remedio para su ya larga enfermedad espiritual. Le aconsejó éste, que el mejor remedio contra esta perturbación del alma sería acercarse a lo menos una vez al mes al [f. 14v] tribunal de la penitencia. De seguro, poco a poco se le devolvería la paz. Se tranquilizó realmente la india. La animó el padre a seguir adelante con este remedio, lo cual hizo la india, hasta que sanó por completo.

Un pobre indio del pueblo de Nuestra Señora de Bororé se sentía arrastrado irresistiblemente por el vicio de la impureza. Tuvo lástima de él, el padre cura párroco de aquel pueblo y le entregó por remedio un pequeño Santo Cristo Crucificado. Al otro día, después de haber recibido este regalo el joven indio, se fue al amanecer al padre, todo bañado en lágrimas, y pidió perdón por su intempestiva visita, rogando que se le oyese en confesión para aplacar la ira de Dios. Dijo, que al contemplar este pequeño Santo Cristo, había comprendido toda la fealdad de su vida pasada, y por el gran dolor de su alma no podía dormir aquella noche, y sólo por una buena confesión esperaba poder recuperar la paz y tranquilidad de su alma.

En el pueblo de San Miguel, empero, no sólo uno que otro derramó lágrimas por sus pecados, y por los sufrimientos del Señor, sino todos juntos, al oír hablar a un padre enérgicamente de la gravedad de los pecados. Todos estallaron en llantos, y acabado el sermón, comenzaron a azotarse tan cruelmente, que fue preciso irles a la mano.

Se introdujo la costumbre de flagelarse duramente hasta la sangre, con ocasión de colocarse una hermosa imagen de Cristo crucificado en uno de los altares laterales. Se hizo aquel día un sentido sermón sobre la Pasión de Cristo, el cual impresionó tanto a los indios que desde aquel día, todos los viernes, siempre se encuentran indios hincados de rodillas delante de aquel crucifijo, los cuales suelen azotarse fuertemente. Lo mejor es, que en consecuencia de esto, vienen con más frecuencia y mejor dispuestos al tribunal de la

penitencia, pidiendo espontáneamente al confesor, que se les dé una penitencia más grande, para que mejor se guardasen de la ocasión de volver a pecar. La persuasión de la necesidad y utilidad de la confesión se les inculca con más eficacia por medio de sermones y narración de ejemplos [f. 15] y así se penetra su alma con gran temor de Dios.

No hay que omitir un caso que sucedió en el pueblo de Nuestra Señora de Bororé. El padre cura párroco de aquel pueblo, un día subió al púlpito, para hacer una homilía sobre el Evangelio de aquel día, cuando de repente se le ocurrió predicar más bien del día del Juicio Final. Lo hizo con tal eficacia que todo el auditorio estalló en lágrimas. Lo mejor fue, que por ocho días enteros venían hombres y mujeres, y hasta los pastores de sus apartados puestos en las estancias, para hacer una buena confesión, por puro miedo de que no quedase algo en su alma, lo cual pudiera provocar la indignación del eterno juez en el tremendo día del juicio. Aprenden los neófitos por esta clase de sermones, y por los ejemplos de los castigos de Dios que se cuentan, a temer a Dios y refrenar la libertad de pecar. Entre ellos mismos hubo algunos terribles casos de la justicia divina contra los desenfrenados libertinos y malhechores escandalosos. Un mozo perdido estaba de viaje acompañándole otro de igual edad, pero de mejores costumbres. Llegaron a un río donde había cocodrilos. Se le ocurrió al joven enlazar uno de ellos. El otro le disuadió por ser muy peligroso aquel animal, y que no expusiese su vida al peligro, y que no se atreviese a tentar a Dios. Se rió de él el otro y dijo: Dios está lejos. No sufrió el buen joven esta blasfemia, y reprendió duramente insistiendo en la doctrina enseñada e inculcada cada día por los padres y añadió: ¡Cuidado muchacho! para que no un tigre le pague sus bromas blasfemas; aunque le hayas escapado del cocodrilo. Al otro día seguían todos a lo largo de otro río, cuando en la mitad del camino de repente saltó de una mata un tigre, echándose sobre aquel joven que se había burlado de la presencia de Dios, mordiendo y desgarrándolo lastimosamente, dejando completamente en paz a los demás, y a los mismos perros que siempre los acompañan, aunque

estos suelen ser el botín más buscado de los tigres. No quedó muerto aquel joven, pero muy escarmentado [f.15v] así que aprendió acordarse de Dios, invocarlo y creer en su presencia en todas partes, como lo experimentó por el castigo oportuno. Felizmente se le había ocurrido en aquel trance fatal, invocar el santo nombre de Jesús, aunque con voz ya apagada, cuando luego le soltó el tigre, escapando a la selva. Quedaron admirados sus compañeros al encontrarle todavía con resuello, al cual deparaban ya por muerto. Le sugirieron actos de constricción, y lo llevaron al pueblo más cercano, donde felizmente sanó en cuerpo y alma.

La devoción a la Santísima Virgen está propagada, florece grandemente en los pueblos de los neófitos, mayormente por la fundación de las congregaciones marianas, generalizadas ya en todas partes, distinguiéndose los congregantes por la pureza de sus costumbres y su fiel asistencia a los actos del culto. Tienen ellos por una honra muy grande, el ser apuntados en la congregación y se empeñan mucho por hacerse dignos a ser recibidos en ella, y piden este favor con mucha instancia. Una vez recibidos, procuran ellos, así como superan a los demás por la dignidad de ser de la corte de María, superar a los demás por su buen comportamiento. Por lo tanto, están convencidos los padres de que precisamente a ellos se les pueden encargar con toda confianza asuntos delicados como, por ejemplo el observar la conducta de una persona, o dirigir una expedición a los infieles, lo que el misionero no puede en persona por estar amarrado en su pueblo por el servicio religioso.

Así, los años pasados dirigió un cacique del pueblo de Nuestra Señora de Bororé las expediciones militares a los bárbaros Uruguay arriba y los sujetó no por las armas, sino por su bondad. Pues, el cariño con que él y sus soldados repartían sus donecillos y hasta su propia ropa, atrajo la confianza de los salvajes, así que ellos voluntariamente y de buena gana les seguían a las reducciones, donde son ahora instruidos en la doctrina cristiana. Ya están bautizadas las criaturas, y les seguirán los adultos, tan pronto que estén preparados. Esta clase de benéficas excursiones han hecho este corriente año

de 1660, los habitantes del mismo pueblo, y trajeron de vuelta al pueblo unas cien almas, mayormente indios infieles, pero también a algunos cristianos, los cuales habían caído en el cautiverio de los ladrones del Brasil. [f.16] Tienen intención de traer todavía más de estos pobres vagabundos en las selvas, antes de que ellos caigan en manos de los brasileños.

Experimentaron ellos también muy grandes favores de Dios, de la Virgen y de los Santos. Así, en el pueblo de la Encarnación había un niño, muy querido de sus padres, pero tullido de brazos y piernas. Lo llevaron a la iglesia y delante de la hermosa imagen de la Virgen lo levantaron hacia arriba, diciéndole que abrazase a la Virgen, su Madre. Lo hizo así y se premió la fe y confianza de esta gente con la repentina salud de su hijo.

El gran poder de la intercesión de nuestro santo Padre Ignacio, invocado por todos estos neófitos en sus apuros, experimentan en especial las mujeres embarazadas, las cuales se han librado muchas veces del peligro de la vida por la intercesión de San Ignacio. Estos casos ya son tan comunes que no hay necesidad de repetirlos. Un solo hecho no hay que omitir, el cual sucedió en el pueblo de Loreto, el año 1659. Allí comenzó a sudar copiosamente la imagen de San Ignacio delante de muchos testigos, lo cual parece ha sido un aviso del cielo de cosas venideras. Se juntó este caso con otro semejante, pues se cubrieron las tapas del ataúd del apostólico padre Antonio Ruiz de Montoya³⁴ también con copioso sudor. Indicaría este sudor los grandes sufrimientos y humillaciones por las que tuvieron que pasar nuestros padres de la misión de los calchaquíes, siendo ellos vergonzosa e injustamente expulsados de su morada, como lo referiremos después. Los primeros de la provincia del Guayrá convertidos por el padre Antonio Ruiz de Montoya eran precisamente

34 Antonio Ruiz de Montoya nació el 13.VI.1685 en Lima, Perú, e Ingresó a la Compañía el 11.XI.1606 en aquel país. Llegó a Santiago de Chile en 1607, y realizó su sacerdocio con el obispo Trejo en febrero de 1611, en la ciudad de Santiago del Estero (Argentina). Profesó su tercer voto en Loreto (Paraná, Brasil) el día 2.II.1620 y se desempeñó como Superior de Guaraníes entre los años 1636-1637. Murió el 11.IV.1652 en Lima. (STORNI, 1980:253)

los habitantes de este pueblo de Loreto. Por esto guardan ellos los restos de aquel padre en su iglesia como un tesoro de inestimable precio. La memoria de aquel padre permanece con tanta veneración entre ellos, que realizan promesas en su honor y con buen resultado. Así hay una persuasión bien fundada, que tres enfermos de este pueblo ya desahuciados han logrado la salud por la intersección del padre Antonio. **[f.16v]** También al padre Comentali³⁵ sucedió que un tumor que desfiguraba su cuello desde la infancia desapareció sólo por el contacto de su cabeza con el ataúd del padre Antonio.

También es digno de ser registrado en estas cartas la gran confianza de cierta india cristiana en la extremaunción. Había ella enfermado siete veces gravemente y otras tantas veces había recibido este sacramento y había sanado y ahora precisamente sucedió esto ya la octava vez.

Muchos son los ejemplos de una especial protección de Dios, que experimentan estos neófitos tanto librándolos del mal que los aflige o alejándoles los peligros que les pueden sobrevenir. Así sucedió en 1659. Habían pasado ya muchos años sin que hubiera habido guerra en estas tierras de indios, viviendo todo el mundo en paz, cuando sobrevino estos últimos años un gran sobresalto por las inminentes invasiones del común enemigo de estos indios, el mameluco del Brasil, temiéndose que podían repetirse los horrores de las antiguas devastaciones con sus consiguientes quebrantos religiosos.

Había llegado al principio de aquel año al puerto de Buenos Aires una nao y en ella un lusitano, que venía directo de Angola pero que había estado en el Brasil poco antes. Observó entonces como los paulistas estaban preparando una gran expedición militar contra éstas, nuestras provincias de nuevos cristianos. Así lo contó en Buenos Aires, sujetándole también el gobernador a un interrogatorio jurídico sobre este caso. Así se supo que mil paulistas con un ejército

35 Pedro Comentali nació el 19.VI.1595 en Nápoles, Italia, e Ingresó a la Compañía el 11.III.1611 en esa ciudad. Llegó a Buenos Aires el 15.II.1617, y profesó su cuarto voto el 30.X.1628 en San Ignacio (Misiones, Paraguay). Falleció en esa reducción el 13.V.1664. (STORNI, 1980:67)

auxiliar de cuatro mil indios estaban alistándose para invadir nuestras reducciones y destruirlas totalmente. Apresuradamente se dio cuenta de esto a los padres misioneros para que se previniesen para todo caso, echando por delante una buena porción de centinelas y espías, mientras en casa se preparasen para la guerra. Al saber estas noticias fueron ordenadas públicas rogativas en todos los pueblos del Uruguay y comenzó una actividad febril en los preparativos bélicos. La práctica de centinelas y espías estaba en uso ya en tiempos de paz. [f.17] Ahora marcharon seiscientos soldados hacia la parte por donde se suponía había de venir el enemigo y avanzaron unas cincuenta leguas hacia el Brasil. Precisamente de este lado habían venido indios fugitivos escapados de la esclavitud, los cuales contaron exactamente lo mismo que había manifestado aquel lusitano sobre preparativos militares y su objeto proyectado. Se supo después que no se trataba de vanos rumores, al encontrarse todavía los recientes vestigios del campamento de dos compañías de soldados, las cuales habían avanzado hacia nuestras reducciones, pero que después habían cambiado de rumbo, para apoderarse de los indios silvestres, y llevárselos a la esclavitud. Esta era una especial providencia de Dios, pues aunque era de esperar que en vano pretendía el enemigo asaltar las reducciones, sin embargo esto significaba una desagradable perturbación de la paz y un gran derramamiento de sangre.

La Misión del Itatí[n]

Esta misión está situada a una distancia de ciento sesenta leguas desde el río Paraná y del colegio de la Asunción, al cual pertenecen, unas cincuenta. Tiene ella su superior especial y tiene dos estaciones y en cada una de ellas dos padres de la Compañía. Hay novecientas familias y cuatro mil almas. Una estación dista de la otra dos leguas, lo que facilita mucho el mutuo socorro en los ministerios y el gobierno y la defensa de los neófitos pues,

sabido es que los mamelucos del Brasil llegaron con sus invasiones funestas hasta estas reducciones. No son inferiores los itatines a los indios del Paraná y Uruguay en lo tocante a instrucción religiosa y buenas costumbres y hasta lo superan todavía en su sencillez y prontitud, con lo cual obedecen a los padres siendo su obediencia todavía desprendida del egoísmo y sus costumbres todavía libres del contagio de la corrupción entre los españoles. Pues aunque tengan algún tráfico con los habitantes de la Asunción, este es mucho menos frecuente que el de los indios del Paraná y Uruguay, teniendo estos últimos que comerciar con todas las ciudades españolas situadas a los márgenes de éstos ríos y así vuelven a sus pueblos, cargados no sólo de mercadería española sino también con algunos vicios de aquella procedencia [f.17v] siendo condición humana inclinarse con preferencia hacia el mal ejemplo. Pues, el gran afecto que nos tienen aquellos apartados neófitos, se manifestó el año pasado con ocasión del incendio que destruyó nuestra casa. Durante una gran tempestad eléctrica nocturna había caído un rayo al depósito de paja. Estaba durmiendo cerca de él uno de los padres, tendido en su hamaca, el cual se despertó por el fragor del trueno, pero escapó con vida y pudo escaparse también del fuego, el cual atizado por el viento, en pocos momentos se extendió por toda la casa. Sintieron mucho los indios esta desgracia de los padres. Al estallar el fuego acudieron todos apresuradamente y penetraron por el humo y fuego para salvar los objetos de los padres que pudieron, mientras otros intentaban salvar una parte echando agua.

Otros treparon al techo de la vecina iglesia y con paños mojados apagaron las chispas. Por esta actitud oportuna y pronta se salvó la iglesia, y todos los objetos pertenecientes a los padres. Los guardaron mientras tanto en sus respectivas casas para devolvérselos religiosamente a los misioneros. Son pobres y les gusta poseer hasta cosas tan insignificantes como sal, al cual están sumamente aficionados, anzuelos, alfileres, etc., pero todo restituyeron fielmente a los padres. Los habitantes del otro pueblo también querían hacer algo a favor de los padres en esta ocasión y se ofrecieron espontáneamente para levantar de nuevo con los demás la casa de

los padres, saliendo esta construcción en poco tiempo, más grande y hermosa, que se quemó.

Se han organizado desde estas reducciones de itatines diferentes misiones entre los indios de la vecindad [los cuales están bajo el gobierno espiritual de clérigos seculares]. Fuese allá por especial encargo del vicario general de la diócesis el padre superior de la misión del Itatín. Ya hace tiempo que deseaban nuestros padres hacer misiones entre los colonos de aquellas aldeas, pero no pudieron porque los mismos curas párrocos de aquellos indios [f.18] que debían invitar para tales trabajos a los nuestros y recibirlos con gratitud y amor, lo prohibieron. Pues, quitado ahora este obstáculo por la terminante orden del vicario general, se dedicó el padre con toda su alma y con todo entusiasmo a esta clase de trabajo en la viña del Señor, y felizmente con espléndido resultado.

A muchísimos pudo instruir en el catecismo, de muchos pudo revalidar confesiones mal hechas anteriormente, a muchos, ya bastantemente instruidos pudo dar la primera comunión, a todos dejó puestos en buen camino.

Se han intentado por nuestros padres también algunas excursiones a las tierras de indios salvajes, pero otra nación, los payaguaes, les cortaron el paso. Son estos últimos muy diferentes de los demás, tanto por su lengua como por su ferocidad y barbarie, aunque no sean tan temibles por su reducido número sino más bien por su astucia, han quedado hasta ahora inaccesibles. Viven ellos en el mismo gran río Paraguay, es decir en sus innumerables islas y en sus frondosos y pantanosos brazos laterales. Estos escondrijos defendidos por el carácter enmarañado de los cauces son la morada de los payaguaes y su alimento casi único es el pescado abundante que encuentran acaso.

A las mujeres y niños ponen al abrigo del enemigo, mientras que ellos mismos espían día y noche el río por medio de ligeras canoas, siendo por esta razón temibles a indios y españoles que navegan por el río o que caminan por sus orillas.

Por la ferocidad de estos salvajes y sus celadas y asechanzas, como por la inestabilidad de su paradero ha sucedido que se imposibilitaron las misiones entre los indios del otro lado del río, por lo demás gente dócil y dedicada a la agricultura. Se han hecho toda clase de tentativas por nuestros padres para ganarse la voluntad de los payaguaes, por medio de donecillos y otras señales de benevolencia, para facilitar a lo menos el paso por el río y para poder instruir en la religión cristiana los indios del otro lado; lograron también una que otra vez pasar el río, pero al fin y al cabo siempre quedó esto una empresa sumamente arriesgada y solamente factible a una gran partida de hombres bien prevenidos para cualquier sorpresa. Pues sobran las más tristes pruebas de la traición de los payaguaes, para no fiarse de ellos andando uno solo. Sin embargo, el ardiente celo de la salud de las almas [f.19]³⁶ inspiró a nuestros padres a despreciar este peligro. Pues, el padre Justo Mansilla³⁷ trajo del otro lado del río, los meses pasados una porción de indios infieles del otro lado del río, es decir, tantos cuantos pudieron caber en sus pequeñas y débiles canoas.

Al querer repetir esta peligrosa travesía, el padre Lucas Quesa³⁸, superior de la misión, el cual se prometía un gran botín de almas, cayó en una emboscada de payaguaes, para sucumbir traspasado de proyectiles. Había con 50 bogadores y soldados subido el río hasta una angostura tomando las canoas siempre por el medio del río, cuando de improviso se vio rodeado por ambos lados del río del ejército enemigo en ademán de asaltarle. Creyó ser temeridad

36 En el original del documento no aparece la foja 18v.

37 Justo Mansilla era el nombre castellanizado del padre José Van Suereck. Nació en Amberes, Bélgica en 1600. Ingresó a la Compañía de Jesús el 19.XI.1616 en Sandro-belga. Llegó a Buenos Aires el 9.IV.1628. Profesó su cuarto voto en San Ignacio de los itatines, Paraguay, el 25.IV.1641 y murió en la misión de Santa María de Santa Fe, Paraguay, el 21.IV.1666. (STORNI, 1980:296-297)

38 El sacerdote Lucas Quesa nació en Sassari, Italia en 1609. Ingresó a la Compañía de Jesús el 24.V.1629 en Cerdeña y sus primeros votos fueron el 25.V.1631. Llegó a Buenos Aires el 28.XI.1640. Profesó su cuarto voto en Encarnación (Itapuá, Paraguay), el 18.IV.1649 y murió en la misión de San Ignacio itatines, Paraguay, el 1.X.1666. (STORNI, 1980:229-230)

seguir adelante, mucho más cuando de noche a las orillas del río en unos toldos también vio expuesto al peligro su vida. Una vez vino uno de estos salvajes, sonriendo y fingiéndose amigo del padre y entró en su canoa registrando como pudiera fácilmente sumergirla para que la muerte del padre y de sus compañeros fuese la señal del comienzo del combate con los demás. Esto lo contó después una india cautiva, la cual se había escapado y pudo muy a tiempo avisar al padre de los planes y traiciones de los enemigos, para que se sustrajese del peligro. Así se acabaron estas expediciones dejándose este asunto a las secretas disposiciones de la divina providencia.

Mientras tanto se ensayó otra entrada misional a la extremidad del Paraná, donde hay grandes selvas de la célebre yerba paraguaya, tan apreciada por indios y españoles³⁹. Por allí se esconden muchos indios infieles y cristianos escapados del servicio personal entre los españoles y ocultando en la selva su brutal modo de vivir. Se distinguen de los payaguaes únicamente por la agricultura y arboricultura para procurarse alimento. Su descubrimiento se debe a los itatines, los cuales habían penetrado por aquellas selvas en busca de yerba apreciada como dije en estas regiones [f. 19v] como una preciosa mercadería para después de recolectada, tostarla ligeramente. Pues se encontraron en tal ocasión con las familias de estos indios selváticos, los cuales estando ya en el pueblo contaron que había mucho más gente escondida en aquellas selvas y escondrijos.

Vino luego a nuestros padres la gana de llevar también a aquellos a Cristo y organizaron luego una expedición misional hacia

39 La economía del Paraguay terminó girando casi exclusivamente alrededor de la yerba mate, producto cuyo consumo se extendió rápidamente a todo el espacio peruano, llegando incluso hasta la lejana Nueva España (México) en el curso de un siglo. Hacia la década del 70 del siglo XVII se alcanzaban en el Paraguay las 25.000 arrobas de yerba producida. Por su parte los jesuitas lograron cultivar en sus reducciones una yerba denominada “caamini” (de factura más cuidadosa y de mayor calidad) la cual generó grandes conflictos con los intereses de los asuncenos principalmente. Véase con respecto a este tema MORNER, 1968; FURLONG, 1978; GARAVAGLIA, 1983; FRADKIN-GARAVAGLIA, 2009; entre las más destacadas.

aquellas selvas sirviéndose de los recién llegados de guías logrando ganarse la voluntad de los otros por medio de caricias. No les fuera demasiado pesado a estos últimos dejar aquellas tierras de cuyos productos se mantenían y juntarse con nuestros nuevos cristianos, porque sabían muy bien que las tierras de estos últimos eran mucho más fértiles. Pero sospecharon que la sujeción a los padres era algo semejante al servicio personal entre los españoles (cosa la más aborrecida y el obstáculo más grande de la promulgación del evangelio entre los indios) y por lo tanto no les gustó irse con los padres, aunque les gustaría vivir con tanta paz y seguridad como nuestros neófitos. Con todo no se desaniman los nuestros por esta dificultad, a registrar sus escondrijos y buscar a los escapados por las selvas y breñas como buenos cazadores y a veces con buenos resultados. Así se encontró el padre Justo Mansilla al principio de este año con un grupo de ellos que le fue una sorpresa tan grata, que comunicó la noticia de ello a sus padres compañeros por la siguiente carta.

Pax Christi:

¡Ojalá! que pudiera yo comunicar a vosotros siempre noticias tan buenas. Pues aunque lo que ahora escribo ha sido una felicidad sospecho que queréis saber más cosas de esta clase. Pero debéis contentaros con lo que quiere conceder la voluntad de Dios, de la cual por cierto no os queréis apartar ni por la anchura de un dedo. Ha sido por mis pecados que mis espías pudieron encontrar en estas selvas sólo seis familias escondidas, las que hacen 30 almas. Quieren irse con nosotros y parece con buena gana, aunque al encontrarse con nuestros indios al principio, los tuvieron por satélites de españoles, poniéndose costumbres en ademán de defensa armada. [f.20] mientras que las mujeres y niños se escondieron en la espesura de la selva. Pasado el primer susto mostraron mucha confianza con nosotros y nos trajeron al otro día los que se habían escondido en la selva. Eran cinco estas familias, y preguntado por los demás que vagaban por los montes y las selvas de allí, afirmaban saber nada de ellos pues viven en mutua desconfianza y evitan encontrarse.

Hice todo lo posible para hallar a Juan Ibacuí que debe de haberse refugiado con otros más por aquellos parajes silvestres. Pero nadie se atrevió a seguirle diciendo que aquellos sabían por indicios, que nosotros íbamos en pos de ellos por lo cual se habían retirado a escondrijos donde nadie los pudiese encontrar. Añadieron que pasado algún tiempo, se pudiera hacer otra tentativa tal vez con mejor resultado. Por lo mismo tuvieron por inoportuno registrar las nacientes del río Agaraí, por el recuerdo de una reciente fechoría de los españoles.

Los mismos habitantes del río Ipané y Atisané habían dicho que ellos se comprometerían a devolver a los que se habían escapado por miedo. Pero durante el tiempo en que acampamos aquí se vieron no demasiado lejos de nosotros señales de fuego, y así prometieron registrar todo con mucho cuidado, hasta los escondrijos más retirados e inaccesibles de los que se habían huido. Supe después, que estos escondites se hallan sólo unas diez u once leguas más allá de nosotros. Dios tenga lástima con ellos y no permita que perezcan miserablemente.

La misión de Calchaquí Ruina de la del Valle y vuelta de los nuestros en compañía del ejército español

Después de la sublevación de los calchaquíes del año 1629, procuraron los españoles sujetarlos otra vez después de una guerra de once años enteros con toda energía. En aquel entonces envió la Compañía a algunos padres a la región de Londres, la ciudad más próxima de la región calchaquí, para desempeñar nuestros acostumbrados ministerios, constando su notoria utilidad. Para hacerlos más fructíferos [f.20v] procuraron ellos con todo empeño asegurar la paz entre españoles e indios; y con el favor de Dios lo han conseguido. Así sucedió que muchos de los rebeldes salieron de sus montañas, para formar una aldea que se llamaba El Pantano. Allí

insistiendo continuamente en sus caciques, y tratándolos con cariño, consiguieron después de mucho trabajo y empeño, que poco a poco tuviera entrada en aquellas tierras la religión de Jesucristo, y que se fundara una residencia estable de los nuestros, para convertir toda aquella nación al Evangelio de Cristo. Sucedió esto en el año 1640, sin que ningún soldado español nos hubiera escoltado en nuestra entrada y sin que apoyásemos nuestra residencia en presidio español. Por varias causas se interrumpió después nuestra permanencia entre los calchaquíes, hasta que en 1643 se fijó otra vez nuestra residencia entre ellos, otra vez sin escolta militar. Desde aquella fecha hasta el año 1657 trabajaron siempre allí sin interrupción cuatro padres y a veces cinco, entre increíbles dificultades por la obstinación de aquella gente, y su tenacidad en su idolatría, haciendo lo posible para civilizarlos en algo, erigiendo cruces por todas partes, y en algunas también una modesta capilla. Ya existían allí dos casas religiosas de la Compañía con su iglesia semejantes a los colegios de otras partes, manteniéndose con bastante comodidad y siendo las iglesias bien provistas con ornamentos sagrados, no teniendo empero, ningunas rentas fijas, sino socorriéndose a ello por limosnas de la provincia. Ya por quince años había la Compañía perseverado en el empeño de civilizar esta gente soberbia, extremadamente supersticiosa y belicosa, y de infiltrarles algo de la religión cristiana, con inmenso trabajo a no pequeño bien y sosiego de la provincia. Surgieron otra vez las estancias de los españoles abandonadas por la rebelión de los indios, y acudieron estos mismos indios, con más ganas al trabajo de sus encomenderos, cuando cierto español astuto y taimado llamado Pedro Bohórquez⁴⁰ supo insinuarse en la confianza de indios y españoles, de tal modo que [f. 21] a los indios les llenó la cabeza con la especie de que él era de la sangre de su raza y hasta descendiente de los Ingas, aquella muy antigua estirpe real peruana. Los españoles muy ligeramente tenían por verdadero aquel título y cifraron en él sus esperanzas de poder sujetar fácilmente a los indios

40 Numerosos autores se han dedicado al estudio de la vida de Pedro Bohórquez, entre ellos recomendamos para una completa cronología de los sucesos PIOSSEK PREBISCH, 1976; LORANDI, 1997 y LOZANO, Tomo II, 2010.

a su dominación y que por medio de este individuo, se pudiesen descubrir las inmensas riquezas de oro, tan abundantes en aquella región, según la tradición constante y antigua, tanto por minas riquísimas, como por los tesoros acumulados en los mausoleos de indios antiguos.

Así fue que se dejaron seducir el gobernador de la provincia, los españoles y los mismos padres de la Compañía; aquellos, empero por la esperanza de poder aumentar la fortuna privada y pública, y estos últimos por la esperanza de poder propagar el reino de Cristo entre los indios, tanto más cuando los indios desde un principio mostraron inclinación a una mudanza de fe y costumbres. Pensaron ser de gran provecho para el Estado y la Iglesia. Al dar a este español el título regio de Inga y declararle príncipe de los indios, el gobernador, nombrándolo Inga y representante suyo.

Habiéndose, empero, este español apoderado del país y de sus habitantes, mostró pronto claramente por palabra y obra, que sus promesas de montañas de oro no habían tenido otra intención, sino quedarse con el exclusivo dominio de la región de los calchaquíes, y ser proclamado por sus habitantes rey absoluto, con derecho de sucesión. Afligido el gobernador por esta calamidad pública tan grande, ya que no pudo aprehender abiertamente a este hombre, pensaba en apoderarse de él con disimulo. Se aprovechó para este fin de otro español, el cual tenía trato familiar con Bohórquez, encargándole secretamente que con especie de amistad se acercase a él y lo matase para librar de este modo a toda la provincia de esta grave pesadilla, pero Bohórquez descubrió los intentos del gobernador y se enfureció grandemente, quejándose de que se hacían acechanzas a su vida contra todos los derechos divinos y humanos, y con el pretexto de una justa defensa declaró abiertamente la guerra al gobernador, y profiriendo blasfemias a Dios mismo, y aprovechándose de este asidero que el mismo gobernador pareció ofrecerle para rebelarse [f.21v] estimuló con arengas apasionadas a los calchaquíes a reconocerle por su legítimo rey y señor, el cual había venido para sacar de su cuello el yugo tiránico de servir a los españoles, por

cuyo fin él daría con gusto su vida. Inflamados por este discurso, se ofrecieron con buena gana los calchaquíes con común acuerdo, a ejecutar todas sus órdenes. Pero estaba convencido aquel rey fingido de que mientras la Compañía moraba en aquella región, no podía con bastante eficacia sublevar los ánimos en los indios, los cuales ya tenían amor y confianza a los padres. Por lo tanto, se determinó a expulsarlos de todas aquellas tierras, mezclándose en esta resolución el resentimiento por haberse la Compañía al principio opuesto enérgicamente a su entrada a aquellas tierras de indios, advirtiendo el padre provincial Francisco Vázquez de la Mota⁴¹ modesta pero también decididamente por carta al gobernador, que no se fiase en cosa tan peligrosa a un hombre tan sospechoso, notando además Bohórquez que los padres, los cuales antes cifraban en su llegada a esta región su esperanza de ganarla por Cristo, ahora se mostraban desengañados, los tuvo por enemigos y espías.

Por lo tanto se resolvió alejarlos de su presencia o por fuerza, o por engaño pero empleando al fin los dos modos, logró su intento. Pidió, pues, con gran instancia, casi acosándolos, que los dos padres que residían en la estación misional de San Carlos, se fuesen al gobernador que estaba a la sazón en Salta para pedirle paz y perdón, prometiendo que él en su ausencia les guardase la casa y la iglesia. Ya habían pasado los padres por la cumbre de aquellas montañas, las cuales como una muralla rodean aquella región, cuando de repente aquel traidor penetró furioso por casa e iglesia de los padres saqueándolas e incendiándolas. Al ver que resistían al fuego las paredes de la iglesia porque eran de material arcilloso [o de adobes], desvió contra ellos el cauce de un arroyo para que lo que resistió al fuego, se deshiciese por el agua. No se contentó con [f. 22] hechos injuriosos a Dios y al Rey, sino desató también su lengua profiriendo blasfemas e insultos. Al mismo tiempo despachó

41 El sacerdote Francisco Vázquez de la Mota nació en 1579 en Belmonte (Cuenca, España). Ingresó a la Compañía de Jesús el 23.IV.1596 en Andalucía. Llegó a San Salvador de Jujuy el 29.XI.1607. Profesó su cuarto voto en Córdoba, el 13.IV.1614, fue Provincial del Paraguay entre los años 1655 y 1658. Falleció en Córdoba, el 2.VIII.1666. (STORNI, 1980:298)

un tropel de sediciosos forajidos, muy desafectos a nosotros a la residencia de Santa María para destruirla completamente y matar a los Padres estacionados allí. Estos indios animados por una supuesta orden real, y por el incendio que acababan de ver, asaltaron sacrílegamente casa e iglesia de los padres, las saquean y les pegan fuego. En seguida atacan a los mismos padres, los despojan de sus vestiduras y ya estaban para acabar con ellos cuando algunos parientes suyos los detuvieron, acordándose de los beneficios de los padres, y los pusieron en salvo poniéndolos en el camino áspero de los montes por donde se pudiesen escapar. Pero no se atrevieron a acompañarlos, para que no pusiesen su propia vida en peligro. Con todo, quedó muy expuesta la vida de los padres, en especial porque algunos enemigos, desde una altura, tomaron por blanco de sus proyectiles a los fugitivos. Estaban a caballo los padres e instigándolos a galopar, y así se salvaron, quedando uno de los dos heridos por una saeta y los dos sin comer por los tres días seguidos de su huida por la áspera montaña. En este lamentable estado se presentaron a la guardia española, a donde llegaron casi muertos de hambre y cansancio. Esta abierta rebelión llenó de espanto no sólo a esta provincia, sino también al Perú. Pues, se supo que algunos hábiles emisarios estaban instigando a todos los demás indios a una sublevación general cuyo fin era conquistar la antigua libertad, cuya garantía prometía ser aquel individuo con altisonantes palabras. Levantaron la cabeza los indios, al oír noticias tan deseadas, no sólo los que vivían reunidos en aldeas sino también que en los pueblos de españoles estaban sirviendo, así que los españoles ya no tenían ninguna seguridad de sus vidas, ni siquiera posibilidad de poder escaparse en el momento de estallar la revolución. La conjuración había ya tomado tan vastas proporciones, que del mismo Perú se trasladaron familias enteras de indios al valle de Calchaquí, alegando que querían presentarse a su rey [f. 22v] para ponerse a sus órdenes. También en Potosí se leía una pública proclama donde un anónimo animó a los indios deseando prosperidad al Inga, pero la ruina a los españoles, opresores de los indios. Todo esto llenó a los oficiales

reales con gran cuidado, tanto que pusieron guardias a la entrada de las lagunas de Potosí para que no se inundase toda la comarca por una clandestina abertura de las compuertas. Creció de día en día esta preocupación, así que el virrey del Perú se vio obligado a pacificar con energía. Probó primero el modo de enviar al traidor una carta, en la cual le ofreció el perdón, aconsejándole que procurase pacificar la región de Calchaquí, hasta quedar sumisa como antes, y que después se retirase para ocuparse en sus asuntos privados; por lo contrario sería echado por fuerza de allí para pagar su rebeldía con las penas más graves. Contestó Bohórquez que era fiel vasallo del rey, y su presencia por allí y la alianza de los indios de ninguna manera era un acto de rebelión, sino una medida necesaria en defensa de la vida puesta en peligro por las intrigas del gobernador; por lo tanto no tenía él dificultad ninguna en abandonar aquella tierra y de entregar las armas y su persona a un ministro real más digno, con tal que se le dé garantía de seguridad. También ésta se le aseguro por el virrey, sirviéndose de intermediarios del oidor de la Audiencia Real de La Plata, Don Juan de Retuerta. A éste dio cuenta de las razones de su modo de proceder, y supo tapar cualquier recriminación con tanta habilidad, como se le pudo inspirar su miedo de un pronto y bien merecido castigo.

Al fin después de haber desengañado a los mismos indios de su fraudulenta llegada a su provincia, quitándose la máscara se fue al Perú bajo el salvoconducto del oidor don Juan, quedando los indios después de la salida de su supuesto rey sin apoyo y dirección en su conspiración. Pero, por haber gustado ya de la libertad y esperando el perdón de las grandes barbaridades que habían cometido durante todo este episodio, además alentados por un mestizo atrevido se resolvieron conservar su libertad, no queriendo saber nada de la sujeción anterior. Así acordó el gobernador que se les hiciese la guerra, como único arbitrio para devolver la paz y la seguridad a la provincia. Le constaba, empero, por muchos y evidentes [f. 23] argumentos que los nuestros, a los cuales ser los además este hombre desconfiado siempre estaba desafecto, en la expedición militar proyectada, le

podían ser de algún provecho, por lo cual tenía mucha gana que se encontrasen alguno de ellos en el campamento haciendo también una que otra débil alusión de cómo esto sería un gran servicio hecho al rey, por la habilidad grande de los nuestros en tratar con los indios, por dominar su lengua y por saber atraerlos por su benevolencia. Sería también del servicio de Dios, por las comodidades espirituales que trajese para los soldados nuestra presencia en el campamento. Hubo que condescender con estos deseos porque eran justos y así fueron despachados para este fin tres de los misioneros que antes habían estado entre los calchaquíes, imitándose la organización de las capellanías castrenses de Flandes.

En realidad, era muy importante esta salida de los nuestros al campamento, tanto para atraer la bendición de Dios sobre esta empresa militar, como para la asistencia espiritual de los muchos soldados heridos mortalmente en su alma por otro enemigo mucho más temible. Lograron los nuestros inducirlos a la frecuentación de los sacramentos, y por ejemplo de su modestia y piedad comenzaron a caer en cuenta de su torpeza y avergonzarse de ella, enmendándose a lo menos algunos. El mismo gobernador, el cual siempre había estado desafecto de nosotros en consecuencia de las calumnias de los malévolos, vio de cerca el modo de proceder según nuestro instituto, comprendiendo al fin la última razón del amor de la Compañía a los indios y de su incansable trabajo en su evangelización, hasta dar con gusto su vida por ellos. Pues, esta misión castrense de los nuestros contribuyó grandemente a conservar en la piedad y el cumplimiento de su deber a las tropas auxiliares de los indios amigos. Todas las tardes al son de la campanilla se juntaban ellos en la capilla ambulante, arreglada en el toldo del gobernador para rezar las oraciones y oír una breve instrucción del catecismo o un sermón, a cuya consecuencia algunos fueron conmovidos a arrepentirse de sus pecados y confesarlos, no lo habiendo hecho ya por muchos años o nunca en su vida. Facilitó también nuestra presencia y habilidad, el que se abreviase la guerra y que se evitase el derramamiento de sangre, ya que la benevolencia de nuestros padres logró ablandar a

los rebeldes, para que se dejaran de su contumacia y abandonasen sus tierras. Sin embargo, estas ventajas estratégicas costaron muy caro a los nuestros, teniendo que marchar por cinco meses en compañía del ejército, exponer su vida en las acciones militares, sufrir las inclemencias del tiempo y lo inhóspito de la región [f.23v] con todas las demás incomodidades y privaciones que lleva consigo una guerra. De seguro, tenían sobrada ocasión para ejercer su deseo de padecer por Cristo, como corresponde a socios de Jesús.

Pero tengo que repetir que con todas las incomodidades de los padres era muy grande el resultado de esta expedición. Ya que ellos conocían a fondo todos los sitios y usos de la gente, podían muchas veces en las perplejidades dar un consejo oportuno a los jefes militares, ya que esto exigía el servicio de Dios y del rey. Así consiguieron también que se derramase lo menos posible la sangre de sus pobres indios.

Ya que entendían bien su lengua, les aconsejaban lo que les convenía hacer u omitir, salvando así a muchos de ellos, llevándolos a buen juicio. A otros hicieron llamar por indios amigos para que declarasen su rendición y se librasen de la muerte. Lograron también reprimir el furor de los vencedores contra los cautivos, para que se les tratase humanamente, tanto durante la guerra como después de ser repartidos entre sus respectivos amos. Interpusieron los nuestros su autoridad y aceptación de que gozaban entre los españoles, juntando con ellos sus ruegos para que los encargados con la repartición de los cautivos no separasen las esposas de sus maridos, aunque infieles a fin de que se facilitase su matrimonio al convertirse al cristianismo, lo cual se consiguió en muchos casos. A algunos se consiguió amnistía de sus castigos. Así hubo que reconocer forzosamente los méritos de la Compañía con ocasión de esta expedición militar.

Y vino muy oportunamente esta patente gloria de ella. Pues, aunque los nuestros por tantos años estaban predicando en el valle de Calchaquí, convirtiendo no pocos a Cristo e impidiendo a todos por su autoridad de las rapiñas y devastaciones, no faltaron algunos malévolos que se atrevieron a levantar a la Compañía también este

falso testimonio de que ellos eran cómplices de la conjuración de los indios contra los españoles. Sin embargo, la Compañía tiene tantos testigos de su inculpabilidad, cuantos rebeldes sujetos al interrogatorio jurídico por el gobernador de la provincia y oficiales reales han contestado siempre honoríficamente de nuestra lealtad hacia el rey, confesando al mismo tiempo los beneficios recibidos por ellos y echando toda la culpa de la rebelión al fingido rey y sus órdenes. Y este testimonio de los rebeldes, y de la seguridad con la cual durante toda la guerra los padres caminaron por aquella tierra, y al fin, del afecto universal de los indios para con ellos, concluyó el ejército español, que la anterior paz de catorce años en [f.24] toda la provincia del Tucumán, se debía al incesante trabajo de los nuestros en el valle de Calchaquí; y que principalmente sólo a su industria y a su afán de procurar el bien público y la salud de los indios se debía que con ahorro de mayores gastos del Real erario y de sangre de indios, tuvo esta expedición militar un éxito tan inesperadamente feliz. Esto testificó el mismo gobernador de la provincia por palabra y por escrito, prometiendo además que informaría exactamente al rey de nuestra eximia lealtad. La prueba de esta promesa tenemos en una carta autógrafa de él, escrita a mí, al acabarse la guerra, y reza como sigue:

Copia de la carta del señor Alonso de Mercado y Villacorta⁴², gobernador de la provincia de Tucumán.

De la presencia de los padres en el campamento resultaron

42 Alonso de Mercado y Villacorta fue gobernador nombrado por el rey el 5.V.1653. Se hizo cargo en Santiago del Estero el 24.VI.1655. Durante su gobierno el oidor de la audiencia de Charcas, Juan de Retuerta, fue comisionado por el virrey del Perú para concluir la sublevación de Bohórquez (real provisión del 9.XII.1658), con autoridad superior en el “fuero ordinario y en el militar”. Entró en la provincia el 21.II.1659 y regresó, desde Salta, el 5.IV.1659. Mercado y Villacorta ejerció el mando hasta el 16.II.1660 en que, por haber sido nombrado gobernador del Río de la Plata, delegó el mando en Gerónimo Luis de Cabrera (1660-1662). En el gobierno del Río de la Plata estuvo durante tres años, para luego regresar a ser gobernador del Tucumán entre los años 1666 y 1670. Luego fue designado presidente de la Audiencia de Panamá, lugar donde moriría en 1681. Véase MAEDER, 1972:58-59; MOLINA, 2000:484-485.

muchas ventajas para el bien común, como lo advertí de antemano a Vuestra Paternidad, al él rogaron se dignase enviarlos. Consiguió ella la salida de 900 familias de su tierra, las cuales viven ahora en nuestros suburbios, sujetas a Dios y al rey, y llevando el yugo que habían rechazado por una resistencia armada de 150 años. Y aunque no se pueda negar que han abandonado los bárbaros por miedo del ejército real las casi inaccesibles fortalezas de sus montañas, como confesaron ellos al rendirse sus parcialidades, sin embargo, el feliz éxito de la misma guerra, sin ambages, hay que atribuir a la autoridad, elocuencia y solicitud de los padres, sabiendo ellos insinuarse en los ánimos de los indios.

Esto mismo voy a testificar en mis informes al rey y lo anticipo en estas mías dirigidas a Vuestra Paternidad, dando al mismo tiempo las gracias por la lealtad y diligencia con que me asistió la Compañía en un asunto de tanta trascendencia referente al servicio del rey.

Hasta aquí la carta del gobernador, con la cual pongo fin a la mía, dirigida a Vuestra Paternidad, en la cual he referido lo que los nuestros loablemente han efectuado en esta Provincia en servicio y gloria de Dios, el cual nos conserve incólume a Vuestra Paternidad por muchos años, como es el deseo de todos vuestros hijos y conviene al bien de la universal Compañía.

Hijo en el Señor de Vuestra Paternidad muy reverenda.

+

Simón de Ojeda

Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús desde el año 1659 hasta el año 1662

[f.1] Pax Christi etc.

Al llegar a mis manos las órdenes de Vuestra Paternidad, por las cuales me nombró visitador del Paraguay, inmediatamente dispuse mi pronta salida de Lima, y después de un viaje de unas 600 leguas, llegué al primer colegio que tiene levantado esta Provincia en Salta; seguí después el viaje por unas 200 leguas más hasta llegar a Córdoba; cuando en el camino se me entregó la patente de Vuestra Paternidad que me nombró provincial traída desde España por el recién llegado padre procurador Francisco Díaz Taño⁴³. Concluí por esto que las Anuas de los años anteriores a 1659 se habían perdido, enviadas por el padre provincial de entonces, Simón de Ojeda a Vuestra Paternidad, por doble vía, en los buques que en aquella temporada salieron del puerto de Buenos Aires a España.

Algunos correos tomaron otra ruta, y los que llegaron a España, descuidaron transmitirlos al procurador de las Indias. Por consiguiente procuré redactar otras, resumiendo los sucesos más notables acontecidos desde entonces, para que continuando el hilo de la narración, el informe sobre este período resultase más completo.

Mantiene el Paraguay ciento noventa y dos sujetos de los nuestros de los cuales ciento veintidós son sacerdotes, treinta y seis escolares, cuarenta y dos hermanos coadjutores (por cierto, un número muy corto para una cosecha tan copiosa, la cual se presenta por todas partes); cuenta la Provincia con veintidós reducciones y ocho colegios, en donde con suma alegría encontré una floreciente

43 Francisco Díaz Taño nació en Las Palmas el 17.V.1593 e ingresó a la Compañía de Jesús el 13.VII.1614, llegando a Buenos Aires el 12.III.1622. Tomó sus últimos votos en Santo Tomé el 23.III.1629. Se desempeñó como procurador en Europa desde 1637-1640 y luego durante el periodo de 1658-1677. Posteriormente fue superior de los guaraníes en dos periodos; 1646-1649 y 1657-1658. Murió en Córdoba el 8.IV.1677. (STORNI, 1980:82)

disciplina religiosa y una estricta observancia regular; superiores ejemplares y súbditos obedientes, todos llenos de celo apostólico; ni gravados los colegios con deudas, al contrario, bien provistos con el necesario sustento, tanto que les es posible repartir abundantes limosnas a los pobres, en especial a los vergonzantes. Es necesario, empero, adelantar algunas cosas que no se puede mencionar cómodamente al hablar de los colegios.

Había cierta mujer, acostumbrada a la frecuente comunión, pero atormentada por el mal enemigo, de algunas malas tentaciones. Ella prudentemente manifestó su [f.1v] lucha interior al confesor, pero de tal modo, que este dudó de la victoria y pensó que ella había sido vencida, teniendo además por sospechosa aquella singular guerra; por lo cual, para prevenir estas malas inclinaciones, le ordenó ponerse bajo el patrocinio del valiente San Javier, el cual, hasta en sueño, resistió a esta clase de tentaciones. No se dejó esperar el oportuno socorro en el peligro, pedido por ella a consecuencia de estos consejos; pues apenas comenzó ella a venerarlo, se calmó aquella temible tempestad de inclinaciones obscenas, por medio de otra presentación: le pareció contemplar delante de sí a su propia alma, manchada por toda clase de deformidades, carcomida por gusanos insoportablemente hedionda y de una repugnante figura. Quedó ella pasmada de horror por tal retrato, y abominando sus costumbres anteriores y la tibieza de su vida pasada, la reformó por completo, siendo cada vez más devota a San Javier.

Oigamos un suceso más notable todavía. Cierta dama tuvo gran deseo de acercarse muchas veces a la sagrada mesa, pero en un traje que era más bien de bodas. Su director espiritual la refrenó en algo, permitiéndole sólo la comunión semanal, añadiendo las condiciones debidas, aconsejándole que, asistiendo ella a la Santa Misa en los días restantes se contentase con la comunión espiritual. Escuchó dócil aquella estos consejos a no pequeño provecho suyo.

Se alejó para irse a su casa, pero todavía no había llegado a la puerta del templo, cuando le sobrevino un gran deseo de comulgar. Volvió así como estaba, para acercarse al comulgatorio como

instigada por un soplo divino. En eso chocó en la tierra con una especie de paquete con envoltura de papel. Lo desplegó y halló una hostia, sintiendo, por los ímpetus religiosos de su corazón, que ésta era consagrada; se confirmó en su persuasión cuando, al acercar aquel celestial tesoro respetuosamente al pecho, le pareció estremecerse dulcemente todo su cuerpo por el contacto con tan grande huésped. Avisó luego de todo al confesor, el cual, espantado llevó consigo la hostia al altar, para consumirla al tiempo de la misa, para el caso de que fuera consagrada. Los dos no se habían equivocado; pues por casualidad entró aquella señora en conversación con otra, y de este modo descubrió lo que había sucedido. Por una providencia especial se había encontrado, en esta conversación, con aquella atrevida que había echado al suelo aquel tesoro. Después de habérsele despertado los remordimientos de conciencia, confesó que en el tribunal de penitencia temerariamente había suprimido algunos pecados, y en este estado, más triste todavía había recibido el pan de los ángeles, pero de repente había sentido un sacudimiento en todo el cuerpo [f.2] y, fuera de sí, había envuelto la hostia del modo dicho, dejándola caer. Por esta maravillosa Providencia y Misericordia Divina que hizo hallar la hostia se conmovió y confesó al mismo padre todos sus pecados, para enmendarse en adelante.

El Colegio de Córdoba

Este colegio máximo de la Provincia cuenta con unos setenta sujetos, entre novicios, padres de tercera probación, escolares y maestros de primera enseñanza. Está en un floreciente estado la Universidad, sostenida por dos profesores de filosofía, otros tantos de teología, con uno de teología moral; habiendo dos sujetos de los nuestros para la enseñanza de gramática, acudiendo la juventud hasta de ciudades muy remotas, esto es muy importante para levantar el nivel de cultura y conocimientos en estas regiones, juntamente con el del espíritu cristiano aprendido con el trato con los nuestros. Se

iguala ésta a las universidades de Europa por el derecho de conferir los grados académicos que se dan después de severos exámenes, con mucha solemnidad.

Se hicieron útiles los nuestros, no sólo por restablecer la paz entre los habitantes, después de enemistades pertinaces por muchos años, sino también con servir a los apestados durante una cruel epidemia que devastaba casi todas las ciudades de toda la provincia.

Día y noche registraban los nuestros, cada uno en el distrito que se le había designado por los superiores, llamados algunos con la campanilla por los penitentes, otros acompañando a los padres en sus salidas, para acudir a los moribundos corporal y espiritualmente. En este tiempo hubo necesidad de que hasta algunos profesores dejasen su clase para organizar misiones extraordinarias por aldeas del vecindario. Era igual el trabajo en todas partes e igual el fruto, ya que toda la provincia estaba azotada por el flagelo.

Lograron, además, restablecer la paz entre dos familias principales, contrarias entre sí ya por largos años, habiendo llegado el alboroto a tal punto que toda la ciudad parecía dividida en dos bandos, que se perseguían a más no poder, teniendo el uno de los partidos a su disposición los soldados, enganchados para la guerra contra los calchaquíes rebeldes; mientras que la otra se apoyaba en los decretos de la real audiencia desafiando tenazmente a los otros. Las dos facciones apelaron al rey. Creció de día en día el incendio, no quedando otro remedio sino el empeño de los nuestros, sus ruegos y diligencias, por lo cual [f.2v] se aplacaron al fin las iras y cesaron sus funestas consecuencias, dándose los cabecillas la mano para confirmar la paz en nuestra capilla doméstica, delante del Santo Cristo del altar, alegrándose toda la ciudad, y anunciando la fausta noticia al festivo repique de las campanas. Todo el mundo alababa la Compañía, porque ella sola había logrado tal éxito.

Recorren las aldeas y estancias circunvecinas, las cuales serán más de seiscientas, cuatro de nuestros padres cada año. Unos se encuentran en las montañas casi inaccesibles, mientras que otros

lo hacen en lugares apartados, adonde por los malos caminos, sólo se puede llegar a pie. Por supuesto, hay por allí una extremada ignorancia, tanto que apenas oírían algo de Nuestra Santa Fe, sino se llevara allí la noticia de ella por nuestros padres. Lástima que ellos tienen a su disposición sólo pocos días para instruir a esta pobre gente. Por esto, durante todo el resto del año quedan abandonados en su miseria moral, hasta que puedan volver allá nuestros padres, siendo ellos sus únicos pastores espirituales. Hasta este grado ha llegado la pobreza y el abandono de esta gente miserable.

En una estancia se halló a un español completamente sumergido en el fango del vicio y enredado en asuntos pecaminosos, sin que se pudiera esperar remedio alguno, ya que ni siquiera quiso entrar en contacto con nuestros misioneros. Le habían avisado ellos que procurase su salvación, porque estaba gravemente enfermo, y que buscase confesión, para que no le sorprendiese la muerte en sus pecados. Todo era inútil, y ya estaban por salir de allí los padres misioneros. Por última vez quiso uno de ellos hacer una tentativa para salvar a aquel individuo. Visitó al enfermo y le habló cariñosamente, diciéndole que se preparase a bien morir. El enfermo contestó que se vaya, porque no lo necesitaba. Partieron los padres, cuando muy entrada la noche los llamó el enfermo, pues le había sobrevenido un ataque más fuerte. Volvieron y lo encontraron todo bañado en lágrimas, y lleno de dolor y arrepentimiento de sus pecados. Hizo una muy buena confesión general, y creo que el secreto de esta conversión singular era que aquel enfermo la debía a la Reina del Cielo, a la cual oraba diariamente, en medio de su barbarie moral como él mismo lo observó.

Había otro viejo, ya decrepito, por sus noventa y más años, el cual ya desde muchos años atrás estaba sumergido en la deshonestidad. Parecía que estaba sólo esperando todavía la llegada de nuestros padres a aquel lugar, para que sacado del fango por el ministerio de ellos y aligerado de la carga de sus pecados por la penitencia, [f.3] volase a las mundísimas mansiones de los bienaventurados, como lo hizo creer a los padres su inmediata muerte.

Uno de nuestros misioneros, ensanchando el radio de sus actividades, llegó, como por inspiración, a una aldea de la jurisdicción de Santiago del Estero, donde le esperó una cosecha muy grande. Ya por tres días sufría allí una pobre india de crueles dolores de parto, pero por el contacto con una reliquia de nuestro patriarca San Ignacio dio con bien a luz su criatura, bautizada en seguida. Además vivía allí un español, viejo decrépito y con una conciencia miserablemente enredada, el cual apenas se había confesado. Murió en presencia del padre santamente. Omíto otros casos semejantes que se presentan con frecuencia a nuestros padres para contar sólo una prueba de la singular protección de María Santísima para con sus devotos.

Un día estaba uno de nuestros misioneros rurales predicando sobre el poderoso patrocinio de la Madre de Dios, asistiendo cierto joven, el cual se impresionó mucho por lo que oía, resolviéndose a honrar a la Virgen cada día. Algunos días después subió a caballo, el cual se desbocó y se precipitó al galope por los escarpados montes, saltando de piedra en piedra, cayendo al fin, con el jinete encima a un precipicio de una profundidad de unos 20 codos, donde de seguro los dos tenían que estrellarse en la peña de abajo. Felizmente al caer el jinete invocó con toda su alma el socorro de la Virgen, acordándose del sermón pasado. Y ¡cosa admirable! parecía que la Virgen había ablandado la piedra; pues cayó sobre ella de lo alto aquel hombre, sin hacerse daño. Se levantó ileso y comenzó a caminar, como si nada hubiera sucedido.

Los muertos en este colegio

El padre Ignacio de Medina era natural de San Miguel de Tucumán, hijo de padres nobles y piadosos, tan devotos de nuestro Santo Patriarca, que aunque todavía no estaba beatificado por el Sumo Pontífice, ellos los primeros que construyeron un santuario a su honra. Educado en estos piadosos sentimientos de sus mayores, y llegado a la edad competente, pidió encarecidamente ser admitido a

la familia de nuestro Santo Padre. Comenzó allí su vida inculpada, que fue característica, distinguiéndose también en el estudio de las letras, sin que en ello [f.3v] sufriera mengua su humildad. Así, concluido el estudio de teología se dedicó con celo a cultivar la Viña del Señor por medio de nuestros ministerios. Era incansable en el trabajo, prefiriendo siempre la gente más humilde y abandonada; era muy querido por su bondad, muy servicial, siempre dispuesto a predicar al pueblo, y a oír sus confesiones.

Con su característico celo apostólico logró ser el primero que audazmente se adelantó a la tribu salvaje de los ocloyas, para fundar una misión entre ellos, aunque fuese con peligro de vida. Se dedicó con esmero a esta tarea apostólica, logrando con su bondad atraer a aquellos bárbaros y juntar en breve tiempo una reducción de nuevos cristianos.

Los recién bautizados ya dieron cada día más pruebas de una vida cristiana, y hubo buena esperanza de poder aumentar aquella cristiandad, cuando se truncaron estas expectativas halagüeñas por un repentino torbellino, suscitado tal vez por un celo religioso; pues se opusieron algunos religiosos a que como decían, nosotros metiésemos la hoz en cosecha ajena. Por lo tanto tuvo que retirarse el padre con gran dolor suyo, y también de los españoles, los cuales hasta hoy día están indignados del retroceso de los padres y de la consiguiente miseria de los pobres indios. Pero el fuego de la caridad ardía todavía, aunque ocultamente, hasta que pudo prorrumper hacia otra dirección. Se marchó el padre al Chaco, con sus numerosos habitantes, el cual ya estaba regado de antemano por la sangre allí derramada por los padres Gaspar Osorio y Antonio Ripario, y por consiguiente era tierra bien preparada para recibir la semilla de la palabra de Dios. Allí atrajo la gente como imán el hierro, tanto que abandonaron sus rancherías para reducirse a donde el padre estaba, aunque éste les aconsejaba a no abandonar por completo sus aldeas. Había crecido tanto esta población que ya no había con que mantener a todos. Se vio obligado el padre a irse a las poblaciones más cercanas de los españoles a buscar bastimentos suficientes para

los hambrientos. Mientras tanto algunos bárbaros recién llegados de otra parte, hicieron traición y apostataron, y sólo por el oportuno aviso de algunos amigos escapó con vida el compañero del padre, que había quedado allí. Por lo tanto, por ésta y otras causas, hubo que abandonar también aquella misión. Por estos y otros trabajos apostólicos, y por la austeridad de su vida, quedó al fin quebrantada su salud hasta que murió santamente.

La muerte del hermano Antonio Bernal⁴⁴

El hermano Antonio Bernal, coadjutor temporal, era de nación lusitana, natural del ducado de Braganza. Alcanzó 80 años de edad, de los cuales pasó cuarenta y dos [f.4] en la Compañía de Jesús. Antes de entrar en ella, era desde su mocedad soldado por tierra y mar, conservando sus buenas costumbres, habiendo logrado por su valor subir en el escalafón militar hasta ser nombrado capitán de caballería en el reino de Chile. Siempre hostil a la depravación de las costumbres, no omitía ocasión para refrenar de palabra la licencia militar, por lo cual algunos malvados pensaban deshacerse de él, asesinandolo. A este fin supieron meter en su carpa de campaña unos dos o tres fusiles cargados de balas de plomo y pólvora, dispuestos de tal modo, que se pudiesen descargar por medio de una mecha y destrozarse su cabeza al tiempo de dormir. En una noche tempestuosa, la destinada para el crimen, fue despertado repetidas veces por su buen ángel custodio hasta que no pudo menos que levantarse.

Registró la tienda de campaña y halló la maquina infernal, pronta a descargarse sobre su cabeza. Impresionado por este inminente peligro de muerte, comenzó a arreglar su vida a modo de nuestros padres, que allí estaban presentes como capellanes militares, hasta que, sintiéndose llamado a la milicia del Rey Celestial, entró

⁴⁴ Antonio Bernal nació en 1582, era oriundo de Palhaça, Duero litoral, Portugal, e ingresó a la Compañía de Jesús el 20.VIII.1615 en Paraguay. Tomó sus últimos votos en Encarnación el 22.XI.1626. Murió en Córdoba el 13.IV.1661. (STORNI, 1980:37)

en su compañía, providencial y precisamente al tiempo en que sus servicios en las misiones del Paraná eran muy oportunos. Fue enviado allá a toda prisa, siendo él muy bienvenido a los padres. Él fue el primero que allí introdujo la caballada y la ganadería, la cual prosperó en adelante tan maravillosamente, gracias a su industria, proporcionando a los indios y sus misioneros abundante sustento.

¡Cuántas veces estos cristianos recién convertidos hubieran apostatado, engañados por los entonces poderosos hechiceros, cuándo el buen hermano no los hubiera desengañado! Y ¡cuántas veces estos pobres indefensos no hubieran escapado de las hordas enemigas del reino del Brasil y de su triste esclavitud, sino él hubiera estado allí, organizando con increíble paciencia la defensa de la libertad de los pobres indios contra las invasiones de los mamelucos! En una de estas invasiones dirigidas contra nuestras reducciones, había apuntado contra él su escopeta uno de los lusitanos. ¡Cosa maravillosa! La bala se incrustó en la pequeña medalla de la Virgen, que solía traer puesta en el pecho, siendo él defendido por este escudo y quedando ileso.

Era compañero de los trabajos y éxitos del padre Pedro de Mola⁴⁵, de santa memoria, en la nueva reducción del Tape, [f.4v] llamada Jesús María, donde se contaban más de 3.000 familias. Los dos eran incansables en asistir a aquel pueblo, en especial tratándose de socorrer a los moribundos. Pues, había invadido aquella Provincia un fatal contagio, tan cruel que en su pánico abandonaron las madres a sus hijos en el campo para escaparse de la peste. Por lo tanto, para socorrer a tanta gente resolvió el padre, registrar él y el hermano separadamente aquella región, y salvar a los que habían huido y estaban en peligro de caer en manos de los numerosos salvajes de allí.

Encontró el hermano a muchas criaturas, las cuales, aunque no lo podían expresar con su lengua, siendo recién nacidos, exigían

45 El padre Pedro de Mola nació el 17.I.1602 en Barbastro, Huesca, España e ingresó a la Compañía de Jesús el 31.VIII.1619 en Aragón. Llegó a Buenos Aires el 12.III.1622 y tomó sus últimos votos en San Carlos el 30.V.1632. Murió en Apóstoles el 4.VII.1660. (STORNI, 1980:187)

a su modo que se les bautizase para que así blanqueadas volasen al instante a la morada de los ángeles. Más extensamente se habla de todo esto en las Cartas anuas de 1637 y en la Historia General de esta provincia, la cual pronto se publicará.

No le parecían exagerados sus trabajos y sudores para devolver a las reducciones los refugiados en los escondrijos de las selvas por miedo de los brasileños. Hacía subir a los enfermos que encontraba a su propio caballo, proporcionado a él por los superiores para su mayor comodidad, mientras él mismo, muy contento, volvía a pie a la reducción distante unas cien leguas. Así un día había así encontrado a un indio exhausto de fuerzas por su enfermedad. Le puso sobre su caballo y él, con sus setenta años, lo condujo a casa con muy grande caridad, asido en la rienda para hacer pasar el caballo por malos pasos, ensillándolo cada vez al amanecer para el pobre indio, mientras decía “reparo el caballo para mi Señor”, viendo en el pobre a Cristo Nuestro Señor, como él mismo lo enseñó.

Al fin, después de haber sufrido allí grandes trabajos fue llamado otra vez al colegio de Córdoba, para servir allí de principal portero, ministerio que desempeñó con satisfacción de todos. Era muy cumplido, de gran familiaridad con Dios, pasando gran parte de la noche en oración en el templo e hincado de rodillas, postrado en el suelo, habiendo conseguido el permiso de los superiores para estas visitas a deshora. Su preparación a ellas era una cruel disciplina, usando además de otros muchos piadosos inventos, para humillarse o mortificarse al comer y descansar. Su vida natural, que le molestaba mucho por el peligro de arrastrarle a sentimientos precipitados había, por esta vida mortificada, dominado de tal modo, que parecía haberlo tocado a lo contrario y el menor descuido en refrenar los ímpetus [f.5] que se le asomaban, le causaron gran remordimiento de conciencia.

Un día se le había escapado una palabra algo áspera, al ser molestado por un hombre petulante. Después lo sintió tanto que deseaba irse mal vestido por las calles de la ciudad, para condescender con aquel hombre molesto y pedirle perdón, y no se tranquilizó hasta que los superiores le prohibieron esta humillación.

Con ocasión del consabido decreto para nosotros referente al uso del bonete sacerdotal, era él el primero que se sujetó a las órdenes de los superiores. Otras virtudes más no se pudieron ocultar fácilmente entre las paredes de la casa, sino se manifestaban también a los de afuera; así que el obispo del Tucumán muchas veces solía decir, que nadie como el hermano Bernal le causaría envidia. Por largo tiempo ocultaba las molestias corporales hasta que se le consumían las fuerzas, viéndose obligado a postrarse en la cama. A un confidente suyo de los nuestros, manifestó que sus dolores eran tan grandes que le parecía que unos perros hambrientos estaban desgarrando sus entrañas. Durante toda su enfermedad, no se quejaba sino cuando le hacían más caso, como le parecía bien suplicaba a los enfermeros que se abstuviesen de querer consolarle y que no se hiciesen gastos por él. A los que querían velar al moribundo, dijo que se fuesen a reposar para cobrar las fuerzas necesarias, ya que no moriría aquella noche, ni sin testigo, como si hubiera sabido la hora de la muerte por inspiración superior. Realmente murió el Sábado Santo, mientras se entonaba el *gloria in excelsis* en la misa que se celebraba a esta hora en nuestro templo.

Su última súplica era ser puesto al suelo, con grandes sentimientos de piedad. Los nuestros se confinaron en su persuasión de estar él en la gloria, por el suave olor que percibieron en su aposento, donde expiró. Murió bien auxiliado el 13 de abril de 1661.

La muerte del hermano Alonso Nieto⁴⁶

Acaeció el mismo año de 1661 la santa muerte del hermano Alonso Nieto, coadjutor temporal. Era natural de Extremadura, descendiente de familia acomodada. Ya en el siglo era un joven muy

46 Alonso Nieto de Herrera nació en 1574 en El Algarrobilllo, Sevilla, España e ingresó a la Compañía de Jesús el 24.VI.1643 en Paraguay. Profesó sus últimos votos en Córdoba, Argentina, el 31.VII.1655 y falleció en Córdoba en 1661. (STORNI, 1980:199)

formal, pero como religioso se distinguió por su virtud. Desde niño era muy devoto de la Santísima Virgen, estando acostumbrado a rezar las horas del oficio parvo y el rosario de ella. Correspondió esta buena madre con cada vez mayores favores espirituales [f.5v] protegiéndole en repetidos peligros de muerte, de los cuales se ha permitido referir uno solo. Un día había ya salido del puerto para hacer su fortuna en las Indias, cuando una repentina tempestad hizo naufragar el buque, que fue tragado por las olas, dejando con vida a muy pocos, y entre ellos a Alonso, el cual fue arrastrado por ellas arriba y abajo, desde las siete de la noche hasta amanecer. En esta mortal angustia invocó a María, la cual le oyó; pues fue arrojado al fin a la arena del puerto. Dijo después que en aquel terrible trance le parecía que una invisible, pero conocida mano le sostenía sobre las olas.

Llegado al fin acá, desempeñó el cargo de escribano público con tal honradez, que era estimado por todos, por cierto un caso muy raro. A nadie molestaba, a todos servía, siempre favoreciendo la paz. Al iniciarse un litigio, una vez persuadido de qué lado era la justicia, disuadía a la parte contraria de insistir en el pleito para no perder inútilmente el tiempo y el dinero, cosa que no pudo menos que ser aprobado por todos, llamándole la gente: ángel de paz.

Estaba casado con una señora muy religiosa, noble y rica. El único litigio que existía entre los dos, consistía en saber quién era más piadoso. Era él muy acostumbrado en el siglo, a repartir sus bienes para fines religiosos y entre los pobres; y así, muerta su esposa y entrado en nuestra Compañía, donó al colegio de Córdoba una respetable estancia, su rico mobiliario y numerosos esclavos; y esto en un tiempo tan crítico, que faltaba a los nuestros hasta lo más necesario para vivir y vestirse.

Todos le felicitaron por su resolución de ingresar a la religión. Por motivos religiosos soportó una gran injuria, aunque provocado, no se vengó. Un individuo criminal le había dado una bofetada delante de toda la gente. El dominio sobre sí mismo, en este trance, llegó a tal grado que se echó a los pies del ofensor y le pidió perdón.

Fue arrojado a la cárcel aquel individuo; pero Alonso intercedió por él delante de los jueces. Esta clase de venganza arrebató a todos a la admiración, resultándole la injusta injuria no a deshonra y el perdón a mayor gloria delante la gente, ya que la sinceridad de esta virtud era conocida por anteriores casos.

Andaba ya con la idea de entrar en religión, pero todavía no pudo resolverse definitivamente. Se dirigió, por lo tanto, mucho a Dios, para que le iluminase y encargó misas con la misma intención. Al fin le pareció que la Virgen le invitaba al estado religioso con estas palabras: *¡Ea pues, arregla tus asuntos [f.6] y entra en esta santa Compañía!*

Al instante obedeció a la voz de Dios que le llamó, encaminándose sin demora a nuestra casa, teniendo por compañero a un jovencito, hijo de su hermano, el cual había hecho venir de España para que fuese su heredero. Pidió para los dos la admisión a la Compañía, al tiempo en que recién había partido a la ciudad de Santa Fe el padre provincial, dejando poder (de seguro, por un presentimiento misterioso ya que Alonso todavía no se había manifestado sobre su idea de entrar en religión) de admitirlo en la Compañía de Jesús, si lo pidiera. Una vez recibido en ella, aunque a él como hombre de avanzada edad, debían molestar las prácticas infantiles de los novicios. Sin embargo quedó humilde, sujetándose a todo; y aunque se sabía que era hombre muy rico, se portó como si fuera un hombre pobre, no admitiendo siquiera servicios de parte de aquellos siervos que había donado a la Compañía; siendo él mismo muy servicial para con todos.

Comulgaba dos veces a la semana. Entrado ya en años, se le debilitó la memoria, pero no olvidó nunca la comunión. Él se arrastraba, apoyado en su bastón, a la iglesia, donde dirigía gran parte del día su mirada llena de respeto al sagrario. Al acordarse de la dicha del estado religioso, le salían las lágrimas de los ojos. Omito la mención de sus otros muchos y muy grandes actos de virtud; pero no puedo callar de la increíble paciencia en los sufrimientos de sus últimos días, causados por la vejez, estando postrado en cama por

más de un año, pareciendo más fuerte que Atlante y más inmóvil que las sirtes en la tempestad, sufriendo callado, diciendo sólo: *Alabado sea Dios; y hágase su voluntad*. Se pudiera decir mucho todavía de su edificante vida, con la cual se preparó para la eternidad, a la cual entró, bien auxiliado, a la edad de 90 años, habiendo vivido veintiún años en la Compañía.

La muerte [necrología] del hermano Diego Lolio⁴⁷

Un año después, murió el hermano coadjutor Diego Lolio, a la edad de 90 años. Era inglés de nación [f.6v] del Estado de Artois, donde entró a la Compañía, llegando a esta Provincia con el padre Viana, entonces procurador. Sirvió casi siempre, desde entonces, de sastre, siempre muy laborioso, hasta que por su avanzada edad ya no pudo dedicarse a su oficio. Sin embargo, se hizo útil todavía fabricando objetos de devoción, y prolongó más la lectura espiritual y la oración. Advirtió una vez con espanto, como alguna gente impúdica intentaba echarle redes para ajar el lirio de su pureza; sin embargo quedó firme y, para librarse del peligro, acudió al director espiritual, el cual con prudencia puso remedio.

Sufrió mucho de [podagra⁴⁸ y gíragra] artritis en manos y pies, lo cual atribuyó a ganar méritos por su paciencia. Murió bien sacramentado el 10 de octubre de 1662.

47 Su verdadero nombre era Diego Lolieu, natural de Béthune, Paso de Calais, Francia, nació el 2.VII.1582 e ingresó a la Compañía Galo-Belga el 3.VI.1614. Llegó a Buenos Aires el 15.II.1617, tomando sus últimos votos en Córdoba el 6.I.1626 y murió allí el 18.X.1662. (STORNI, 1980:164)

48 Pódagra (proviene de *pous*, *pódos*, pie, y *ágreo*, prender, agarrar). Término empleado entre los siglos XVII al XX para referirse a la enfermedad de gota, y especialmente cuando se padece en los pies. (ALONSO, 1958, III:3329)

El colegio de Santiago del Estero

Cuenta con diez sujetos de los nuestros, de los cuales dos sirven de maestro de primeras letras y de profesor de gramática.

Harto trabajo tenían allí los nuestros con aquella epidemia que no dejó incólume a ninguna ciudad, teniendo que socorrer también a los muchos que por su miseria estaban refugiados en las selvas y a lo largo de los ríos; lo mismo a los soldados que estaban luchando con la terrible peste, teniendo cada uno de los padres que trabajar como con cien manos. Pero no era de balde aquel trabajo, teniendo uno de ellos que oír más de sesenta confesiones generales, y otras de muchos años atrás, por lo envueltos en los vicios que estaban los pobres.

Uno de nuestros misioneros encontró un día en el viaje a dos indios, escapados del pueblo por miedo de la peste. Se aprovechó el padre de la ocasión para aconsejarlos que procurasen la salvación de sus almas, para que no huyendo de un peligro, cayesen en otro mayor, ya que casi toda la Provincia perecía por la peste, siendo una buena confesión [f.7] la más prudente prevención en tan inminente peligro de muerte ¡cosa extraña! Cada uno de los dos tenía que morir pronto allí mismo, pero de muy diferente manera. Uno siguió el consejo de su padre y murió confesado; el otro no hizo caso de los consejos y murió en sus pecados.

Castigó el Cielo a una señora distinguida la cual, aconsejándola buenamente su piadoso director espiritual, que se acostumbrase a la frecuente comunión y que dejase el exagerado lujo, en especial durante esta calamidad, ella se enfadó y se separó por completo de los nuestros. Un día estaba charlando con sus amigas, cuando de repente, en medio de las risas, y sin ninguna señal de procurar su salvación, cayó muerta. Esta repentina muerte impresionó tanto a los que la presenciaban, que les sirvió a procurar su salud con más diligencia. Se advirtió, en especial, con admiración que una de las presentes muy descuidada y muy vanidosa se convirtió por completo, siendo dirigida espiritualmente por nuestros padres.

Necrología del hermano Claudio de Flores

Allí mismo concluyó sus días, a la edad de noventa años. Era belga de nación, y había entrado a la Compañía a la edad de cuarenta años, donde vivió otros cincuenta más, una vida muy religiosa, siendo manso y humilde, muy piadoso y muy obediente. Se sujetó espontáneamente en lo ordenado tocante al bonete; siendo un solícito administrador de la estancia, por la cual se pudo mantener el colegio holgadamente.

Trabajó infatigablemente hasta que la parálisis lo inutilizó, conformándose con la voluntad de Dios y tomando su enfermedad como de la mano del Señor. Lleno de méritos y recibidos los últimos sacramentos se fue al Cielo, para recibir el premio del buen obrero el año 1660.

[f.7v] Necrología del padre Juan de Humanes

Murió el mismo año el padre Juan de Humanes, nacido en Stropota, de la diócesis de Toledo. Le había profetizado su llegada a estas partes de las Indias el venerable Alonso Rodríguez, lo mismo que sus futuras hazañas apostólicas para la salvación de las almas.

Ganó en probabilidad la profecía del hermano por el éxito del recién llegado misionero, tanto en el púlpito como en el confesionario, y en las misiones rurales, las cuales emprendió a cualquier temporada, fría o caliente. Logró acercarse, aunque con peligro de vida, a los salvajes que viven en la región de los lagos de Mendoza, para predicarles el Evangelio, tarea que hasta entonces ni los más celosos misioneros se habían atrevido a emprender por el bajo nivel de la inteligencia de aquella gente, y su desenfrenado amor a la libertad, por lo cual al partir hacia allá muchos lo querían detener.

Era siempre muy caritativo, de gran mansedumbre, de trato finísimo y sufrido en las injurias. Voy a referir un caso típico, que hace inolvidable la mansedumbre del padre. Fue insultado e injuriado un día de un modo feo e hiriente por un individuo insolente, el cual después de expulsado de la Compañía, como bien lo mereció, esperó un poco nuestro padre, dejando desahogarse al ofensor. Y entonces el padre, inocentemente injuriado, se echó a los pies del malhechor pidiéndole perdón, procurando aplacarle también con buenas palabras y donecillos devotos.

Omito otras muchas injurias sufridas por personas extrañas, las cuales no podían aguantar la seriedad de sus sermones. Era grande su familiaridad con Dios, para la cual se reservaba gran parte de la noche, hasta el tiempo de la acostumbrada meditación matutina. Decía la misa con gran fervor, deseando ardientemente comulgar hasta durante su grave enfermedad, arrastrándose a este fin, como pudo, a la iglesia. Todavía en la víspera de su muerte, pidió que le llevasen a la iglesia, teniendo por indigno que se le llevase al Señor Sacramentado a su aposento. Cumplió [f.8] el superior la humilde suplica del padre. Fue llevado a la iglesia y recibió allí mismo el Santo Viático. Devuelto a su aposento, esperando en la cama su último momento ya cercano como sentía. Al amanecer el día siguiente, plácidamente expiró el 30 de julio de 1660.

El colegio de Buenos Aires

Cuanto en todas partes se nota el fervor religioso de los nuestros, aquí se despliega todavía más, ya que se les ofrece mucha ocasión para esperar una cosecha espiritual muy abundante. Pues, aquí toman puerto muchos extranjeros viajeros con sus naves cargadas con esclavos negros, que se hallan en un estado muy triste. Además hay aquí muchos indios pobres, enfermos y moribundos, a los cuales asisten únicamente nuestros padres en su último trance, procurándoles hasta la sepultura. A todos estos recién llegados

e indios pudieron socorrer espiritualmente nuestros padres, no obstante que precisamente aquel personaje que los debía apoyar en sus empresas, los criticó y calumnió. Este estado de cosas no los detuvo de la enseñanza del catecismo proporcionada a los niños, a igual las primeras letras y de la gramática, creciendo todavía su trabajo benéfico por la recién fundada cátedra de teología moral. Son quince los sujetos de esta casa, destinados fuera de los ministerios ya mencionados, a predicar y confesar.

Un día se había desembarcado en este puerto cierto criminal, el cual estando entre los moros había apostatado, dejándose conducir como ellos y entregándose a toda clase de vicios. Asistió una vez a un sermón de uno de nuestros padres, en el cual este explicó la fealdad del pecado y sobre los castigos que esperan a los pecadores en el infierno, no olvidando, al declamar, de acordar al auditorio de la infinita misericordia de Dios para con los pecadores arrepentidos. Al oír esto aquel pobre pecador sintió tan grande arrepentimiento que se echó a llorar amargamente por los estímulos de su conciencia, no perdiendo la esperanza de su salvación. No pudo sufrir más el triste estado de su alma y confesó todos sus innumerables pecados al orador, el cual por su severo sermón le había abierto las puertas del Cielo, estando el convertido firmemente resuelto a reformar su vida y a vivir cristianamente. [f.8v] Otro día se desembarcó allí un hereje muy ilustrado, uno de los predicantes [o pastores] de aquella secta. Se enfermó este gravemente, quedando postrado en cama. No quiso prestar oído al consejo de sus compañeros de viaje católicos de arreglar su conciencia, y persuadido de su ilustración los despreció como ignorantes. Comenzó a visitarlo uno de nuestros padres, mostrándole afecto y conmiseración, y prestándole los servicios que pudo. Poco a poco tocó asuntos religiosos, pero sin resultado. Después de haber insistido en ellos con más energía, sin lograr efecto, no quiso ya perder inútilmente el tiempo, limitándose a encomendar el caso a Dios, el cual oyó las suplicas de su siervo. Pues sucedió que fue suplicado este padre por algunas personas extrañas a asistir a cierto enfermo moribundo. Volviendo a casa pasó

por delante de la habitación del pastor protestante, preguntando en la puerta cómo se hallaba el enfermo. Le dijeron que ya estaba para expirar. Tomó ánimo para hacer una última tentativa de convertirlo. Esta resolución era la salvación del pobre enfermo. Su vista estaba ya desvanecida, pero oyó lo que sugería el padre piadosamente, escuchándole con agrado. Preguntándole el padre si detestaba sus errores heréticos, lo afirmó entre lágrimas, declarando delante de los presentes que se arrepentía de su falsa religión y de sus pecados pasados. Fue recibido formalmente al seno de la Iglesia y después de una confesión general recibió los últimos sacramentos y murió en paz.

Muy notable también era el caso siguiente. En la casa de cierto español había un indiecito enfermo, de seis años de edad, casi consumido ya por la fiebre. Pidió este con instancia a su amo que le llamase a aquel padre que solía confesar a los indios, porque también él quería confesarse. El caballero estaba dudando de que este niño fuese capaz para poder confesarse, y llamó a otro sacerdote. Al llegar éste, se puso triste el niño enfermo y no quiso tranquilizarse, hasta que vio delante de sí con sus ojitos al tan anhelado padre de los indios. Saltó de alegría de su lecho al oír su voz y dijo con expresión a los que le rodeaban, como si fuese viejo y no niño: a estos padres quiero yo, a éstos hice llamar [f.9] pues, éstos nunca se molestan de ser confesores de nuestra raza despreciada. Dicho esto se confesó con el padre muy juiciosamente, y con sentimiento de hombre maduro. Pocos días después, esta alma pura voló al Cielo, habiéndose acrecentado mucho por eso el afecto de los amos hacia la Compañía.

Cierta señora, muy mundana y de costumbres libres, se había convertido tan sinceramente que aborrecía su anterior locura y prefería los consuelos de la Sagrada Misa a los regalos de los reyes, pasando días enteros orando en nuestro templo, hallándose allí de tal modo satisfecha que le costaba apartarse de él para volver a casa. Uno de los padres quiso averiguar el motivo de esta repentina mudanza de vida. Le contestó aquella: le debo ante todo a Dios, y después a

sus padres, los cuales, durante la Cuaresma, tan enérgicamente han predicado la religión que me sentí totalmente abrazada por el deseo de servir a Dios. La animó el padre a ser constante en sus buenos propósitos y realmente, hasta ahora, lleva una vida muy ejemplar.

Los difuntos de este colegio

Murió en este colegio el padre Pedro de Helgueta, profeso de cuatro votos, a la edad de 68 años. Era natural de Pamplona, viviendo cuarenta y cuatro años en la Compañía y veintisiete después de su profesión. Le había llevado el deseo de hacer su fortuna por mar a la capital del reino del Perú, entrando allí a la Compañía con la intención de procurar más bien la salvación de las almas. De allí vino a esta Provincia, donde se le abrió un vasto campo para su celo apostólico y para enriquecerse con toda clase de virtudes. Fue nombrado sucesivamente rector de varios colegios, desempeñando su oficio con vigilancia y energía. Con incansable trabajo estudió la lengua de los esclavos negros, que gran número llegan a este puerto y a los cuales se hizo útil por entender su idioma. Soportaba el repugnante aspecto y el mal olor de esta pobre gente, dedicándose con entusiasmo a instruirlos en la religión católica. Lleno de meritos murió, recibidos oportunamente los Santos Sacramentos [f.9v], el 24 de agosto de 1659.

Necrología del padre Juan de la Guardia

El mismo año nos arrebató apreciado miembro de la Compañía. Había nacido en el pueblo de Estella Navarra en [la ¿Andalucía? ¿la Iberia?]. Había alcanzado cincuenta y siete años de edad, de los cuales cuarenta y uno pasó en la Compañía, y veintidós desde su profesión de cuatro votos. En toda su vida hizo grandes cosas para la gloria de Dios y honor de la Compañía, a la cual siempre

deseamos poder formar tales hijos ingeniosos. Desde su niñez se distinguía por su profundo entendimiento y su feliz memoria, honrando después a la Compañía en las cátedras de filosofía y teología, las cuales ocupó por muchos años. Se aprovechaban de sus conocimientos los obispos y gobernadores de la Provincia, que venían al colegio para consultar al humilde padre, el cual sabía desenvolver los asuntos más intrincados, siendo él más hábil que Aradne y Dédalo. Pero como las torres altas son más sacudidas por las tempestades, así a veces fue azotado por los vendavales airosos de cierto obispo, aunque quedó inmóvil por tener los fundamentos profundos de la humildad. Por este único hombre se perseguía apasionadamente a la Compañía entera.

El jefe de cierta iglesia le mandó comparecer cierto día, para que se sujetase con otros más de la Compañía, y diese prueba de su competencia para oír confesiones. Se le preguntó de un caso muy vulgar a lo cual contestó como convenía. Entonces comenzó a insultarle a gritos el obispo, como si se tratase de un ignorante: falso, falso; le sorprendí. Escuchó el padre inmóvil como una roca estas expectoraciones, así que los seglares que presenciaban la escena se admiraban de su modestia, porque conocían de antes el genio del obispo, el cual al entrar el buen padre a la residencia episcopal, le había recibido en presencia de muchos extraños, con estas palabras apasionadas: que él apreciaría más a otros sujetos de los cuales se sabía que no lo igualaban [al padre Guardia] a los cuales mencionó nominalmente, que no los conocimientos de este padre [f.10] que a todas luces superaban a otros menos doctos.

Contestó tranquilamente el padre: lo mismo pienso de mí, ilustrísimo señor. Omíto otras tentativas, por las cuales tampoco lograron abatirlo los poderosos de su paciencia en sufrir injurias. Nada le sorprendía ni inquietaba, cuando se trataba de atacar su honor; porque por su unión con Dios tenía un apoyo para hacer frente a las persecuciones.

Sus vastos conocimientos no le preocupaban tanto que no se dedicase con toda su alma a la salvación de los pobres negros, que

llegan en masa a este puerto. Para este fin, estudió la lengua de esta gente; así que pudo trabajar apostólicamente entre ellos, logrando poder bautizar buen número de ellos, abriéndoles así las puertas del Cielo. Por una caída del caballo había quedado rengo, por lo cual se servía en sus salidas del bastón, socorriendo a todos, tanto siendo rector como siendo súbdito. Sufrió además otras enfermedades y molestias hasta que descansó en el Señor, recibidos los sacramentos el 2 de enero de 1661 [sic, por 1660].

El colegio de Santa Fe

Mantiene este colegio nueve sujetos de los nuestros, entre ellos un maestro de primeras letras. Se trabajó con buen éxito. Hubo cierto aumento en el trabajo por el traslado de la ciudad a otro sitio, 12 leguas distante. Por las tempestades había salido de madre el río, llegando la inundación hasta los fundamentos de las casas los cuales una vez socavados por el agua cedieron amenazando su ruina

No hubo otro remedio sino que se escapase de allí toda la ciudad para retirarse a lugar más seguro. Pero no pudo realizarse esto de una vez, por falta del suficiente número de obreros. Es muy frecuentada esta ciudad por españoles e indios, los cuales en gran número bajan del Paraguay por el río Paraná para comerciar en especial la célebre yerba, que se produce por allá y cuyo consumo ha degenerado casi en vicio entre esta gente. Nuestros padres tienen que trabajar mucho para asistir espiritualmente a tantísima gente ya que otros apenas se ocupan de ellos. Muchos se dejarían de confesar, si no lo pudieran hacer con nosotros; y vienen de lejos sólo para buscar la tranquilidad de su conciencia a los pies de nuestros confesores. Muchos de los que antes huían de nuestras casas [f.10v] a consecuencia de las intrigas contra nosotros, se guiaron por esta nuestra solicitud a procurar mejor una salvación. Me abstengo a referir los frecuentes casos particulares de este género, para no fastidiar. Fueron atacados los nuestros por libelos difamatorios sin

que se defendiesen, ya que nadie creía estas enormidades y porque todo el mundo se edificaba por el buen ejemplo de nuestro silencio. Al contrario de lo que esperaban los adversarios, toda la ciudad se indignaba de la procacidad de los calumniadores de nuestro buen nombre.

El Colegio de San Miguel de Tucumán

Florece también aquí como en las otras partes el buen espíritu de la Compañía y de San Ignacio, no huyendo nadie del trabajo, al cual corresponde el abundante fruto y formando misiones rurales, tal vez en número excesivo, siendo tan pocos los operarios pero muy oportunos por el temible contagio que devastaba la región. Omito pormenores, para contar un caso de singular protección por parte de San Javier. Uno de los padres estaba gravemente enfermo y sufría gran dolor al pensar que así, en este estado, no podía socorrer a los apestados. Por esto levantó sus ojos cansados a San Javier suplicándole, si era conforme a la voluntad de Dios que le prolongase un poco la vida para poder servir a esta pobre gente y prometiendo, al mismo tiempo, en acción de gracias ciertas oraciones diarias. Oyó San Javier esta suplica y consiguió, por intercesión de Dios, que pronto se restableciera el enfermo, el cual fue pasando largo rato en el templo para dar gracias al Señor con admiración de todos dedicándose después con gran celo al peligroso servicio de los apestados.

Necrología del hermano Gregorio Proaño

El hermano coadjutor Gregorio Proaño murió a los cincuenta y seis años de edad, y treinta y seis de la Compañía. Prueba de que había hecho grandes progresos en la vida espiritual, eran en especial, dos virtudes [f.11] tan arraigadas en su corazón que ejercía [como

automáticamente] durante todo el tiempo de su enfermedad mental, y era su obediencia ciega y su amor a la pureza, la cual se manifestaron por la modestia de los ojos y su compostura, así que, como si fuese sano, pudo servir de portero y compañero de los confesores llamados por enfermos. Murió el 30 de agosto de 1659.

El colegio de La Rioja

No hay nada de particular que decir de allí ya que también exigió el cuidado de los apestados mucho trabajo; lo mismo las misiones rurales que casualmente se ofrecían, para procurar la salud de los calchaquíes rebeldes de la vecindad.

En las vísperas de la fiesta de Nuestro Santo Padre San Ignacio, oyó una mujer enferma el alegre repique de las campanas y preguntándole ella, que significaba esto, supo que era para anunciar la fiesta de San Ignacio de Loyola. En su gran devoción que tenía al Santo, le sobrevino un gran deseo de asistir a las funciones sagradas de nuestra Iglesia y recibir los Santos Sacramentos. Pidió esta gracia de San Ignacio, y al instante sintió, como se le devolvía el uso de sus miembros, del cual estaba privada ya por dos años enteros, estando ella todo este tiempo postrada sobre su cama de pellejos.

El colegio de Salta

Algunos de los celosos sujetos que viven en este colegio, salen de este centro con valor e intrepidez para las misiones de las vastas regiones de los calchaquíes, pulares, huamacas y luchinanes, a donde son llamados frecuentemente...habiendo ellos logrado ya muchos gloriosos triunfos sobre el príncipe de las tinieblas. Pero se destruyó la esperada abundante cosecha por un embaucador español, el cual se hizo proclamar Inga de los calchaquíes, nombre que dan a su rey. Después de haberse insinuado bastante en

los ánimos de los bárbaros, los sublevó contra el nombre español. Por lo cual, tenían que retirarse nuestros padres de su amada misión, donde habían predicado el Evangelio por catorce años, ya que peligraba su vida, siendo la misión asaltada por los bárbaros rebeldes. Pudieron escaparse incólumes, con excepción de uno que fue herido gravemente.

El gobernador de la Provincia movilizó un ejército [f.11v] y emprendió una expedición militar para castigar a los rebeldes. Pidió el gobernador al mismo tiempo algunos padres para capellanes militares, testificando él mismo la benéfica labor de ellos, por medio de una carta al padre provincial de entonces, atribuyendo el buen éxito de la expedición en especial a la aceptación de la cual gozaban los padres entre los bárbaros, alabando al mismo tiempo sobremana la modestia de los padres y su prudencia, de la cual prometió informar favorablemente también al consejo de Indias, como lo hizo; y añadió en su informe que amenazaba ruina toda la Provincia por esta conjuración, la cual en caso de no haber sido atajada se hubiera extendido a las naciones vecinas, si allí no hubiera estado la Compañía.

Aunque refrendados por las armas se aburrieron pronto otra vez, y del mismo modo, los inconstantes indios. Por la guerra y las invasiones sufrieron muchos quebrantos nuestros bienes, siendo las construcciones campestres destruidas, las cosechas o arruinadas o abandonadas y robado todo el ganado durante estas revueltas. Por real cédula fue ordenado al gobernador volver del puerto de Buenos Aires para socorrer a los afligidos. No volvió acá sin pedir a mí los mismos padres, que antes eran sus compañeros y confidentes, a los cuales creía indispensables para el buen éxito de la empresa.

Ya el resultado de la primera expedición causó grandes trabajos para los nuestros, hijos de San Ignacio, pues, más de cien familias fueron desterradas de su país natal montañoso, para vivir en campo abierto en las cercanías de Salta, repartidos por las aldeas, para que más difícilmente se pudiesen sustraer del servicio personal pactado. Correspondió a nuestros padres el cuidado de los muchos

enfermos que hubo enseguida entre ellos, muriendo no pocos. A los demás instruían en la doctrina Cristiana, y a los moribundos administraban el Santo Bautismo. Fue recomendado por el obispo también a los superiores de otros colegios el cuidado de los pobres desterrados, lo cual se hizo fructuosamente en todas partes.

Hay que mencionar todavía la misión de Jujuy, ciudad española muy afecta a nosotros por los servicios que le prestamos. Por lo mismo insisten aquellos habitantes en querer construirnos un colegio, con tal que haya permiso para ello.

Murió en esta misma ciudad de Jujuy el padre Baltasar de Abadía, natural de Zaragoza a los 59 años de edad y treinta y dos de Compañía, profeso de cuatro votos, un campeón veterano hasta la última fibra, aunque débil de constitución. Pues [f.12] por falta del suficiente número de operarios evangélicos, él sólo quiso recoger aquella copiosa cosecha, predicando incesantemente día y noche con energía, contra los vicios que devastaban la viña del Señor. Al bajar del púlpito, muchos impresionados por el fuerte sermón le suplicaban los oyese en confesión. Habíase aumentado el número de los penitentes por los mercaderes, los cuales bajaban por allí del Perú, así que no le quedó momento de descanso por las muchas confesiones que tenía que oír. Al fin sucumbió al trabajo, quedando postrado en cama por una grave enfermedad de riñones. Lleno de méritos se fue al Cielo, quedando la ciudad entera sumergida en llanto, perseverando hasta hoy allí la memoria de su virtud y santidad, y en la Compañía el recuerdo de su eminente talento oratorio.

Siempre ha sido un buen religioso, muy amante de la pobreza, pidiendo a los superiores permiso para las cosas más insignificantes, obediéndoles con prontitud, no quejándose siquiera en su última enfermedad, consecuencia del excesivo trabajo impuesto a él por los superiores. Era siempre muy devoto a la Madre de Dios, la cual le alcanzó en recompensa una feliz muerte, luego de recibir los sacramentos el 8 de abril de 1659.

Murió en Salta el hermano coadjutor Domingo Soares⁴⁹, natural de Portugal a los 63 años de edad, pasando casi la mitad en la Compañía donde llevaba una vida muy abnegada, venciendo a sí mismo como había vencido al enemigo, mientras peleaba en las filas del rey terreno, distinguiéndose entonces por su pericia militar y su valor largamente recompensado. Entrado en religión, se distinguió por su desprecio del mundo y por la regular observancia más cumplida; hasta que rico en méritos y bien asistido, descansó en paz el 30 de agosto de 1659.

El colegio de la Asunción

De los doce sujetos de aquel colegio, tres están ya imposibilitados para el trabajo [f.12v] por ser ancianos tullidos o ciegos. Hay entre ellos también un hermano escolar dedicado a la enseñanza de gramática, soportando los demás todo el grave peso de los ministerios sacerdotales, siendo esta ciudad la más poblada de la Provincia y nuestra iglesia muy concurrida, especialmente con ocasión de los días festivos. Pero por desgracia a muchos habitantes no pueden servir los padres, no por negligencia de los nuestros los cuales se multiplican, por decirlo así, para poder oír las confesiones de todos, sino por el insuficiente número de operarios evangélicos, siendo a veces el mismo rector obligado a prescindir del gobierno de la casa para acudir a los moribundos que le llaman.

El colegio se libró ya de deudas, teniendo lo suficiente hasta para dar abundantes limosnas; después de haber sido tan acre y vergonzosamente hostilizado en los días pasados hasta la total ruina de su fortuna, siendo nuestros padres expulsados de la ingrata ciudad.

49 El hermano Domingo Soares (castellanizado Soares) nació en 1605 en Varelos, Portugal e ingresó a la Compañía de Jesús en 1632. Llegó a Buenos Aires el 20.XII.1636, tomando sus últimos votos en Encarnación el 25.X.1648. Murió en Salta el 2.XI.1663. (STORNI, 1980:272)

Los perseguidores de la Compañía son gravemente castigados por el Cielo

Llamó mucho la atención entre la gente, que de los 20veinte que nos habían calumniado de palabra y por escrito han escapado hasta ahora sólo tres del castigo de Dios; mientras todos los han pagado muy caro el habernos deshonrado por la maledicencia. Así por este castigo del Cielo y además por las investigaciones de dos visitantes reales, se hizo patente de sobra la inculpabilidad y el correcto modo de proceder de los de la Compañía. Sólo dos testimonios presentaré que el Cielo inexorablemente arrancó de la boca de los émulos, porque se acomodan más a esta relación.

Dos caballeros distinguidos se presentaron delante del señor oidor de la real audiencia de Chuquisaca, Don Juan Blázquez de Valverde, llegado aquí con el cargo de visitador alegando sus conocimientos técnicos en constatar minas de oro, según se decía, ocultada en aquellos parajes. Al instante los contrató para compañeros y prácticos en su proyectado viaje de exploración. Pero apenas había llegado la comitiva a la primera reducción, la de San Ignacio, cuando el primero de estos caballeros malévolos se atrevió a burlarse de la piedad de los indios que frecuentaban la iglesia; al instante le sobrevino un grave accidente, tanto que el señor oidor le tuvo que despachar a su casa para poder ser atendido. Pero, por la Justicia de Dios, antes que llegara a su casa murió miserable e impenitentemente [f.13] aunque le sugerían sus compañeros que se arrepintiera, siendo además excomulgado según las severas disposiciones de la Bula Pontificia: *In coema Domini*.

El calumniador sobreviviente después de haberse registrado toda la comarca en cuestión, comenzó a temer para sí y se disculpó diciendo que se había equivocado en suponer por allí ricos yacimientos de metal, y siendo su error imperdonable, se sentía responsable delante de Dios y de la Iglesia. Se echó a los pies del confesor con un torrente de lágrimas y tal sentimiento de dolor que

cayó al suelo como fuera de sí. Sin embargo pronto se completó la justicia de Dios muriendo él pronto repentinamente.

Por lo demás, resultó del trabajo de los nuestros en esta ciudad, abundante fruto tanto en la enseñanza del catecismo para los niños como por las misiones rurales de cada año. Un niño de escuela de unos siete años encontró a unos malhechores atrevidos en casa y al verlos no cesó de llorar, hasta verse libre las vejaciones. [f.13v] Luego de haberse descubierto los hechos por el padre del niño los malhechores, recibieron su castigo; el niño expresó el deseo de no quedarse por allí hasta que no se dejaran de cometer dichas barbaridades.

Otro niño estaba acostumbrado a jurar por cualquier cosa al tiempo que todavía no frecuentaba nuestra escuela. Poco después se venció de tal modo por los buenos consejos del maestro que ya no pudo oír los juramentos proferidos de boca de otros, reprendiéndolos al instante. Bastan estas pruebas del buen resultado sacado de nuestra escuela primaria, y me quedarían muchos por referir habidas en las misiones rurales, las cuales son muy dificultosas por los malos caminos y tupidos montes infestados por crueles tigres muy abundantes en aquellos parajes. Por lo cual resultan más meritorios estos géneros de trabajos apostólicos.

Se juntan además en nuestra estancia cercana a la ciudad, muchos españoles de las estancias vecinas para oír periódicamente la Palabra de Dios predicada por nuestros padres. Estos, de vez en cuando, también se van a las parroquias administradas por sacerdotes seculares para socorrer espiritualmente a los indios de aquellos pueblos, y con muy buen resultado. Hubo muchos enredados por una vida criminal desde muchos años atrás, y ya desesperados de su salvación, a los cuales se les ha devuelto la buena esperanza y con ella procurado la eterna salvación. Otros, por falso pudor, no se habían atrevido a confesar todos sus pecados, se los libró de este lazo, ayudándolos a confesarse bien.

Había una mujer tan libidinosa y enredada en sus pecados, que no había esperanzas de que saliese de este fango sino por la

muerte. Buscaba uno de los padres una ocasión para aconsejarla, siendo ella bastante instruida de sus deberes cristianos. Un día estaba ella presente cuando el padre asistía a un moribundo. Advirtió el padre esta ocasión oportuna y la tomó con dos manos, se aprovechó luego de ella, oyendo aquella mujer que estaba sentada cerca, el camino por donde también ella podía salir. Al poco tiempo pasó por el confesionario del padre, para limpiar su alma. Lo logró y una vez en buen camino, guardó hasta ahora la pureza de su corazón.

Otra, también olvidada de su honra de mujer cristiana, por una grave enfermedad había vuelto a juicio prometiendo a Dios pasar santamente el resto de su vida. Por desgracia cayó otra vez en pecado, huyendo por cuatro años el encuentro con nuestros padres, hasta que otra vez enfermó gravemente. En esta circunstancia, al fin, hizo llamar nuevamente a uno de nuestros padres para arreglar su conciencia [f.14] estando ella ya para morir. Era bastante joven todavía, pero no quiso vivir más para no ser otra vez infiel a sus promesas. Así, bien dispuesta, murió en paz quedando muy consolado el confesor.

La reducción de los itatines

Es muy extensa la región de los itatines y muy fuerte para el cristianismo, habiendo allí derramado su sangre el padre Pedro de Romero⁵⁰ y su hermano compañero Mateo Fernández⁵¹. Por ahora hay que prescindir de los campos donde se espera una rica cosecha de almas, ya que hay todavía gran falta de obreros evangélicos; mientras tanto se cultivan con gran éxito las dos florecientes reducciones que

50 El padre Pedro Romero nació en Sevilla, España, en 1585; ingresó a la Compañía de Jesús en 1607 en Paraguay. Llegó a Santiago de Chile en 1607 y recibió el sacerdocio en 1611 en Santiago del Estero. Sus últimos votos los adquirió en Encarnación. Fue superior de los guaraníes entre 1631-1636 y fue mártir, junto al padre Mateo Fernández en Itatín, Paraguay, en 1645. (STORNI, 1980:249)

51 La única noticia que conocemos del padre Mateo Fernández es que fue mártir junto al padre Pedro Romero, por parte de los indios itatines el 22.III.1645. (STORNI, 1980:99)

la solicitud de nuestros padres supo juntar, y donde hay unas 4.000 almas ya tan bien arraigadas en la fe que pueden avergonzar a los cristianos viejos de otra parte. Hay otros indios refugiados en las selvas en busca de los cuales salen los padres, siguiendo con gran trabajo sus pistas, para cazarlos como si fueran fieras en las selvas casi impenetrables. Son tan afectos estos indios a los padres que si se ofreciera el caso, con gusto darían su vida por ellos.

Un día se les quemó a los padres su humilde habitación estaba en ella durmiendo uno de ellos que apenas pudo escaparse de las llamas socorrido por los indígenas, los cuales se mostraban más interesados por la vida del padre que de la suya. Y ¡cosa maravillosa! de los ajuares que se pudieron salvar del incendio, no faltó ni lo más insignificante, cosa más notable con su afán de poseer estas menudencias como cuchillos, anzuelos, agujas y alfileres, y otras de estas cositas muy apreciadas entre ellos. Lo guardaron todo en sus respectivas casas y lo devolvieron todo al amanecer. No sólo son ellos muy inclinados a servir a Dios Nuestro Señor, sino también son fieles vasallos del rey de España, como no hay otros. Lo testificó, entre otros, don Alonso Sarmiento⁵², gobernador del Paraguay, con ocasión de una visita oficial en aquellas reducciones [f.14v] acompañado de otros muchos caballeros distinguidos del Paraguay. Al acercarse él con su comitiva al pueblo de indígenas, encomendado a un sacerdote seglar, estalló la conjuración mucho tiempo antes preparada, de aquellos cristianos sólo de nombre. Sorprendido por esta inesperada rebelión, hubo de servir al gobernador y a su comitiva la Iglesia como fortaleza. Pero pegaron fuego al techo los rebeldes, quedando los encerrados expuestos a la intemperie y atacados de una lluvia de proyectiles, arrojados desde las trincheras que los bárbaros habían levantado en frente de los asediados; aunque las bajas entre los rebeldes eran más numerosas. Ya caían los rodeados de ánimo, después de una defensa de cinco días y noches, sufriendo ellos

52 Alonso Sarmiento de Figueroa. 1659-1664. A pedido de la Audiencia de Charcas, para que el oidor Valverde se restituyese a su cargo, el virrey lo nombró interinamente gobernador, por provisión de Lima del 28.III.1659. Tomó posesión el 24. IX.1659.

hambre y sed y no habiendo esperanza de romper por medio de tanta multitud de indios armados, mucho menos estaban lejos de la capital del Paraguay, no pudiendo ellos ni siquiera despachar un mensajero. En este terrible trance aconteció que llegó a estos la noticia de aquellos acontecimientos por medio de un cacique, amigo de los indios reducidos nuestros, y al instante se movilizó una expedición de socorro, la cual a marcha forzada se acercó al lugar del siniestro, acompañada por nuestros padres como capellanes militares. Dos días después cayeron nuestros indios inesperadamente sobre los rebeldes y abrieron brecha al cerco, salvando a los españoles que ya se tenían por perdidos. Sin demora persiguieron al enemigo en su fuga, capturando y castigando a muchos de los rebeldes. En su informe al rey ensalzó mucho el gobernador los méritos de nuestros neófitos, no olvidando las alabanzas los de la Compañía. Pronto hubo otra prueba de lealtad hacia el gobernador poniéndole a su disposición una tropa auxiliar de indios en su campaña contra los guaycurús, atribuyendo después este caballero español el feliz éxito de la expedición a los esfuerzos de los valientes indios de nuestras reducciones. Mientras tanto se abrió de nuevo un dilatado campo para poder desplegar el celo apostólico de nuestros misioneros con tal que se nos envíen en suficiente número.

Las reducciones y misiones de los ríos Paraná y Uruguay

Sino el loco furor de los brasileños en los años pasados hubiera estorbado nuestras buenas esperanzas por sus continuas invasiones, contaríamos ahora nada menos que unas cincuenta reducciones de indios en estas tierras. Pero una buena parte de ellas [f. 15] han sido destruidas por las invasiones del Brasil, las cuales se llevaron gran número de indios a la esclavitud. Lo que se escapó de la catástrofe, está repartido en veinte reducciones muy florecientes, a gran consuelo de los de la Compañía, afligida al acordarse de la desgracia de sus demás hijos espirituales, a los cuales había ganado

por la fe con tanto sudor y trabajo. Parece que ha vuelto aquí el fervor de los primeros cristianos, siendo desterrados de esta pobre gente los antiguos vicios de la ebriedad, idolatría, hechicería y deshonestidad, que todavía se nota en los indios infieles. No habrá otra nación más dócil a la Ley Evangélica, siendo ella de costumbres tan puras, que muchas veces estos indios no saben de que confesarse sino de las faltas que habían cometido en su ciega gentilidad, no habiendo abierto sus ojos más pronto a la luz de la verdad, y demorándose un poco en sujetarse a la Ley Cristiana. Son muy aficionados a recibir los Santos Sacramentos a los cuales se acercan con gran reverencia. Mandé una vez a los padres que me enviasen la estadística del número de comuniones y confesiones de cada año, y resultó haber realizado más de 90.000 comuniones y más de 200.000 confesiones. Son además muy devotos de la Santísima Virgen y cuando alguno logra ser admitido a la congregación mariana, se tiene por muy dichoso y no se recibe en ella a nadie sin mil pruebas de ser digno de un honor tan grande.

No marchan a sus tareas agrícolas sin haberse fortalecido por la asistencia a la Santa Misa. Del mismo modo al volver del campo se van primero a la iglesia para rezar de rodillas el rosario de la Virgen. Los pormenores resultarán de la descripción de cada una de las reducciones en particular.

La reducción de San Ignacio

Esta reducción se halla entre la capital del Paraguay y el río Paraná, y es muy frecuentada por los viajeros transeúntes, los cuales quedan maravillados de la hospitalidad de estos indios y de su religiosidad, y adonde quiera que después se encaminan [f.15v] no acaban de alabarlos por eso. Felizmente no les hace daño en su religiosidad el frecuente roce con los españoles; al contrario, resultaron algo más formales y cultos. Se halla en aquella reducción una pintura al óleo de las penas del infierno, la cual ha conmovido

mucho a los que la contemplan a llorar sus pecados, a confesarlos y a llevar una vida más cristiana.

Cierto indio vio en sueño tal retrato del infierno y como estaba en estado de pecado, apresuradamente se fue a confesarse de lo que por muchos años había ocultado en las anteriores confesiones.

La imagen de Jesús Nazareno con la pesada cruz a cuestas y bañado en sangre, profundamente inclinado debajo esta carga, se hizo ver a un moribundo, al cual, el aspecto le impresionó tanto, que al instante hizo llamar al padre misionero a quien contó la visión. Le aconsejó este a examinar con esmero su conciencia. Lo hizo aquel y se confesó de lo que antes había omitido muchas veces, y así bien preparado murió santamente pronto después.

La doctrina de Itapúa

Brilla cada vez más en este pueblo la devoción a la Santísima Virgen y al Santísimo Sacramento de la Eucaristía, correspondiendo el Cielo a esta devoción de los indios con frecuentes prodigios.

Se contaron quince casos de protección de la Virgen en inminente peligro de muerte y el doble número de casos semejantes, a consecuencia de una devota comunión, lo cual todos atribuyeron a una especial intervención del Cielo. Suelen servirse de pequeños objetos de devoción como remedio en sus enfermedades, aprobando Dios su fe con un buen resultado. Así hubo una india a la cual se le había hinchado la garganta y estaba a punto de sofocarse. Le pusieron un poco del aceite de la lámpara del santuario y ¡cosa maravillosa! acudió al socorro de la pobre india el Señor de la Vida...y por su potente mirada [f.16] al instante desapareció el tumor de la garganta en presencia de muchos, sanando aquella por completo.

Estaba ya agonizando un niño con su cuerpo destrozado, y no menos desgarrado de compasión estaba el corazón de su padre, cuando se le ocurrió la buena idea de ir al padre cura párroco para pedirle el corporal, sobre el cual estaba colocado aquel día de jueves

el cuerpo del Señor Sacramentado. Condescendió el padre a aquella piadosa súplica y consiguió el indio luego la salud de su hijito, con sólo tocarle con el paño sagrado.

Sufrió una india grandes dolores de garganta y no quiso ella aplicarse otro remedio sino el agua bendita. En vano había ella pedido entre lágrimas que le trajesen un poco de esta agua de la iglesia, porque nadie de su casa quiso molestarle. Entonces ella pidió que se sumergiese en agua la vela bendecida en la fiesta de la Candelaria. Tomó enseguida el agua y habiéndola bebido, cesaron los dolores. El mismo efecto eficaz tuvo la imposición y rezo del Evangelio sobre los enfermos. Igualmente benéfica le era su devoción a nuestro Santo Patriarca Ignacio, especialmente al tiempo de una epidemia que atacaba a las criaturas y había hecho ya grandes estragos. Resolviéndose las madres a ayunar en las vísperas de la fiesta de San Ignacio, cesó el flagelo.

También el Apóstol de las gentes, San Javier, mostró en el pueblo el efecto de su poderosa intercesión. Estaba para arruinarse la cosecha por una invasión de orugas y langostas, como había sucedido ya muchas veces, originando esta plaga una carestía y hambre entre esta gente pobre. Al primer amago de esta calamidad, colocaron los indios por los campos unos papeles, en cuales estaba escrita la súplica: *San Francisco Javier, ruega por nosotros*. Santo remedio contra esta clase de plagas; pues, no se habían equivocado estos agricultores, ya que las sementeras prosperaron admirablemente, y lo curioso del caso [f.16v] era que después de tempestades y lluvias se hallaron intactos aquellos papeles.

La reducción de la Virgen de Loreto

Esta reducción es la más antigua de las que anteriormente se habían fundado en el Guayrá. Así se explica que el pueblo de Loreto es el más religioso, el cual con su ejemplo arrastra a todas las demás reducciones de indios. Parece que estas últimas tienen por honra

el conformarse con el criterio y ejemplo de los de Loreto. Siento mucho que, por el reducido espacio de unas Cartas Anuas, no puedo especificar bastante lo mucho que merece mención. Pero sería injusto no referir a lo menos un poco de las hazañas de Loreto.

Caminaba un día un pobre indio río arriba para recolectar yerba paraguaya para el comercio. Estaba ya muy apartado de sus compañeros, buscando una presa para su sustento. Perdió el rumbo en la espesura del bosque. Procuró desenmarañarse de este laberinto de árboles buscando algún vestigio, mientras también sus compañeros registraron la selva para hallar al extraviado, y esto por dos días enteros, encontrando ellos al fin los restos de un ser humano, desgarrado y comido por uno de estos tigres que abundan tanto en aquellas tierras. Atribuyeron aquellos huesos a su compañero y teniéndolo por muerto desistieron de sus investigaciones. Siguió errando el pobre en aquella soledad por sesenta días, expuesto a los encuentros con las fieras. Sucedió entonces que algunos de los mencionados compañeros estaban ocupados otra vez en aquellos parajes, los cuales encontraron al desaparecido ya tenido por muerto, desfigurado, pálido y atenuado, postrado al suelo de debilidad, como esperando su último momento. Llenos de estupor le preguntaron, como era posible, en tal estado, escaparse de las garras de las fieras que no dejan ni un solo día con vida a un descaminado ya que no apetecen nada tanto como la carne humana [f.17]. Contestó el pobre: en realidad le habían asaltado varias veces los tigres, pero no pudieron hacerle nada ya que él se defendía con el rosario de la Virgen, que llevaba colgado al cuello y al cual no podían resistir las fieras. Dijo también que cuando le asaltaban, no decía nada más que: Marchaos a buscar otro pasto que os conviene más; pues a mí me formó el Creador no para pasto de las fieras, sino para que sirviera a Él y a su Madre, la Santísima Virgen María. Aquí tienen su rosario, ¡mirad esta arma! Y al oír estas palabras se escaparon las fieras. Nunca, dijo, perdí la esperanza de volver a mi pueblo, sano y salvo, llevado por la Virgen.

Cierto indio, arrastrado por la pasión carnal, se aficionó de una india procurando hacerla caer por medio de requiebros, prosiguiendo hasta amenazar de muerte en caso de resistencia. Se espantó aquella por semejante atrevimiento y contestó resueltamente, antes morir que cometer tal iniquidad. Añadió que tenga cuidado de no atropellarla sino quería provocar la Justicia de Dios y de la Virgen, a la cual se había consagrado. Se estremeció aquel perdido y se escapó apresuradamente.

Otra prueba del entrañable afecto de aquellos indios hacia la Virgen Santísima era el siguiente caso. Había la costumbre de rezar el rosario a la hora en que volvían de las faenas del campo de las afueras del pueblo, acercándose ya la noche para invitar a estos pobres labradores al descanso en su choza. Había advertido el padre que ellos estaban ya demasiado cansados por caminar tan lejos, y que por eso convendría que cada uno rezase el rosario en su casa; a lo cual contestaron ellos que el rosario [rezado en común] les daba más bien fuerzas nuevas y que no querían dejarse de esta costumbre. Tan profundamente está arraigada la religión entre esta gente.

No hay que dejar sin mención el hecho de que la estatua del Santo Padre Ignacio sudó copiosamente al tiempo que se estremecieron los restos del venerable padre Antonio Ruiz, depositados en este pueblo. La noticia de este acontecimiento llenó a todos, presentes y ausentes, con admiración y santo temor. **[f.17v]** Pues se tuvo este caso por una advertencia del Cielo de que se estaba acercando cierto castigo de Dios, cual querían alejar de su pueblo por medio de rogativas y penitencias públicas. En realidad estaba acercándose aquella peste fatal, la cual había hecho tantos estragos en Buenos Aires. Pero Dios detuvo los pasos de ella para que no pudiese dañar a esta buena gente. Atribuyeron toda esta gracia a la poderosa intercesión de San Ignacio.

Compendio de la vida del padre Juan de Hornos⁵³ sepultado aquí

Suelen ocultar debajo el manto de la humildad, los varones ilustres, las prerrogativas otorgadas de la liberalidad divina ellos, para no llamar la atención de los extraños, hasta que Dios mismo las revela resultando ellos tanto más esclarecidos. Así el padre Juan de Hornos escondió durante su vida los abundantes dones celestiales lo mismo que sus grandes virtudes, siendo él uno de los padres profesos más antiguos.

Era verdaderamente un varón apostólico muy laborioso en la evangelización de los indios habitantes de los dilatados campos del río Paraná. Pero cuanto más se empeñó en ocultar sus méritos, tanto menos pudo impedir a la larga que estallasen los fulgores reprimidos de su alma, como si el Cielo hubiera sacudido la ceniza y atizado la llama ocultada por el silencio...disponiendo que se abriese la tumba del padre. Pues sucedió que hubo que hacer unas obras en San José ensanchar el templo y con esta ocasión pensaban los padres trasladar los restos del difunto padre Pedro Márques⁵⁴, el cual estaba sepultado en San José, a la iglesia de Loreto. Al cavar encontraron un ataúd, el cual una vez abierto mostró un verdadero tesoro, el cuerpo incorrupto del padre Hornos, el cual no sólo no tenía ninguna señal de descomposición sino había conservado hasta el vivo color y buen aspecto de sus mejillas. Estaba íntegro, como si hubiera acabado de ser enterrado, aunque habían pasado ya catorce años de su muerte. Corrió luego la voz de este prodigio y fue ocasión de que cierto padre se acordase de que estaba en su poder un librito escrito por la mano del padre Hornos, en el cual había apuntes

53 El padre Juan Bautista Hornos nació el 16.VIII.1597 en Ventosa, Logroño, España. Ingresó a la Compañía de Jesús en Castilla el 24.III.1614 y llegó a Buenos Aires el 15.II.1617. Profesó sus últimos votos en Loreto el 1.X.1634 y falleció allí el 6.III.1648. (STORNI, 1980:143)

54 Pedro de Marcq nació en Lila, Norte, Francia, el 30.VIII.1611. Ingresó a la Compañía Galo-Belga el 2.X.1629 y llegó a Buenos el 28.XI.1640. Falleció en San José, actual Misiones, Argentina, el 1.VIII.1643. (STORNI, 1980:172)

autobiográficos, pero [f. 18] nunca lo había leído, porque se lo había prohibido el padre Antonio Ruiz, su director espiritual. Así quedaron ocultas aquellas preciosidades. Allí pues estaban registradas por el fervoroso padre, todas las gracias que recibieron con abundancia de la mano de Dios todos sus numerosos actos de virtud. De allí he sacado todo lo que voy a referir en estas cartas.

Era hijo de una familia distinguida de Castilla la Vieja y había nacido en 1597, fue bautizado el día de la Asunción, indicio de la predilección de la Virgen para con este su hijo, la cual más de una vez le libró del peligro de la muerte, y esto ya en su infancia, cuando apenas pudo caminar pues todavía no había alcanzado la edad de tres años, y ya tres veces estaba al punto de morir, pero cada vez se salvó por la manifiesta protección de la Virgen. A la edad de cuatro años, dos veces salió del peligro de ahogarse en el río. Pero más maravilloso es lo que sigue.

Ya era niño de siete años, cuando vio como algunos muchachos estaban nadando con mucha habilidad, echándose de mucha altura al agua. Muy imprudentemente, ya que no sabía nadar, quiso hacer la misma hazaña. Ya estaba tomando el asalto cuando observó que alguien le llamaba atrás. Se volvió hacia allá, y vio por allí a un joven de una extraordinaria elegancia. Se dirigió hacia él, pero él desapareció quedando el niño con el dolor de haberse ido esta aparición tan hermosa. Pero juntamente se le había desvanecido la gana de zambullir. Teniendo él entonces todavía por juicio, no pensaba más sobre este suceso. Más tarde, empero, se persuadió de que aquel joven extraño era su Ángel de Guarda.

Todavía muy niño se mostró muy devoto de la Virgen. Nunca dejó de rezar el rosario. El solo aspecto de la imagen de la Virgen le llenó de consuelo, a veces tan grande que no se lo puede describir como dijo.

A la edad de nueve años le enviaron sus padres a Belmonte, para estudiar allí la gramática [f. 18v] sin que menguase por eso su ingenua piedad, sino al contrario se acentuó más todavía. Tenía la costumbre de comulgar cada semana, después de haberse confesado.

Antes y después de irse a clase, se hincaba de rodillas delante de la imagen de la Virgen, pidiendo su socorro. Fue admitido a la congregación mariana, lo que le estimuló más todavía en el camino a la perfección, y siendo todavía casi un niño se ejercitaba en austeridades corporales de disciplinas y cilicios, con la intención de domar así las malas inclinaciones.

Otra vez le libró la Virgen del peligro de consumirse por el fuego, causado por el descuido de un compañero. Desde aquel tiempo solía llamar a la Virgen Santísima, su Madre.

A la edad de apenas once años se hizo paje en Murcia del ilustrísimo señor don Francisco Martínez, hasta entonces obispo de las Canarias, pero trasladado a la sede de Cartagena. Se dedicó mucho allí a la lectura espiritual, evitando las travesuras pueriles. Vivía muy retirado como si fuese ya un religioso, aunque todavía no había hecho elección de estado, ni se había resuelto a ingresar en una religión determinada.

Únicamente contra la Compañía tenía gran aversión, siendo el motivo el miedo de que una vez entrado en ella le enviarían a las Indias a las cuales aborrecía y mucho más el viaje hacia allá por mar; pareciéndole haber pasado ya por bastantes sustos de ahogarse en su niñez. Pero desde que un día había visto un novicio de la orden benedictina, muy flaco por sus austeridades, se sintió atraído a aquella orden por su propia predilección por una vida austera. Pidió ser admitido pero el superior respectivo no lo quiso recibir por temer que aquel tierno niño no tuviese suficiente fuerzas para eso. Desvaneciéndosele en adelante algo su gana de entrar en religión, pero en nada su amor al estudio y su devoción a la Virgen. Tampoco le abandonó el Cielo, pues cada vez que comulgaba le sobrevenía un fastidio del mundo, y un deseo de sustraerse de él de cualquier modo, y tan fuertes eran estas nociones espirituales [f.19] que se le fue toda afición a los goces mundanos y que se animó a hacer el voto de castidad, añadiendo el otro de rezar cada día el Santo Rosario. No se contentó todavía el Cielo con este sacrificio. El día de Pentecostés comenzó a sentir un irresistible deseo de entrar a la Compañía, lo

cual verificó al fin en Alcalá, a gran consuelo suyo. Soltó en ella los frenos de su fervor religioso, deseando alcanzar la cumbre de la perfección. Ya no hacía caso de los peligros de muerte que antes tanto temía, y anhelaba confiarse a la mar. No se tranquilizó hasta después de haber obtenido el permiso de los superiores de venir a estas tierras.

Llegado acá tuvo que continuar los estudios de filosofía, y concluidos ellos se le mandó interrumpir el aprendizaje por algún tiempo para dedicarse a la enseñanza de la gramática en la ciudad de la Asunción. Durante esta ocupación le vino repetidas veces la extraña idea que él era incapaz para proseguir sus estudios, queriendo comprobar a los superiores su insuficiencia para la carrera literaria.

Se añadió a este estado de ánimo su sequedad espiritual, aunque no omitía nunca los acostumbrados ejercicios de piedad. Atormentándole el escrúpulo de que tal vez había cometido una falta por la cual había merecido el castigo de esta turbación de ánimo. Al fin tuvo compasión la Virgen con este su hijo predilecto y no consintió ya en dejarlo en estas tinieblas. Mandó a los vientos y tranquilizó la tempestad en el alma de este buen joven y siguió tal consolación, como nunca había experimentado igual. Se halló completamente conforme en la voluntad de Dios para que disponga de él como le pluguiese. Pronto después dispuso la Divina Providencia que fuese enviado a Córdoba para estudiar teología. Tuvo que pasar en adelante por otros muchos desconsuelos, causados por ciertos temores. Pero se resignó a este sufrimiento de tal manera que decía a la Virgen: si esto me conviene aguantar en su servicio, Oh Madre Mía, entonces mándeme más y más de esta clase de amarguras, aunque no le guste a la naturaleza. [f.19v] Una vez ordenado de sacerdote pidió con instancia y consiguió ser enviado a las reducciones de indios. Llegado allí se distinguió por su espíritu religioso y celo apostólico, siguiendo su vida austera con las penitencias corporales. Tenía la costumbre de descansar de noche completamente vestido y cuando fue obligado a quitarse la ropa, no usaba de sábanas de lino sino descansaba sobre una tabla cubriéndose con una pobre frazada. Era

muy parco en la comida y bebida, acostumbrando repartir los platos en tres porciones, dedicando la primera y segunda a su Divina Madre con su Divino Hijo, reservando para sí la tercera; ni tomaba agua sin alabar a la Trinidad Santísima [¿persignándose?] y diciendo: bendito y alabado etc. y otras invocaciones. Declaró que en los primeros veinticuatro años de Compañía le era pesado levantar su espíritu a Dios, por lo cual se contentaba con la oración vocal. Un día abrió su corazón en una cuenta de conciencia al padre Antonio Ruiz de Montoya; y desde este momento quedó este último de director espiritual, muy experimentado, hacia las alturas de la perfecta oración mental, la cual le inundó con tan grandes consuelos que a veces quedaba como fuera de sí. Escogió para sus Santos Ejercicios o retiro anual la novena que precedió cada fiesta de la Virgen Santísima, haciendo cuatro meditaciones al día. En su avanzada edad todavía hacía los ejercicios de San Ignacio como preparación para todas las fiestas de la Virgen. Por estas altas contemplaciones fue llevado, como en hombros, a las cumbres de la más alta perfección y de una gran familiaridad con la Virgen. La Virgen se dignó a veces a aparecerle visiblemente, rogándola él que le manifestase con qué le pudiese servir a ella y a su Divino Hijo. Oyó ella su súplica [f.20] y mostrándosele muy glorioso, pidió tres obsequios en su honra y la de su Hijo: primero que cumpliese exactamente los deberes de su estado; segundo, que siempre se acordase de Jesús y de su Madre; tercero que siempre fuese hijo obediente de la Compañía. Estos avisos del Cielo le quedaron tan impresos como si lo oyese repetir cada día.

Corría un día la voz de que los mamelucos del Brasil habían asomado en las riberas del río Uruguay. Entonces el buen padre, solícito por el bien de los que le estaban encomendados y los cuales eran el blanco de aquella invasión acudió al santuario de la Virgen de Loreto donde había ya alcanzado mil favores de la Virgen, como él mismo se expresa en sus apuntes, consultándola cuál era la voluntad de Dios que hiciese él para alejar la inminente calamidad de los suyos. Mientras estaba fervorosamente suplicando que le escuchase

la Virgen, oyó él mismo perceptiblemente una voz que le parecía ser la de la Virgen: tenga cuidado de no fijarse en un semblante ajeno. Testificó que aquella falta, si lo era, le era hasta ahora desconocida, pero se resolvió enmendarla y luego entre grandes consuelos le vino la persuasión que aquella tempestad no causaría daño a nadie; y así sucedió, pues se disipó aquella nube, retirándose el enemigo sin haber invadido los pueblos; con lo cual se confirmó la esperanza en la protección de la Virgen en las pruebas más grandes todavía que esperaban a esta pobre gente. Y no parece que se haya equivocado.

En la fiesta de San Alejo, al cual era muy devoto, estaba diciendo la misa cuando al fin se le abrió el Cielo, el cual parecía habersele cerrado por algunas conjuras que sentía, inundándose su alma con luz y consuelo. Mientras decía en la misa el *Gloria*, le parecía ver a la Santísima Virgen, la Reina del Cielo, [f.20v] como sentada en un excelso trono con mucha gloria y majestad, disipando las nubes de su congojas y llevando su corazón colgado como una preciosa perla del cuello, y en el medio del corazón una brillante piedra preciosa, símbolo del amor. El siguiente día después de celebrar la misa, estaba sumergido en la contemplación sobre la dicha de haber recibido a nuestro Señor, cuando de repente le pareció ver a su propia alma en figura virginal, puesta de rodilla delante de la Virgen y su Divino Hijo, llevando puesta aquella piedra preciosa que había visto el día anterior, brillando de tal modo que se llenó de consuelo, que cada vez que se acordaba después de esto le parecía que le salía el corazón del pecho.

Tengo que suprimir para no alargar demasiado las Anuas otras muchas apariciones de la Virgen en las cuales ella le instruía hasta en prácticas religiosas muy minuciosas. Así esta cariñosa Madre le enseñó de qué modo quería ella le sirviese, aconsejándole que antes de comenzar el Santo Rosario, rezase a la Santísima Trinidad, a que le asistiese en la oración, lo mismo que suplicase a los Santos del Cielo que le acompañasen en su oración. Le dijo que guardase el orden de los misterios del rosario y que comenzase con la antifona: *Aperi, domine, in deum* y con el invitaterio: *Sabia*

mea inume anúnciate laúdes, et preconia Virginis Mariae. Con estas prácticas comenzó a rezar con gran provecho de su alma y parecía que le acompañaba toda la Corte Celestial. Persuadido de que él estaba totalmente consagrado al servicio de la Virgen María quiso consagrarle también lo último que tenía que era su libertad, y en señal de esto llevaba una cadena colgada al cuello.

Al ver a un hombre tan alejado de las cosas humanas, podía pensar uno que se había inutilizado para los ministerios propios a un hijo de la Compañía. Pero esto precisamente era lo maravilloso en él, que con esta unión con Dios se asociaba el amor solícito para con los neófitos a los cuales instruía con esmero y confesaba con paciencia, llegando ellos en masa a su confesionario. Predicaba los sermones ordinarios e hizo las pláticas para los congregantes. En una palabra: quería a los neófitos como un padre amantísimo. [f.21] Aunque era un fervoroso operario supo ocultarse de tal modo que edificaba a los demás sin que sospechasen ellos algo de sus extraordinarios dones celestiales. Al fin, cerciorado por la Virgen de su cercana muerte durante unos ejercicios espirituales, le sobrevino una grave enfermedad que le postró en cama. A algunos confidentes suyos manifestó ser su última enfermedad; pues se le había ordenado asistir a la congregación provincial la cual estaba próxima a celebrarse en Córdoba. Faltaban dos días para el término asignado a la partida cuando declaró no poder asistir. Unos momentos después cayó enfermó, aunque sus compañeros pensaban no ser tan seria la enfermedad. Recibió los últimos sacramentos con gran devoción y reverencia. Ya que los compañeros opinaban que faltaría mucho hasta que muriese, lo dejaron sólo después del Santo Viático. Esta tranquilidad le sirvió para poder desplegar a su gusto las velas de sus fervorosos afectos. Al sentir acercarse su último momento mandó al indio que le asistía que llamase a los padres. Vinieron ellos luego a casa, y lo hallaron ya muerto en la postura acostumbrada de los difuntos, juntas las manos, teniendo su cara una expresión más bien angélica que humana. Se había ido ya al Cielo para ver a su querida Madre.

Reducción de Candelaria

Los habitantes de este pueblo no se dejan superar en amor a la religión por ningún otro. Ayudaron a los de San José en la traslación de su pueblo a otro sitio con tanto desinterés y amor que los padres se vieron obligados a poner freno a su caridad para que, distraídos por las construcciones nuevas, no descuidasen sus propias sementeras.

Después de su visita acostumbrada se fue el padre superior, el cual tiene aquí su residencia ordinaria, con otro sujeto de los nuestros a la gloriosa empresa de predicar de una misión de la ciudad llamada de las Corrientes, teniendo los dos un éxito consolador de su trabajo apostólico, para el cual [f.21v] no hubieran bastado los empeños unidos de otros muchos operarios evangélicos. También aquí tuvieron que apagar las llamas de antiguas discordias, y arreglar las uniones ilícitas de muchos años a esta parte y revalidar confesiones anteriores mal hechas. Se consoló toda la ciudad por el siguiente caso. Había un joven muy corrompido, el cual se había mostrado reacio a todas las súplicas y lágrimas; al fin, impresionado por los sermones de los padres, contrajo matrimonio legítimo y comenzó una vida verdaderamente cristiana. Tuvieron que prolongar los padres su estado en aquella ciudad, para poder satisfacer al inmenso gentío que pedía confesión. Se reformó totalmente la ciudad como lo reconoció con gratitud el cabildo en su carta al padre provincial, en la cual pidió con instancia, repitiendo esta súplica después muchas otras veces que se le enviasen padres cada año para renovarlos en el espíritu.

Reducción de los Santos Cosme y Damián

Dos cosas notables hubo en este pueblo, diferentes de las demás noticias, iguales estas últimas a la de otros pueblos. Plugo al

Cielo convertir a ciertos individuos ya por muchos años enredados en los vicios, y esto por medio de una grave enfermedad. Sufrió profundos desmayos en consecuencia de los cuales varias veces les tenían ya por muerto. En estos desvanecimientos le parecía ver, como dijo después, al demonio como oprimía su alma con tentaciones de desesperación por sus muchos y graves pecados.

Al volver en sí se echó a llorar amargamente por dolor y arrepentimiento, temblando todo su cuerpo de tal modo que causó horror a los que lo veían, despertando la conciencia de algunos, especialmente al individuo que le servía en su enfermedad y el cual tomó ocasión de este caso para confesarse bien. El mismo enfermo también se confesó muy prolijamente quedando muy sosegado. En adelante vivió muy piadosa y cristianamente.

Otro indio, atacado por la peste común de estos días, ya estaba para morir, habiendo siempre callado cierto pecado al confesarse. [f.22] Por la gravedad de la enfermedad había perdido el conocimiento y en este estado le pareció ver al enemigo del género humano, el cual le decía que ya no había salvación para él, queriendo que el enfermo se desesperase. Se despertó llenó de miedo, asustando su perturbación hasta a los que lo rodeaban. Se llamó al confesor, el cual vino enseguida, entró en el rancho y encontró al pobre indio, hincado de rodillas y levantadas las manos con el Santo Cristo, inspirando al enfermo confianza y aconsejándole se confesase. Lo hizo el enfermo y se tranquilizó su alma, con muy buena gana y en poco tiempo nos construyeron una habitación espaciosa y hermosa. Se vio con esta ocasión también la caridad de nuestros hermanos en religión, misioneros de los pueblos vecinos, pues suministraron a los damnificados por este incendio gran copia de víveres y ropa.

Reducción de San Ignacio de Yavevirí

Dio este pueblo muchas pruebas de su fe, ya profundamente arraigada. Ya en las anuas anteriores se había hecho mención de una

joven la cual [f.22v] prefirió ser acribillada de puñaladas antes de sufrir mengua de su honra virginal.

Esta vez hay que registrar otro ejemplo de heroica resistencia. Cierta india mozo, muy corrompido, estaba solicitando a una india recién casada. Ella le había ya varias veces vergonzosamente echado a la calle, cada vez que venía con sus atrevimientos. Él esperó entonces una ocasión para encontrarla sola al irse al campo. Se le presentó con las mismas solicitudes apasionadas, añadiendo la amenaza de matarla cruelmente en caso de no concederle ella ¿Qué sucedió? La buena mujer ofreció al asesino tranquilamente el cuello, diciendo que la matase ya que jamás quería perder su honra de mujer para complacer a semejante hombre corrompido. Al oír estas palabras levantó el enfurecido malhechor una gran piedra y la tiró a la cabeza de la víctima, destrozándola a repetidos golpes completamente con una fiera más que salvaje, y sin quererlo abrió de este modo el malvado la puerta del Cielo para que entrase el alma blanquísima de una mártir.

Otra india recién casada, de muy buen parecer, se enfermó gravemente. Asistió a la moribunda uno de los padres misioneros, diciéndole este entre otras cosas que fuese de buen ánimo porque, si era la voluntad de Dios, podía sanar. Contestó ella: que no tenía ningún interés en sanar, al contrario, que había suplicado a Dios librase su alma de su corporal envoltura, la que le podía ocasionar la pérdida de su salvación eterna, y la de otros, seducidos por su buen parecer. En realidad, Dios la recogió a su cielo para premiarla por la santidad de su vida.

El Cielo se había compadecido de un joven apasionado, llamándolo al buen juicio por medio de varios avisos. Así, descansando aquel una vez en su hamaca, a usanza de los indios, le pareció haber sido herido por un rayo. Saltó de la hamaca e inmediatamente fue a confesarse. No duró mucho tiempo su enmienda y volvió a pecar, pero no impunemente. Pues, en sueño le pareció que se había levantado una tormenta, hiriéndole un rayo fatal en castigo de su endurecimiento en el pecado. Se desmayó y se

lo tuvo por muerto hasta que notaron un poco de resuello en él. Así estaba postrado tres días fuera de conocimiento. Volvió al fin en sí y se apresuró a confesarse prolijamente entre un torrente de lágrimas. Se enmendó esta vez de veras, y persevera en buen camino.

[f.23] Necrología del padre Diego de Salazar

En mayo de 1659 acabó sus días en este pueblo [el padre Diego de Salazar] a los sesenta y siete años de edad, y cuarenta y siete de Compañía. Verdaderamente este hombre era un varón apostólico y uno de los más ilustres de esta Provincia. Era descendiente de una noble familia de Andalucía, que vivía en Sevilla. En su mocedad era más que a los estudios, aficionado al ejercicio de las armas, a los bailes, al esport, al tiro al blanco y otros ejercicios gimnásticos, hasta que una grave enfermedad, al fin, le hizo reflexionar sobre su eterna salvación, con la cual se le fue la gana de ocuparse en diversiones mundanas, siendo llamado a la vida religiosa. Pero le dificultó su poca salud. No desesperaba, sin embargo, de que el Cielo que le había inspirado tan santos propósitos también le abriera al camino para cumplirlos. Por lo tanto, hizo una peregrinación a un Santo Cristo milagroso, venerado en Baeza, a pedir la gracia de una buena salud para poder entrar en religión. Oyó Dios su devota súplica, sanando luego completamente. Abrió entonces al padre Agustín de Espinosa su deseo de ser admitido en la Compañía, porque aquel padre tenía fama de santidad. Habiendo sido recibido en la Compañía fue enviado aquí, llegando al puerto de Buenos Aires, punto de entrada a esta Provincia. Supo allí, que recientemente se había abierto a la Compañía en el Guayrá un dilatado campo, lleno de innumerables indios infieles que prometían una copiosa cosecha espiritual, y que por ahora todo este inmenso trabajo estaba confiado a sólo tres misioneros. Entonces sintió en su corazón un vehemente deseo de poder acudir al socorro de estos pocos operarios evangélicos. Pidió a los superiores ser enviado sin demora desde este puerto a una misión tan gloriosa después de haber sido dispensado de acabar sus estudios,

aunque su buen talento prometía poder continuarlos con espléndido resultado. Logró el debido permiso y desde el mismo puerto acudió a aquella tan anhelada tarea apostólica. Se sepultó por cuarenta y dos años en esta soledad retirada en el último rincón del mundo, sin haber pisado en este intervalo ciudad española alguna.

No cabe en unas Cartas Anuas el relato de sus trabajos apostólicos, de sus peregrinaciones por tierras incógnitas de dificultoso acceso por sus montes y precipicios, con el fin de recoger por allí una infinidad de salvajes y de instruirlos en la religión cristiana [f.23v] y después de haberlos cimentado en la civilización cristiana, defenderla de las garras de los brasileros y españoles y de los dientes de los tupíes, los cuales con engaños y viva fuerza se los llevaban a la más triste esclavitud. Ya en las Cartas de los años pasados se ha registrado el copioso fruto recogido por estos misioneros y sus prodigios que obraron, y lo mismo se refiere en las biografías ya publicadas de los padres Antonio Ruiz y José Cataldino, y se encontrará también en la historia de esta provincia que pronto saldrá a luz. Por tanto, por ahora lo puedo dejar aparte, contentándome con afirmar que este padre era un misionero ejemplarísimo de una pureza verdaderamente angelical y esto por toda su vida religiosa, guardándola por una extremada modestia de vista. En épocas de novicio tuvo que pasar diez días en la casa de un seglar, siendo compañero de un padre, el cual tuvo que arreglar unos negocios y no podía decir cuántos y quiénes estaban en la mesa y en la casa, lo que llamó mucho la atención de los presentes. Guardó esta práctica por toda su vida, como tampoco se dejaba tocar en lo más mínimo, ni por personas ya de edad. Era tan sujeto a los superiores que pudo decir que jamás se le había pasado por la mente siquiera el criticar lo que se le había ordenado, aunque una orden hubiera excedido sus fuerzas. No menos grande era su humildad y todas las demás virtudes. Era tan mortificado que por once años no sabía lo que era pan, alimentándose con raíz de mandioca y otras semejantes comidas [del país]; como tampoco bebía vino. Ya era de edad cuando un día cayó del caballo, quedando estropeado de un brazo, lo que le causó grandes dolores hasta su muerte. Después de haber recibido los últimos sacramentos partió a la Patria Celestial en 1659.

La reducción de Corpus Christi

Es esta la más avanzada reducción hacia el Alto Paraná, y sirve como trinchera contra las invasiones de los brasileños, adelantándose además varios puestos de centinelas para este fin. Son sumamente aficionados a poder acompañar a los padres misioneros a veces en sus frecuentes expediciones apostólicas, Paraná arriba, hasta el salto grande de este río [f.24] el cual por allí se precipita desde la altura de elevadas peñas, retumbando montes y selvas horriblemente por la caída de las aguas. Vuelven estos soldados ignacianos de allí con una buena presa [de indios desparramados].

Además tienen los habitantes de este pueblo una gran devoción al Santo Patriarca Ignacio, el cual les corresponde con muchos favores del Cielo. Así experimentó el gran poder de San Ignacio una india, la cual ya por cuatro días sentía atroces dolores de parto. Ya no hubo esperanza de que la criatura naciera viva, y ella misma ya no esperaba sino la muerte...Asistió a la moribunda uno de nuestros padres...La animó a encomendarse a nuestro Santo Padre Ignacio, aplicándole una reliquia del Santo Padre. Dio a luz enseguida a dos criaturas, las cuales juntamente con su madre, están sanas y buenas.

Reducción de San José

Antiguamente estaba situado este pueblo en las serranías del Itapé, y fue trasladado a la planicie porque por allí estaba demasiado expuesto a las invasiones de los brasileños y tuvo que escaparse para no consumirse paulatinamente. La transmigración se verificó con indecibles trabajos y molestias, hasta llegar a este lugar definitivo, donde quedó y prosperó a gran consuelo de sus habitantes, los cuales están aumentándose de día en día. No ha perdido en tantas peregrinaciones su primitivo fervor religioso, siguiendo hasta en sus caminatas sus prácticas acostumbradas.

Necrología del padre Pedro de Mola⁵⁵

Era este padre uno de los veteranos y un incomparable operario evangélico. Era natural de Gracia, ciudad de Aragón, hijo de buenos padres, habiendo perdido a su madre en muy temprana edad. Su padre contrajo segundas nupcias, maltratando al pobre niño mucho su madrastra hasta enfermarse éste. Recién reconvallecido se escapó de su casa, llegando a Roma, donde gracias a su buen comportamiento, alcanzó una beca para poder estudiar en Zaragoza, ciudad de su tierra.

Volvió allá donde le esperó un beneficio de Dios todavía mayor, el de ser admitido a la Compañía a la edad de 19 años [f.24v] todavía no cumplidos. Es de suponer que esta gracia era una recompensa de su devoción a la Virgen del Pilar, venerada en Zaragoza. Pues, frecuentemente recibió los Santos Sacramentos en el santuario delante de la Virgen del Pilar acostumbraba rezar el Santo Rosario. Omite otras prácticas de este género. Ya en el noviciado pidió con instancia ser enviado a los superiores a las misiones de los indios, lo cual logró.

Renunció a la terminación de sus estudios para poder más pronto dedicarse a la obra gigantesca del apostolado en aquellas dilatadas regiones, siendo invitado a ello por sus compañeros de allí. Con el debido permiso de los superiores partió a Buenos Aires para pasar allí con otros más a la teología moral. Ya en el viaje se ejercía en obras de celo apostólico. Dos nobles caballeros hacían el mismo viaje: suegro y yerno, gravemente enemistados; agravándose la discordia cada día más, sin que nadie pudiese apagar este incendio. Pues a toda costa quiso volver el yerno por estar apasionado de una mala mujer con desprecio de la esposa legítima. El capellán [doméstico de ellos], un padre de San Agustín, ya varias veces,

⁵⁵ Pedro de Mola nació el 17.I.1602 en Barbastro, Hueca, España. A los 17 años ingresó a la orden en Aragón. Llegó a Buenos Aires en 1622 y profesó sus últimos votos en San Carlos, actual Corrientes, en 1632. Falleció en Apóstoles, hoy Misiones, en 1660. (STORNI, 1980:187) No coincide con lo dicho en la carta.

pero en vano, se había empeñado en restablecer la paz y concordia entre los dos, hasta que se le ocurrió servirse de la intervención del hermano Mola, estando persuadido de que estos caballeros fuesen más accesibles a las amables palabras de él. Le pidió que le ayudase en este negocio. Le obedeció y repetidas veces hizo tentativas en este sentido, pero sin resultado. No se desanimó, dirigiéndose en especial al yerno, con palabras tan encarecidas que hubieran podido ablandar hasta las piedras más duras, diciéndole que procurase la salvación de su alma, no exponiéndola por una mancha tan fea, que no se podía borrar nunca. Que podía morir de repente en su pecado. No hicieron mella estas palabras en el corazón endurecido de este malhechor. No quiso el buen hermano perder tiempo con aquel y se dijo: esta llaga ha de curarse de otro modo. Se fue y se escondió entre las matas, donde inflamado por el celo de salvar esta alma miserable comenzó a azotarse cruelmente hasta la sangre. Le vino después la inspiración en este estado de volver a aquel joven libertino para hacer un nuevo asalto a este corazón endurecido. Parece que por su sangre inocente quiso abrir camino a aquel corazón diciendo: que se dejase de su odio, sino quisiese que él siguiese maltratándose con azotes. Cedió al fin [f.25] la dureza a la sangre inocente, pues los dos se habían espantado al contemplar esta triste escena y se reconciliaron mutuamente, contando entusiasmados en todas partes este edificante ejemplo de celo apostólico, llegando la noticia de este caso hasta los oídos del ilustrísimo señor obispo de Buenos Aires. Manifestó además el porvenir a sus compañeros de viaje, pues le predijo el naufragio al volver de Buenos Aires a España como se cumplió.

Concluidos sus estudios y ordenado sacerdote, fue a las tan ansiadas misiones, estudiando ya en el camino el idioma del propio país, así que luego al llegar se pudo hacer útil por las instrucciones religiosas de los indios. Pronto se dio cuenta de valor de este nuevo operario evangélico, el padre Ruiz de Montoya, superior entonces de las reducciones y le confió algunas tareas apostólicas más difíciles y toda la Provincia pudo presenciar los buenos resultados

de estas empresas. No pretendemos enumerar uno por uno, ni sus viajes apostólicos, ni su rica cosecha espiritual, ni las aflicciones causadas por las invasiones de los brasileños, los cuales como lobos hambrientos asaltaron los indefensos corderos, hijos espirituales del padre. Mencionaré sólo unos rasgos característicos.

Fue enviado por sus superiores a la Provincia de ¿Gurayzu? para fundar el pueblo de San Miguel, y estando este ya bastante adelantado, se fue al pueblo de San Antonio. Allí supo de una inminente invasión de los enemigos del Brasil. Se dio cuenta del peligro de ruina que amenazaba al pueblo y pasó el día entero en bautizar a las criaturas que eran unas quinientas. Asaltaron con fiereza al pueblo los mamelucos, matando a todo viviente que encontraron hasta apuñalando a las criaturas en los brazos de sus madres y a ellas mismas hincadas de rodillas en ademán de pedir misericordia las traspasaron con la espada, ni perdonando los refugiados al pie del altar. Saquearon los pobres trastes del padre, dejándole despojado de todo. A su inmenso dolor se vio ser el único sobreviviente de aquella numerosa población. Lo llevaron algunos indios que volvían de recoger leña, con grandes lamentos a unos escondrijos del monte porque peligraba la vida del padre por suponer los indios de aquellas comarcas que él había llamado a estos paisanos suyos, para entregar a los indios en manos de aquel cruel enemigo.

Llegó la noticia de estos tristes acontecimientos a oídos del padre Silverio Pastor⁵⁶, el cual sin demora se fue en busca del padre, perdido en unos montes que sólo son las moradas de fieras. En qué estado lo encontró el padre Silverio Pastor, esto no olvidó [f.25v] referir en su informe enviado al padre provincial con estas palabras: recogí las provisiones que pude y me marché hasta encontrarle a la caída de la tarde, caminando a pies desnudos, habiéndosele destrozado el calzado y pudiéndose él apenas mantenerse parado por

56 El padre Silverio Pastor nació el 15.I.1598, en Aliaga, Teruel, España. A los 16 años ingresó a la Compañía de Jesús en Aragón. Llegó a Buenos Aires en 1628 y profesó sus últimos en Encarnación, Itapúa, Paraguay, en 1637. Fue superior de los guaraníes en 1658 y murió en Santa Ana, actual Misiones, en 1672. (STORNI, 1980:214)

debilidad. Estaba ronco de hambre y sed. Le hice sentarse y le di un poco de vino de misa. Como por una inspiración se me había ocurrido llevar calzado de repuesto, lo cual le hice ponerse. Poco a poco se le volvieron las fuerzas, después de haber tomado un poco de alimento. Por toda aquella noche me contó las crueldades cometidas por aquel enemigo. Dijo que nadie quedó con vida y que todo fue totalmente arruinado, y que muchísimas criaturas habían sido asesinadas en los brazos de sus madres para llevárselas con menos estorbo. Otras criaturas habían sido estrelladas en la tierra por sus propios padres, los cuales en el pánico se echaron precipitadamente a la fuga. Hasta aquí el padre Silverio. No tengo necesidad de añadir ni una palabra sobre esta monstruosidad y otras semejantes pues sólo el acordarse de ellas parte el corazón de dolor.

Mientras se descubrieron cada día más campos habitados de innumerables indios, tuvo que irse a la región de Itaticaray, donde había una cosecha de gente más numerosa de que decía el rumor. Pues en el intermedio de dos de aquellos ríos, que corrían paralelamente entre unas colinas se encontraron unas 3.000 familias.

Animosamente se echó el padre a trabajar, levantando primero una alta cruz como señal de victoria ya alcanzada sobre el cruel enemigo del género humano. Parecía que aquella gente en masa acudía a su sombra. Fijó los puntos céntricos para repartirla cómodamente y construir allí sus pueblos, reservándose él la construcción de la iglesia donde se reunía la gente para instruirse en la doctrina cristiana y se enseñaba cada día el catecismo para los niños en la mañana y en la tarde. Eran ellos más de 1.000 en aquel lugar. Dos veces a la semana tenían que reunirse los adultos para el mismo fin, labor que causaba a este egregio operario un indecible consuelo.

Corría el tercer año de la fundación de este pueblo cuando detuvo su feliz desarrollo una cruel epidemia, a la cual sucumbió gran parte de la población. No pasó día sin unos veinte casos fatales. No hubo descanso para el pobre padre y tuvo que arrastrarse, extremadamente fatigado, por los campos para auxiliar a los

moribundos en especial a las criaturas [f.26] abandonadas, a las cuales bautizó y las cuales le agradecieron desde el Cielo como ya le conté en la necrología del hermano Bernal, compañero entonces de nuestro padre Mola.

En esto comenzaron a temer los mismos indios de que el pobre padre se gastaría antes del tiempo por este incesante trabajo en buscar a los que estaban desparramados por los campos por miedo de la peste, y le suplicaron que no se molestase tanto, ya que ellos mismos se podían encargar de esta diligencia de traerle a estos abandonados para que los pudiera bautizar más cómodamente. Y así lo hicieron. En adelante también los mismos mayores traían a sus criaturas, los maridos a sus esposas y hasta venían indias con sus maridos enfermos a hombros para que el padre los auxiliase. Siguió en pos de la peste la calamidad del hambre, con aumento de los ya suficientes cuidados del padre, ya que no tenían con que socorrer a los hambrientos, muriéndose por esto gran parte de sus encomendados, a gran dolor suyo. Se aumentó en estas circunstancias también la plaga de los hechiceros, los cuales intentaban comerse a los cristianos y asar y tragar a los mismos misioneros... Había bandadas enteras de malhechores hasta que Dios mismo intervino, protegiendo a los cristianos y dejándoles a los hechiceros libertad para hacer daño a los demás durante esta hambre. Uno de estos pícaros se declaró dueño de vida y muerte, y capaz para desterrar de allí la epidemia, amenazando en su venganza a los que no le querían obedecer. Pero lo misma peste se vengó de él por esta impostura, atacándole a él mismo el contagio, acabándose su jactancia de ser una divinidad, hostil a los cristianos y abandonándole avergonzado su séquito. Le acudió sólo el buen padre a este su enemigo, le limpió de sus inmundicias sangrientas, vendó sus llagas, le trajo alimento, todo con inmenso amor. Se conmovió aquel enfermo por estos servicios tan grandes, convirtiéndose. Fue bautizado por el padre y aún estando debilitado por su enfermedad, este antiguo perseguidor de los cristianos se hizo celoso predicador de la verdad. [f.26v] A todos los indios que venían a verle, aconsejó constantemente que no creyesen los embustes de los hechiceros. Al fin descansó en el Señor.

Por treinta y cuatro años llevaba esta clase de vida este padre apostólico, hasta que le llegó la hora de descanso bien merecido. Al notar que se le acercaba la muerte y que estaba solo y abandonado, postrado en su hamaca, temió morir sin los auxilios de los últimos sacramentos de la Iglesia. Se levantó por esto con gran trabajo y no pudiendo mantenerse sobre sus pies por debilidad, procuró que le apoyasen los indios, para que dijese su última misa, administrándose así el mismo el Santo Viático para el viaje de la eternidad. Le faltó la extremaunción, y para hacer una tentativa de lograrla, se hizo llevar a sus compañeros más cercanos. Le hicieron los indios este favor con buena gana, pero muy afligidos por la grave enfermedad de su querido padre y postrado él en su hamaca lo trasladaron llorando al pueblo de San Nicolás. Al ver el padre que sus hermanos en religión le iban al encuentro, les dijo: cuanto me alegro de poder morir entre vuestras reverencias, porque deseaba ya tanto que me administrasen los últimos sacramentos. Se reconcilió con gran serenidad y pronto después, murió en paz.

La reducción de los Mártires del Japón

Ya no me admiro de que esta tierra abundan tanto las flores hermosísimas, cuando me acuerdo de que está regada por el sudor de varones tan ilustres, como el mencionado padre Pedro de Mola y el padre Salas⁵⁷, de quien hablaré luego en esta historia. Estos indios se han hecho tan heroicos que hasta que exponen su vida para reducir a otros paisanos suyos que todavía andan errantes y envueltos en sus pecados. Al mismo tiempo se llevan la palma en el fervor religioso, en especial en el culto del Santísimo Sacramento y de la Santísima Virgen. Son muy devotos también de las benditas ánimas

57 El padre Juan de Salas nació en 1581 en Oviedo, España, e ingresó a la Compañía de Jesús en Paraguay el 1.XI.1607. Llegó a San Salvador de Jujuy veintiocho días después. Fue ordenado sacerdote por el obispo Trejo en Santiago del Estero en 1611. Profesó sus últimos votos en Santa Fe el 13.X.1619. Fue superior de los guaraníes en 1655 y falleció en Mártires el 20.IV.1662. (STORNI, 1980:255-256)

del purgatorio. Basta con estas indicaciones...Sólo quisiera añadir que mientras la epidemia hacía sus estragos en los otros pueblos, se detuvo maravillosamente delante de la entrada de este pueblo. Ahora voy a mi propósito.

[f.27] **Necrología del padre Juan de Salas**

Este difunto padre Salas, desde los comienzos de su vida religiosa, tal vez pudo servir de ejemplo a muchos veteranos. Era hijo de una ilustre familia de Asturias, ofreciéndosele por esto una carrera espléndida en el mundo. Se fue a la corte, donde sus ilustres parientes le favorecieron mucho. Partió de España a Lima, capital del Perú, siendo de 22 años de edad. Los peligros del mar le abrieron los ojos, y enseguida manifestó al padre Diego de Torres⁵⁸ el estado de su alma, confesándole que repetidas veces se había sentido llamado a la vida religiosa, pero hasta ahora había resistido a esta gracia. Le aconsejó este santo padre buenamente que siguiese a la vez que le llamaba. Le atrajo la bondad del padre y ya no se separó de él ni en Lima, ni al trasladarse este a Potosí, sirviéndose siempre de su dirección espiritual, con gran provecho, estando ya firme en su resolución de entrar en religión, o en la orden de San Francisco, o en la de San Ignacio. No pudo determinarse hasta que se le ocurrió sacar la suerte. Escribió a este fin el nombre de San Ignacio sobre una esquila, mezclándola con otras iguales en un cántaro. Maravillosamente sacó la que tenía el nombre de San Ignacio. Si esta suerte era buena para él más lo era para la Compañía, a la cual honró tanto este varón apostólico. Manifestó su resolución definitiva a su amantísimo padre Diego de Torres, el cual hubiera querido que sin demora la realizase, pero sin embargo difirió la admisión hasta su llegada a Córdoba. Siendo Salas todavía seglar, se portó de una manera muy edificante en su viaje hacia allá sirviendo a sus compañeros, como si fuera su criado. Mayor era la edificación que causó por su fervor

58 El padre Diego de Torres Bollo fue Provincial de la Provincia Jesuítica del Paraguay entre 1607 y 1615.

en el noviciado y por su desprecio al mundo. Parecía que el Cielo se inclinaba hacia él en sus ejercicios espirituales, o más bien, que él se elevaba hacia el Cielo, tan grandes eran sus consuelos. Le parecía que se le iba el corazón en pos de su Señor...quedando él inmóvil con los ojos levantados hacia el cielo...y sólo por sus frecuentes suspiros se conocía que estaba vivo.

Le sobrevivieron estos consuelos en especial después de la Santa Comunión. No raras veces el padre Viana⁵⁹, rector entonces, tuvo que refrenar los excesos de su fervor, y tirarle por la ropa por estar él fuera de sí.

[f.27v] Un día estaba conversando con el padre Antonio Ruiz, connovicio suyo, en presencia de otros compañeros más. Se trataba de asuntos religiosos, viéndosele en la cara el divino amor que le llevaba. Lo observó el venerable padre Antonio Ruiz, e hizo delante del padre Francisco Vásquez este pronóstico: *faltaba poco para que se desvanezca* (como se cumplió). De semejante modo adelantó en las demás virtudes. Ejerció muchas austeridades corporales de cilicios y disciplinas hasta hacerse daño en la salud y caer desmayado. No quiso saber nada de remedios sino sólo se puso la mano donde le dolía...Comenzada su hora de oración con una tan terrible disciplina que casi hizo temblar las paredes, quedando pronto completamente abrumado en su trato con Dios...

Era muy devoto de la Santísima Virgen, rezando en su honor cada día el triple rosario. A estos pasos marchó adelante durante toda su vida en el camino de la perfección. Anhelaba participar en los trabajos de sus hermanos en religión entre los infieles, de los cuales habló ya, por lo cual pidió que se le abreviasen los estudios por la gran falta de obreros; hasta quiso renunciar a ser ordenado sacerdote por tenerse incapaz para tal carga, creyendo poder ser más útil a la Compañía en el grado de hermano coadjutor temporal. Obligándole

59 Juan de Viana nació el 18.II.1565 en Viana (Navarra, España). Ingresó a la Compañía de Jesús en Castilla el 14.IV.1584. Llegó al Paraguay en abril de 1593. Profesó sus cuartos votos el 15.IX.1602, en Salta. Se desempeñó como procurador en Europa durante tres años (VII.1614-7.II.1617). Falleció el 28.II.1623 en Córdoba (Argentina). (STORNI, 1980:302-303)

a recibir las órdenes sagradas. Al ser ordenado se vio expresado en sus facciones el temor con que recibió aquella elevada dignidad sacerdotal, y se acercaba después temblando de reverencia al altar para celebrar el Santo Sacrificio de la misa. Una vez sacerdote no cesó suplicando le diesen permiso para irse a las misiones de los indios y al haberle alcanzado casi se fue volando a Mendoza, donde comenzó a trabajar gloriosamente para combatir la ignorancia de los pobres indios, e instruirlos en la verdad evangélica. Tuvo que luchar con una verdadera montaña de dificultades originadas por el servicio personal de los indios, tantas veces mencionado. De allí a gran sentimiento suyo fue llamado para encargarse del oficio de rector, sucesivamente en varios colegios de esta Provincia. Pero, mientras tanto, ardía debajo de la ceniza aquel antiguo fuego [f.28] y no descansó hasta poder dedicarse otra vez a los trabajos apostólicos... Así corrió incansablemente por las montañas a donde se habían escapado los indios después del martirio de los padres Roque González⁶⁰, Alonso Rodríguez⁶¹ y Juan del Castillo⁶², para reducirlos a su pueblo abandonado.

En la relación hecha por el mandado del rey al consejo de Indias declaró que si su intento fuese referir las obras de Dios realizadas por él (aunque se tenía por vil y débil instrumento para colaborar en la prodigiosa conversión de aquella gente) para explorar aquellas selvas, madrigueras de terribles fieras, pasar por

60 Roque González de Santa Cruz nació en Asunción hacia el año 1576. Su sacerdocio lo realizó en dicha ciudad con el obispo Trejo en diciembre de 1598. Ingresó a la Compañía el 9.V.1609 en Paraguay. Sus últimos votos fueron el 20.X.1619, en Encarnación (Misiones, Argentina). Falleció a manos de los indios el 15.XI.1628 en Caaró (Río Grande do Sul, Brasil). (STORNI, 1980:126)

61 El sacerdote Alonso Rodríguez nació el 10.III.1599 en Zamora (España). Ingresó a la Compañía en Castilla, el 25.III.1614, tres años más tarde arribó a Buenos Aires (15.II.1617). Fue asesinado por los indios junto con el padre González de Santa Cruz el día 15.XI.1628 en Caaró (Río Grande do Sul, Brasil). (STORNI, 1980:244)

62 Juan del Castillo nació el 14.IX.1596 en Belmonte (Cuenca, España). Ingresó a la Compañía el 21.III.1614 en Toledo. Llegó a Buenos Aires el 15.II.1617. Su sacerdocio lo realizó en Córdoba en noviembre de 1625. Fue asesinado por los indios el día 17.XI.1628 en Yjuhi (Río Grande do Sul, Brasil). (STORNI, 1980:59)

encima de las montañas, a través de los ríos, viajando por casi intransitables caminos con el objeto de hallar bárbaros por convertir, más semejantes a brutos que no a hombres protegerlos contra las invasiones de los enemigos, no bastaría un grueso volumen para apuntar todo. Añadió: que estando él en el pueblo de Santa Teresa había bautizado más de treinta mil almas de ambos sexos, después otros dos mil adultos y otras tantas criaturas.

Murió al fin gloriosamente después de una grave enfermedad. Se contaba que, conversando con otros, dijo que se comprometía decir cierto número de misas por aquel que muriese primero. Un padre más joven dijo por broma que no convendría pactar de este modo con el padre Salas, porque sólo él saldría con ventaja, por ser ya viejo y enfermo. A lo cual contestó el padre Salas que al contrario que él salía perdiendo porque antes de morir él mismo tendría que cumplir su compromiso con nueve de sus compañeros, siendo el padre joven el primero que moriría. Así sucedió con este y con todos los demás que murieron uno tras del otro. Hubo otro indicio de que el supo de antemano la fecha de su muerte. Le faltaban todavía dos horas de vida y sufría mucho en la cama, tendiendo encogidas las piernas por unas llagas. Se levantó y se fue arrastrando a la iglesia, donde se confesó y recibió el Santo Viático. Después de la acción de gracias, volvió a su aposento y se acostó. Pronto después hizo llamar a los padres y les dijo que había llegado la hora en la que sería librado de la cárcel de este cuerpo para irse al Cielo; que comenzasen a rezar las oraciones de los moribundos, entre los cuales, después de unos fervorosos actos de caridad espiró dejando sumergido en llanto como nunca a los presentes y a toda la población, la cual estalló en un verdadero [f.28v] aullido que se levantó hasta el cielo, no cesando por todo el día los sollozos por la pérdida de su queridísimo padre, el cual había sido su único consuelo.

La reducción de San Carlos

Tienen estos indios gran afecto de la Sagrada Pasión de Cristo, Nuestro Señor, el cual se manifiesta al conmemorarla [*en la Semana Santa*] en la lección sagrada o predicación, durante la cual comienzan a sollozar y derramar torrentes de lágrimas, tanto que hay que advertirles que moderen sus lamentos para no interrumpir el sermón. De igual modo se azotan en la noche de viernes con tal crueldad que hay que refrenarlos en esta mortificación excesiva y sangrienta. Si se les permitiera, seguirían azotándose hasta amanecer el día siguiente.

Hubo treinta y seis casos en que indias con maravillosa firmeza de carácter, resistieron a las sollicitaciones libidinosas de unos mozos perdidos sólo acordándose ella y ellos de la Pasión de Cristo, Nuestro Señor...En especial seis indias jóvenes se distinguieron en este terrible combate contra la lujuria de los muchachos atrevidos. El panegírico de San Carlos ocasionó algunas confesiones generales, porque se había mencionado como este santo obispo supo precaver y eludir con su vigilancia las redes que se habían tendido a su honestidad.

Las reducciones de San Nicolás y San Miguel

Había allí un joven, muy elegante y modesto a la vez, y en el cual se apasionó una india excesivamente. Ya no pudo contenerse y quiso a toda costa manifestar al joven la llama de su pasión. Pero aquel hombre no quiso rebajarse, y no hizo caso de aquellas importunas muestras de cariño para cortar allí el fomento del incendio. Pero la mujer despreciada no pudo olvidarse ni de día ni de noche de aquel joven buscando otros modos para conquistar su efecto o encontrarse con él. El joven quedó inmóvil como una roca entre estos asaltos de olas inmundas, sólo se hizo más piadoso

y recibió más frecuentemente los Santos Sacramentos. Volvió la mujer al fin a buen juicio, se desligó de estos lazos del demonio y se fue a confesar sus delirios y demás pecados. Le aconsejó el padre que el mejor remedio para alcanzar la paz y tranquilidad sería irse a recibir los sacramentos cada mes. Lo hizo ella, confesándose más tarde cada quince, y hasta cada ocho días, cicatrizándose realmente la mordedura de la culebra infernal [f.29] y aplacando aquella tempestad de la pasión, habiendo seguido al amor impuro el amor del Esposo Celestial. Suelen decir aquellos indios que uno que frecuenta los sacramentos no es molestado con inclinaciones malas. Así tuvo que preguntar una vez un padre confesor a una india si había consentido en un pensamiento malo. Contestó ella con admiración, cómo sería posible consentir en pensamientos malos después de haberse consagrado al Celestial Esposo al recibirlo en la sagrada comunión; y añadió: cada vez cuando tenía la dicha de poder comulgar, renovarí su consagración a este celestial esposo.

La reducción de la Concepción

Un día, después de haberse predicado en la iglesia de este pueblo uno de los acostumbrados ejemplos concibió uno de sus habitantes con tal odio al pecado, y a su mismo cuerpo, que después de la plática se disciplinó cruelmente, habiendo quedado en la iglesia después de haber sido ya despedida la gente. Tuvo cuidado de no ser descubierto pero le traicionaron los vestigios de sangre. Se fue después a su rancho y metió sus pies al fuego para no tener que aguantar el fuego del infierno, como él mismo dijo en secreto a algunos que le acosaron con preguntas sobre el motivo de tal ocurrencia. Pues, tuvo que guardar cama por bastante tiempo por las llagas que se había causado y añadía que había descubierto que no era capaz de sufrir el fuego eterno del infierno, ya que este poquito de fuego de la tierra le había maltratado tanto. Al saber el padre de este caso, desde el púlpito prohibió al pueblo este disparatado fervor y que en adelante hiciesen otras mortificaciones, si no las acostumbradas.

A una doncella, la cual volvía del campo al pueblo, atropelló cierto joven jinete, fuera de sí por la mala pasión y diciendo que nadie los podía observar en este lugar. Le contestó esta india honrada: te equivocas porque sé que nunca me abandona mi Ángel de la Guarda. Parece que te has olvidado de lo que has aprendido en el catecismo que Dios esta en todas partes para castigarte y no te puedes escapar de Él. El criminal siguió con ruegos y amenazas, sacando al fin el machete. Entonces ella le ofreció valientemente el cuello, diciendo se sentía feliz morir en tan glorioso combate; pero que temiese más bien él la eminente justicia de Dios. Se estremeció a estas palabras aquel malvado, esclavo de la corrupción y lleno de terror se echó a huir precipitadamente.

Otra india logró una suerte más feliz todavía después de haber sido solicitada repetidas veces por otro muchacho atrevido y corrompido, resistiendo ella cada vez firme como una roca. [f.29v] Un día la encontró el mozo al sacar ella el agua de un pozo cerca del pueblo y repitió sus exigencias libidinosas, siendo rechazado por ella como siempre. Le echó un lazo al cuello y la sofocó. Algunos vestigios dieron con el criminal, el cual echado a la cárcel confesó todo lo que había sucedido.

Otro hombre perverso por largo tiempo supo ocultar el veneno de sus pecados que le consumía, y parecía irremediamente perdido, ya que sacrílegamente recibía los sacramentos. Un día oía como predicaba uno de los padres misioneros contra el crimen de la hipocresía y de ocultar sus pecados en la confesión (pues, como por una inspiración se le había ocurrido predicar sobre esta materia). Le causó a aquel infeliz tanto dolor que le costó contenerse para no con alaridos manifestarse como el hombre más perdido del mundo.

Conociendo cierto indio después del combate el peligro que corría, sólo se precipitó de por en medio de los enemigos, despreciando el peligro de vida para arrancarle este botín, siendo el único motivo de esta hazaña, como el declaró, sin temor de que esta cristiana pudiera perder la salvación de su alma [f.30] en medio de esta gente brutal. Se echó el arco a hombros para tener libres

las manos y se expuso a los proyectiles de los enemigos, logrando felizmente sustraer la india del cautiverio. Había quedado el indio tan acribillado de heridas que pronto murió en consecuencias de ellas, quedando en veneración su memoria.

Se incendiaron tres casas y, porque soplabla el viento, fueron arrojadas las chispas sobre los techos de las demás casas cubiertas de paja, así que todo el pueblo iba a ser destruido. Al ver las proporciones que iba tomando el fuego, acudieron apresuradamente algunos indios a la iglesia y llenos de fe trajeron agua bendita para rociar las llamas ¡cosa maravillosa! Por unas pocas gotas de esa agua cesó luego la vehemencia de las llamas, quedando admirados todos.

Luego después del sermón se puso a llenar tres hojas de papel con la lista de sus pecados, entre torrentes de lágrimas. Se echó a los pies del confesor y le entregó el papel entre muchos sollozos, y bañado de lágrimas, desmayándose casi de dolor y arrepentimiento. Le libró el confesor de la carga de su conciencia, y desde aquel tiempo vivió con mucha edificación.

Gracias a la protección de la Virgen quedó libre este pueblo del contagio funesto que asoló a los pueblos comarcanos. Pero siguió una epidemia entre los párvulos, segando la vida a más de 200 de ellos.

La reducción de San Francisco Javier

Un día vagaban algunos habitantes de este pueblo cazando en los campos del otro lado del río Uruguay, sorprendiéndolos la noche en un espeso bosque, donde pensaban que ningún enemigo los pudiese molestar. Pero de repente los asaltó una tropa de bárbaros, habiéndolos rodeado para que nadie escapara con vida. Parece que todo estaba perdido. Pero la Madre de Misericordia los protegió, pues, habiendo implorado su socorro, aunque eran muy inferiores en número, sin embrago, hicieron valientemente frente al enemigo logrando romper el cerco. Sólo se perdió una niña que había quedado olvidada allá.

Reducción de Santa María la Mayor

Plugo al Cielo reprimir la insolencia de cierto cacique, el cual había tramado una sedición para arrogarse indebidamente el dominio entero. Resistió atrevidamente a los padres, siendo apoyado por algunos españoles malévolos. Siguió una epidemia que atacó a casi toda la población, enfermándose unas 2.400 personas. Muchísimos quedaron postrados en sus casas, los cuales hubieran quedado completamente abandonados si nuestros padres no les hubieran socorrido, no sólo espiritual sino también corporalmente... Aunque era muy cruel esta peste, sin embargo pocos murieron, después de haber recibido todos los sacramentos. Dios se apiadó de ellos, no castigándolos con todo el rigor que habían merecido por su alboroto. Hubo muchos partos abortivos en consecuencia de esta calamidad, pero sin que las criaturas hubieran quedado sin bautismo. Duró este calamitoso contagio 400 días, durante los cuales repetidas veces se han organizado procesiones de penitencias. En especial en la fiesta de la Visitación de la Virgen clamaron los enfermos al Cielo, invocando a María Auxiliadora todo el pueblo, infelices, sanos y enfermos. Oyó las súplicas la Madre de Misericordia, comenzando un franco declive de la peste... Restableciéndose también la sujeción a los misioneros ya que vieron en la peste un castigo de Dios [f.30v] por su pasada rebeldía, mucho más porque a los pueblos circunvecinos no había atacado el contagio. Se aumentó notablemente la devoción a María Santísima, desde aquellos aciagos días, como se notó en un caso que hubo con cierto niño. Se incendió una casa y hubo que salvar apresuradamente los pobres trastes que había en ella. Descubrió la dueña con gran pena que se había olvidado en el salvamento la imagen de la Virgen, pegada a la cabecera de la cama. Un niño de apenas nueve años quiso consolarla y salvar la imagencita de la Virgen y penetró en la casa, la cual estaba ya ardiendo por todos lados. Logró arrebatar de las llamas la imagen, sin que se le hubiera quemado ni un hilo de ropa.

Hubo otra patente maravilla. Un niño se había acercado demasiado a un caballo indómito, el cual recalcitró hiriendo gravemente la cabeza del niño, tanto que se le partió el cráneo y se desparramó el cerebro. Llamaron al hermano médico el cual declaró a la triste madre que ya no había remedio. Abrazó ella al niño llena de angustia...y llorando amargamente. Aplicó el hermano al cuello del niño un papel donde estaban escritas las palabras: *San Francisco Javier, ruega por mí*. Al instante sanó el niño, delante de todos.

Reducción de Santo Tomé

No menos vehemente que el recién mencionado pueblo fue afligido este por la peste, el cual tiene unos 5.000 habitantes, de los cuales apenas se escapó alguien del contagio, para poder asistir a los demás. Se levantó un hospital provisorio, el cual no pudo caber a todos los enfermos. El único consuelo de estos pobres eran nuestros padres, los cuales solícitamente socorrieron a los apestados. Ya al estallar la epidemia se repartieron en todas las capas los famosos papeles de San Javier y estampas de la Virgen, a donde se dirigían las súplicas de la gente, con gran provecho suyo; pues entre tantos enfermos hubo sólo 42 casos fatales de adultos y 100 de niños, nacidos [f.31] a consecuencia de la peste [antes del tiempo]. Como siempre esta calamidad, venida de la mano de Dios, ocasionó un mejoramiento de las costumbres...

De los que se habían refugiado en los montes, por miedo de los mamelucos, muchos se pudieron hallar y devolver al pueblo. De estos recién devueltos había una pareja que, como si fueran casados los dos, vivían por 22 años en unión ilícita, ocultándolo a nuestros padres. En una grave enfermedad de ellos se descubrió el engaño malicioso y se puso remedio, casándose secretamente por la Iglesia. Cierta joven, antes muy mundano, cayó de repente enfermo y no permitía ahora ni siquiera que le lavasen las mujeres, ni le tocasen su ropa.

Una india estaba sola en su casa, cuando descaradamente fue solicitada al pecado. Tomó un tizón del hogar y se defendió con esto diciendo: prueba, si te gusta el fuego que te espera en el infierno por tu corrupción. Prefiero morir antes de ofender a Dios. Así se libró de aquel seductor. Otra hubo, más valiente todavía, la cual retiró a palos al malvado que le tentó.

Reducción de la Asunción de Bororé

También aquí hizo estragos el contagio, atacando ya al comenzar la calamidad unas 1.500 personas. El misionero tuvo que trabajar por ese día y noche, estando él solo, para que nadie se le muriese sin sacramento. Todos murieron auxiliados y las criaturas bautizadas. Tuvo gran satisfacción de esto el buen padre, viendo que sus desvelos no eran de balde, pudiendo salvar tantas almas... Le asistieron fielmente los congregantes, a los cuales había enseñado el modo de bautizar. No sobrevino la peste desprevenido al pueblo, pues un domingo se puso a predicar el padre como era costumbre [f.31v] cuando se le ocurrió predicar de las verdades eternas, tomando por textos las palabras: *Itatum est homilias semuel novi, el pest hoc indicium*; quedando el pueblo tan impresionado que no pudo contener las lágrimas, acudiendo todo el mundo en masa al confesionario, quedando como recuerdo la costumbre de la frecuente comunión.

Reducción de Nuestra Señora de los Reyes de Yapeyú

Es esta reducción la más austral del río [Uruguay] y es como trinchera contra la invasión de los brasileños. Es muy expuesta a los asaltos de las tribus salvajes del alrededor. Así habían salido de allí unos 40 indios para rodear animales en los dilatados campos y traerlos al pueblo. De repente fueron atacados por los bárbaros,

escondidos antes en los bosques. Se pusieron en orden de defensa nuestros indios, pero al fin sucumbieron todos. Al saberse esto, el pueblo se organizó inmediatamente una expedición de represalia, con feliz éxito, pudiéndose matar otros tantos de los enemigos y llevar 250 prisioneros al pueblo...para hacerlos cristianos. Después de haberlos agasajado mucho, enviaron a dos a su tierra para invitar a los demás a venir y realmente comparecieron algunos.

Habiendo así esperanza de poder convertir a toda aquella gente, uno de los padres se dedicó a aprender su lengua [charrúa], y a este fin entró muchas veces a su tierra natal y con tal éxito que se pensó en fundar otro pueblo porque en el antiguo ya no cabía la gente que se había recogido de este modo. Sobre el particular hablarán las Anuas venideras, Dios mediante, del cual rogamos también nos conserve con bien a Nuestra Paternidad *Ad mayorem Dei Gloriam*.

Córdoba del Tucumán, el 20 de enero de 1663

De vuestra Paternidad, siervo en Cristo

+

Andrés de Rada

ÍNDICE DE LOS CAPÍTULOS DE LA CARTA ANUA DE 1658-1660

Los números corresponden a las fojas del manuscrito original.

Las Misiones de los ríos Paraná y Uruguay f.2

Los difuntos durante los dos años próximos pasados f.5v

Compendio de la vida, y actuación del venerable padre Diego de Boroa, Provincial del Paraguay f.10

Las residencias del Paraná y Uruguay f.11v

La misión del Itatí f.17

La misión de Calchaquí f.20

ÍNDICE DE LOS CAPÍTULOS DE LA CARTA ANUA DE 1659-1662

Los números corresponden a las fojas del manuscrito original

- El Colegio de Córdoba f.2
- Los muertos de este colegio f.3
- La muerte del hermano Antonio Bernal f.3v
- La muerte del hermano Alonso Nieto f.5
- La muerte (necrología) del hermano Diego Lolio f.6
- El colegio de Santiago del Estero f.6v
- Necrología del hermano Claudio Flores f.7
- Necrología del padre Juan de Humanes f.7v
- El colegio de Buenos Aires f.8
- Los difuntos de este colegio f.9
- Necrología del padre Juan de la Guardia f.9v
- El colegio de Santa Fe f.10
- El colegio de San Miguel de Tucumán f.10v
- Necrología del hermano Gregorio Proaño f.10v
- El colegio de La Rioja f.11
- El colegio de Salta f.11
- El colegio de Asunción f.12
- Los perseguidores de la Compañía son gravemente castigados por el Cielo f.12v
- La Reducción de los Itatines f.14
- Las reducciones y misiones de los ríos Paraná y Uruguay f.14v
- La reducción de San Ignacio f.15

La doctrina de Itapúa f.15v
La reducción de la Virgen de Loreto f.16v
Compendio de la vida del padre Juan de Hornos sepultado aquí
f.17v
Reducción de Candelaria f.21
Reducción de Santos Cosme y Damián f.21v
Reducción de San Ignacio de Yavevirí f.22
Necrología del padre Diego de Salazar f.23
La reducción de Corpus Christi f.23v
La reducción de San José f.24
Necrología del padre Pedro de Mola f.24
La reducción de los Mártires del Japón f.26v
Necrología del padre Pedro de Salas f.27
La reducción de San Carlos f.28v
Las reducciones de San Nicolás y San Miguel f.28v
La reducción de la Concepción f.29
La reducción de San Francisco Javier f.30
Reducción de Santa María de la Mayor f.30
Reducción de Santo Tomé f.30v
Reducción de la Asunción de Bororé f.31
Reducción de Nuestra Señora de los Reyes de Yapeyú f.31v

ÍNDICE ONOMÁSTICO 1658-1660

Los números corresponden a las fojas del manuscrito original

Abadía, Baltasar [f.6]
Baigorri, Pedro [f.7v]
Blázquez de Valverde, Juan [f.5] [f.11v]
Bohórquez, Pedro [f.20v] [f.21] [f.21v] [f.23]
Boroa, Diego de [f.10]
Claver, Pedro [f.9v]
Comentali, Pedro [f.16v]
De la Palma, Luis [f.10v]
Flores, Claudio [f.8v]
Guardia, Juan [f.7]
Helgueta, Pedro [f.6v]
Humanes, Juan [f.9v]
Ibacuí, Juan [f.20]
Mansilla, Justo [f.19] [f.19v]
Medina, Ignacio [f.8v] [f.9]
Mercado y Villacorta, Alonso [f.24v]
Ojeda, Simón de [f.24v]
Oñate, Pedro de [f.6v]
Osorio, Gaspar [f.9]
Proaño, Gregorio [f.7]
Quesa, Lucas [f.19]
Retuerta, Juan [f.23]
Ripario, Antonio [f.9]
Rodríguez, Alonso [f.9v]
Ruiz de Montoya, Antonio [f.16]
Salazar, Diego de [f.5v]
Vázquez de la Mota, Francisco [f.21v]

ÍNDICE TOPONÍMICO 1658-1660

Los números corresponden a las fojas del manuscrito original

Andalucía [f.5v]
Agaraí, río [f.20]
Angola [f.16v]
Antisané, río [f.20]
América [f.6v] [f.9v]
Arras [f.8v]
Artois [f.8v]
Asunción [f.1] [f.1v] [f.2] [f.3] [f.4v] [f.5] [f.13] [f.17]
Brasil [f.6] [f.15v] [f.16v] [f.17]
Buenos Aires [f.1v] [f.2] [f.3] [f.6v] [f.7] [f.7v][f.11v] [f.16v]
Chaco [f.9]
Calchaquí [f.20] [f.22v] [f.23] [f.24] [f.24v]
Chile [f.6v]
Córdoba [f.1] [f.2] [f.2v] [f.4] [f.7]
España [f.2v] [f.2v] [f.7v]
Europa [f.5v] [f.6v]
Extremadura [f.10]
Guayrá [f.6] [f.16]
Ipané, río [f.20]
Itatí [f.10v] [f.17] [f.17v]
Iguazú [f.10v]
Jaén [f.5v]
Jujuy [f.3] [f.6] [f.6v]
La Plata [f.5] [f.11v]
La Rioja [f.1v] [f.3]
Lima [f.6v]
Londres (Tucumán) [f.20]
Mendoza [f.9v]
Navarra [f.7]

Pamplona [f.6v]
Paraguay [f.5] [f.10] [f.11v]
Paraguay, río [f.18]
Paraná, río [f.1v] [f.5] [f.10v] [f.11v] [f.12] [f.17] [f.19]
Perú [f.22] [f.22v]
Potosí [f.22v]
Quito [f.7]
Reducción de Nuestra Señora de Bororé o La Cruz [f.12] [f.13]
[f.14] [f.14v] [f.15] [f.15v]
Reducción de la Purificación de la Virgen o Candelaria [f.12]
[f.13v] [f.14]
Reducción de Concepción [f.12] [f.13v]
Reducción de Corpus Christi [f.12]
Reducción de Encarnación o Itapua [f.12]
Reducción de los Tres Reyes Magos de Yapeyú [f.12]
Reducción de Nuestra Señora de Loreto [f.12] [f.16]
Reducción de San Carlos [f.12] [f.22]
Reducción de San Francisco Javier [f.12]
Reducción de San Ignacio del Paraguay [f.12] [f.13]
Reducción de San Ignacio del Yabiribí [f.5v] [f.12]
Reducción de San José [f.12]
Reducción de San Miguel [f.12] [f.14v]
Reducción de San Nicolás [f.12] [f.14]
Reducción de Santa Ana [f.12] [f.14]
Reducción de Santa María la Mayor [f.12] [f.22]
Reducción de Santo Tomé [f.12] [f.13v]
Reducción de Santos Cosme y Damián [f.12]
Reducción de Tres Mártires del Japón [f.12]
Salta [f.1v] [f.3] [f.4v] [f.22]
San Miguel de Tucumán [f.1v] [f.3] [f.7] [f.8v]
Santa Fe [f.1v] [f.4v] [f.5]
Santiago del Estero [f.1] [f.2] [f.3] [f.3v] [f.8v] [f.9v]
Toledo [f.9v] [f.10]
Tucumán [f.2] [f.24v]
Uruguay, río [f.1v] [f.5] [f.10v] [f.11v] [f.12] [f.15v] [f.16v] [f.17]
Zaragoza [f.6]

ÍNDICE DE PUEBLOS INDÍGENAS 1658 – 1660

Los números corresponden a las fojas del manuscrito original

Calchaquíes [f.1] [f.4v] [f.10v] [f.16] [f.20] [f.20v] [f.21] [f.21v]
[f.23]

Itatines [f.1v] [f.17] [f.17v] [f.19]

Ocloyas [f.9]

Payaguaes [f.18] [f.19]

ÍNDICE ONOMÁSTICO 1659 - 1662

Los números corresponden a las fojas del manuscrito original

Abadía de Baltasar [f.11v]
Blasco de Valverde, Juan [f.12v]
Bernal, Antonio [f.3v] [f.5] [f.26]
Castillo, Juan de [f.28]
Cataldino, José [f.18] [f.19v] [f.23v]
Díaz Taño, Francisco [f.1]
Espinosa, Agustín de [f.23]
Fernández, Mateo [f.14]
Flores, Claudio [f.7]
González, Roque [f.28]
Guardia, Juan de la [f.9v]
Helgueta, Pedro de [f.9]
Hornos, Juan de [f.17v]
Humanes, Juan [f.7v]
Lolio, Diego [f.6]
Marqués, Pedro de [f.17v]
Martínez, Francisco [f.18v]
Medina, Ignacio de [f.3]
Mola, Pedro de [f.4] [f.24] [f.24v] [f.26] [f.26 v]
Nieto, Alonso [f.5] [f.5v] [f.6]
Ojeda, Simón de [f.1]
Osorio, Gaspar [f.3v]
Pastor, Silverio [f.25] [f.25v]
Proaño, Gregorio [f.10v]
Rada, Andrés de [f.31v]
Ripario Antonio [f.3v]
Rodríguez Alonso [f.7v] [f.28]
Romero, Pedro de [f.14]
Ruiz, Antonio [f.17] [f.18] [f.19v] [f.23v] [f.25] [f.27v]

Salas, Pedro [f.26v] [f.27] [f.28]
Salazar, Diego [f.23]
Sarmiento, Alonso [f.14]
San Ignacio [f.3] [f.10v] [f.11] [f.11v] [f.12v] [f.16] [f.17v] [f.19v]
Salazar, Diego de [f.23]
Suárez, Domingo [f.12]
Torres, Diego [f.27]
Vásquez, Francisco [f.27v]
Viana, Padre [f.98v] [f.27]

ÍNDICE TOPONÍMICO 1659-1662

Los números corresponden a las fojas del manuscrito original

Andalucía [f.9v] [f.23]
Alcalá [f.19]
Aragón [f.24]
Artois [f.6v]
Asunción [f.12] [f.19]
Asturias [f.27]
Baeza [f.23]
Belmonte [f.18]
Brasil [f.4] [f.15] [f.20] [f.25]
Braganza [f.3v]
Buenos Aires [f.1] [f.8] [f.11v] [f.17v] [f.23] [f.24v] [f.25]
Canarias [f.18v]
Castilla [f.18]
Cartagena [f.18v]
Chaco [f.3v]
Chile [f.4]
Chuquisaca [f.12v]
Córdoba [f.1] [f.2] [f.4v] [f.5v] [f.19] [f.21] [f.27]
Corrientes [f.21]
España [f.1] [f.6] [f.14] [f.25] [f.27]
Europa [f.2]
Extremadura [f.5]
Guayrá [f.16] [f.23]
Indias [f.1] [f.5v] [f.7v] [f.18v] [f.28]
Itapé [f.24]
Itapúa, doctrina [f.15v]
Itaticaray [f.25v]
Jesús María, reducción [f. 4]
La Rioja [f.11]
Lima [f.1] [f.27]
Loreto [f.16v] [f.17v] [f.20]

Mendoza [f.7v] [f.27v]
Misión de Jujuy [f.11v]
Misiones del Paraná [f.4] [f.14]
Misiones del Uruguay [f.14v]
Murcia [f.18v]
Paraguay [f.1] [f.10] [f.14] [f.14v] [f.15]
Paraná [f.10]
Pamplona [f.9]
Perú [f.9] [f.12] [f.119]
Portugal [f.12]
Potosí [f.27]
Reducción de itatines [f.14]
Pueblo de San Antonio [f.25]
Pueblo de Loreto [f.16v]
Pueblo de San José [f.21]
Pueblo de San Miguel [f.25]
Pueblo de San Nicolás [f.26v]
Pueblo de Santa Teresa [f.28]
Reducción de Nuestra Señora de los Reyes de Yapeyú [f.31v]
Reducción de la Asunción del Bororé [f.31]
Reducción de Corpus Christi [f.23v]
Reducción de la Candelaria [f.21]
Reducción de la Concepción [f.29]
Reducción de los Mártires del Japón [f.26v]
Reducción de Nuestra Señora de los Reyes de Yapeyú [f.31v]
Reducción de San Carlos [f.28v]
Reducción de San Francisco Javier [f.30]
Reducción de San Ignacio [f.15]
Reducción de San Ignacio de Yavevirí [f.22]
Reducción de Santos Cosme y San Damián [f.21v]
Reducción de San José [f.24]
Reducción de San Miguel [f.28v]
Reducción de San Nicolás [f.28v]
Reducción de Santa María la Mayor [f.30]

Reducción de Santo Tomé [f.30v]
Reducción de la Virgen de Loreto [f.16v]
Reducciones del Tape [f.4]
Río Paraná [f.10] [f.15] [f.17v] [f.23v]
Río Uruguay [f.20] [f.30] [f.31v]
Roma [f.24]
Santa Fe [f.6] [f.10]
Salta [f.1] [f.11] [f.11v] [f.12]
Santiago del Estero [f.3] [f.6v]
San Miguel de Tucumán [f.3] [f.5] [f.10v]
San Nicolás [f.26]
San José [f.17v] [f.21]
Sevilla [f.23]
Toledo [f.7v]
Zaragoza [f.11v] [f.24] [f.24v]

ÍNDICE DE PUEBLOS INDÍGENAS 1659 – 1662

Los números corresponden a las fojas del manuscrito original

Calchaquíes [f.2] [f.11]

Guaycurúes [f.14v]

Huamacas [f.11]

Luchinanes [f.11]

Ocloyas [f.3v]

Pulares [f.11]

Tupíes [f.23v]

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, Martín. 1958. *Enciclopedia del Idioma*. Tomos I-III. Madrid, Aguilar.
- FRADKIN, Raúl; GARAVAGLIA, Juan Carlos. 2009. *La Argentina colonial. El Río de la Plata entre los siglos XVI y XIX*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- FURLONG, Guillermo S. J. 1978. *Misiones y sus pueblos de guaraníes*. 2° Ed. Posadas.
- GARAVAGLIA, Juan Carlos. 1983. *Mercado Interno y economía colonial*. México, Grijalbo.
- KONETZKE, Richard. 1988. *América Latina. La época Colonial*. Madrid, siglo XXI.
- LORANDI, Ana María. 1997. *De Quimeras, Utopías y Rebeliones. La gesta del Inca Pedro Bohorques*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú.
- LOZANO, Pedro. 2010. *Historia de la conquista de la Provincias del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*. Tomos I y II. Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia.
- MAEDER, Ernesto J. A. 1972. *Nómina de Gobernantes civiles y eclesiásticos de la Argentina durante la época española (1500-1810)*. Resistencia, Instituto de Historia-Facultad de Humanidades-UNNE.
- MAEDER, Ernesto J. A y BOLSI, Alfredo S. C. 1980. *La población guaraní de las Misiones Jesuíticas. Evolución y características (1671-1767)*. Cuaderno de Geohistoria Regional N° 4. Resistencia, Instituto de Historia-Facultad de Humanidades-UNNE.

- MARTÍNEZ DE SÁNCHEZ, Ana María. 2007. *Los jesuitas, sus cofradías y congregaciones*. Córdoba, EDUCC.
- MOLINA, Raúl A. 2000. *Diccionario Biográfico de Buenos Aires. 1580-1720*. Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia.
- MÖRNER, Magnüs. 1968. *Actividades políticas y económicas de los jesuitas en el Río de la Plata: La era de los Habsburgos*. Bs. As., Paidós.
- PIOSSEK PREBISCH, Teresa. 1976. *La rebelión de Pedro Bohorquez el inca del Tucumán: 1656-1659*. Buenos Aires, Juarez.
- STORNI, Hugo. 1980. *Catálogo de los jesuitas de la provincia del Paraguay (Cuenca del Plata) 1585-1768*. Roma, Institutum Historicum S. I.

SERIE DOCUMENTOS DE GEOHISTORIA REGIONAL

- Nº 1 *Actas del Cabildo de Itati (1793-1798)*. Prólogo de Alberto A. Rivera. Corrientes, 1980. 104 pp.
- Nº 2 Juan B. Ambrosetti. *Dos estudios sobre Misiones*. Est. preliminar Alfredo S. C. Bolsi, Resistencia, 1983. 168pp.
- Nº 3 Alberto A. Rivera *Bibliografía del Dr. Manuel Florencio Mantilla. 1853-1909*. Resistencia, 1984. 135pp.
- Nº 4 Tania Judith Curiel Lena. *Bibliografía del Chaco Argentino: 1875-1900*. Adv. preliminar de Ernesto J. A. Maeder, Resistencia. 1988.
- Nº 5 Tania Judith Curiel Lena.. *Bibliografía del Chaco Argentino: 1965-1969* Resistencia. 1988.
- Nº 6 Tania Judith Curiel Lena. *Bibliografía del Chaco Argentino: 1970-1979*. Resistencia, 1989.
- Nº 7 Tania Judith Curiel Lena. *Bibliografía del Chaco Argentino: 1901-1964*. Resistencia, 1989.
- Nº 8 Alberto A. Rivera. *Las Misiones de Guaraníes. Bibliografía de la época post jesuítica (1768-1830)*. Resistencia, 1989. 52pp.
- Nº 9 Alberto A. Rivera *Las Misiones de Guaraníes. Bibliografía de la época post jesuítica (1831-1881)*. II parte. Resistencia, 1990. 29pp.
- Nº 10 Alberto A. Rivera *Contribución a la bibliografía histórica de Corrientes (1853-1910)*. Resistencia, 1994. 93pp.
- Nº 11 *Cartas Anuas de la Provincia jesuítica del Paraguay 1641-1643*. Resistencia, 1996. 170pp.
- Nº 12 Diego de Alvear. *Relación Geográfica e histórica de la Provincia de Misiones*. Resistencia, 2000. 173pp.
- Nº 13 *Cartas Anuas de la Provincia jesuítica del Paraguay 1644*. Resistencia, 2000. 120pp.; 2da. edición. Resistencia, 2007. 124 pp.
- Nº 14 *Cartas Anuas de la Provincia jesuítica del Paraguay 1645-1646 y 1647-1649*. Resistencia, 2007. 207pp.
- Nº 15 *Cartas Anuas de la Provincia jesuítica del Paraguay 1650-1652 y 1652-1654*. Resistencia, 2008. 177pp.
- Nº 16. José Elías Niklison. *Vida y trabajo en el Alto Paraná en 1914*. Resistencia, 2009. 245pp.

Salinas, María Laura

Cartas Anuas de la Provincia jesuítica del Paraguay 1658-1660 y 1659-1662 - Resistencia: Instituto de Investigaciones Geohistóricas, 2010. -156 p. - 21,5 cm. (Documentos de Geohistoria Regional, 17).

Contenido: -Introducción- Carta Anua de 1658-1660- Carta Anua de 1659-1662- Índice de los capítulos de la Carta Anua de 1658-1660- Índice de los capítulos de la Carta Anua de 1659-1662- Índice onomástico de la Carta Anua de 1658-1660- Índice toponímico de la Carta Anua de 1658-1660- Índice de los pueblos de 1658-1660- Índice onomástico de la Carta Anua de 1659-1662- Índice toponímico de la Carta Anua de 1659-1662- Índice de los pueblos de 1659-1662-.

CDU 271.5 “1658-1662”

JESUITAS>PARAGUAY>HISTORIOGRAFIARIOPLATENSE>

Las Cartas Anuas de la Provincia Jesuítica del Paraguay eran informes regulares de los P. Provinciales con el P. Prepósito General de la Compañía de Jesús residente en Roma. Las mismas tenían por objeto brindarle una información detallada acerca de la actividad pastoral cumplida en los distintos colegios y residencias de la Provincia, así como los progresos obtenidos en la evangelización de los pueblos indígenas atendidos por sus misioneros.

El presente volumen contiene las Cartas Anuas de 1658-1660 y 1659-1662. La primera fue escrita por el padre Simón de Ojeda. La otra Carta fue realizada por el padre Andrés de Rada. El hecho de tener a más de un autor, sitúa al lector ante la posibilidad de comparar ambos textos, encontrar similitudes y diferencias en la información, el relato y la forma de abordar los diferentes temas.

Igual que en ediciones anteriores, este trabajo intenta ampliar el número de lectores interesados en la temática, como así también contribuir con la construcción de la historia jesuítica paraguaya durante este período.